
SOLO
dejé
de
fingir
Karla Valle

Solo dejé de fingir

Karla Valle

Título Original: Solo dejé de fingir

©Karla Valle, 10 de febrero de 2025

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Diseño de Portada:

Kitzia Montiel
Kitzia.montiel@gmail.com

Gracias por siempre creer en mí… los amo.

CONTENIDO

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
EPÍLOGO

CAPÍTULO I

—Necesito conseguir un novio para el viernes…

Ana soltó la frase con tono desesperado nada más entrar en el departamento y ver a Sara, su mejor amiga y compañera de departamento, sentada en el sillón de la sala trabajando en su computadora.

Se sentó pesadamente junto a ella en actitud derrotada; no había manera de que saliera de este problema en el que se había metido por haber actuado tan impulsivamente… ella, que siempre buscaba pensar bien las cosas antes de actuar para hacer lo correcto.

—¿Cómo que necesitas un novio para el viernes?, pero ¿cómo?, ¿por qué? —Sara levantó la vista de la pantalla para mirarla con curiosidad, se suponía que Ana estaba enfocada en su trabajo y no estaba buscando tener una relación romántica, ¿habría cambiade de idea?, y si así era, ¿por qué la premura?

Resoplando ruidosamente Ana se enderezó en el sillón para poder ver a su amiga a los ojos. No se sentía particularmente orgullosa de lo que había hecho, pero sabía que si había alguien en el mundo que no la juzgaría sería precisamente Sara.

—Hoy todo parecía de lo más tranquilo durante mi junta de seguimiento semanal con Estela, pero de repente me soltó que Marco, su hijo, terminó con su novia y que piensa que ésta es una excelente oportunidad para que los dos salgamos juntos, está segura de que se puede dar algo entre nosotros… y eso definitivamente no va a pasar.

Estela Velázquez, además de ser la jefa de Ana era socia de uno de los despachos de abogados más importantes de la Ciudad de México: Velázquez y Robledo, Abogados Corporativos. Estela había invitado a Ana a trabajar con ella como pasante en el despacho cuando le daba clases en el quinto semestre de la universidad, oferta que Ana aceptó de inmediato sin siquiera pensarlo, se consideraba un gran honor el que Estela invitara a uno de sus estudiantes a trabajar para ella. Sus papás y sus hermanas le dijeron que estaban muy orgullosos de ella tras la noticia.

Después de ocho años de trabajar juntas, la relación entre Ana y Estela era muy estrecha y en varias ocasiones su jefa veladamente le había insinuado que le gustaría que saliera con Marco, su hijo. Pero, a diferencia de las otras veces, esta vez no se había tratado solamente de una insinuación sino de una solicitud directa.

Sara cerró la computadora y la puso sobre la mesa de centro al ver a Ana tan agobiada, su amiga requería de toda su atención.

—¿Marco es el idiota que se pasea por los pasillos del despacho sintiendo que ni el suelo lo merece y tratando mal a la gente?

Ana no lo hubiera podido describir de mejor manera, nada más de pensar en él se le erizaban los vellos de la piel.

—El mismo… y no lo soporto.

—No sabía que era hijo de Estela, pero ahora me hace sentido el que se pavoneé por la

oficina… ¿por qué de repente quiere tu jefa que salgas con él?

—Para torturarme seguramente… Resulta que su novia lo mandó a volar y parece que está deprimido y en busca de una nueva víctima.

—No me sorprende que lo hayan mandado a volar después de lo que me has contado sobre él… —la interrumpió Sara.

—Pues no, a mí tampoco me sorprende… la cosa es que Estela me dijo que ya que soy como una hija para ella creía que era una brillante idea que saliéramos juntos, así todo quedaría en familia… y lo peor es que me dijo que ya lo habló con Marco y a él le pareció una excelente idea…

Ana enterró la cara con uno de los cojines del sillón y gritó para tratar de sacar su frustración y Sara no pudo evitar reírse de lo simpático de la situación en la que se encontraba su amiga.

—No te rías, que esto es serio… —Ana le lanzó el cojín a la cara a su amiga con gesto de disgusto, pero ella logró esquivarlo.

—No te enojes conmigo… acéptalo, es difícil no reírse al imaginar tu cara cuando Estela te dijo que quería que salieras con su hijo… —Sara respiró profundo para tratar de contener la risa, pero no podía dejar de pensar que todo esto era demasiado surreal para ser cierto. —. Pero ya en serio, ¿no se suponía que le caías mal al tal Marco porque no te habías dejado intimidar?… ¿cómo es que ahora resulta que le parece buena idea salir contigo?

—Estoy segura de que lo está haciendo para molestarme, él es así de retorcido y no le encuentro otra explicación.

—¿Y por qué no simplemente le dices a Estela que no quieres salir con él?

—Por favor, Sara, ¿cómo le voy a decir que no a Estela? Sabes perfectamente que no puedo hacerlo… la admiro muchísimo, ella es mi mentora, mi ejemplo a seguir… y estoy súper agradecida con ella por haberme invitado a trabajar en el despacho.

—¿Y tú plan entonces es conseguirte un galán para no ir sola el viernes? Ana por Dios, hoy es martes… aunque pensándolo bien… —Sara tomó su computadora de la mesa de centro y la abrió muy decidida— podemos buscarte un candidato en la nueva aplicación de citas que estoy usando, se llama encuentraatumedianaranja.com y seguramente encontraremos un candidato perfecto para ti… regularmente chateas con alguien que te gusta por unos días y después se ponen de acuerdo para salir juntos, pero no todo está escrito en piedra. Puede ser que de aquí al viernes esté un poco apretado, pero no es imposible…

Todos los viernes últimos de mes había una invitación abierta por parte de Estela y Pedro, el otro socio del despacho, para que los colaboradores que quisieran ir se reunieran en el bar de la esquina de la oficina a tomar unos tragos y así poder socializar. El objetivo era mejorar el ambiente de trabajo al incentivar las relaciones personales entre los colaboradores en un ambiente distendido.

Ese viernes era precisamente el último del mes y Sara haría lo necesario para que su amiga no tuviera que ir sola al bar.

Ana le quitó la computadora del regazo a su amiga y cerrándola la puso de nuevo sobre la mesa de centro.

—Creo que estoy muy nerviosa y no fui lo suficientemente clara contigo cuando te planteé el problema Sara… le mentí a Estela cuando me pidió que saliera con Marco. Le dije que ya tengo novio desde hace algunas semanas y cuando me vio con ojos de desconfianza porque no le había contado nada antes sólo se me ocurrió decirle que no se lo había dicho porque quería estar segura de que la relación iba a prosperar antes de formalizarla… y ahora no me puedo presentar en la reunión del viernes con alguien que acabo de conocer, se daría cuenta de que le mentí.

—¿De verdad le mentiste a Estela?, eso sí que no me lo esperaba de ti... digo, mentiras piadosas todos decimos, pero esta no se clasifica como piadosa…

Ana volvió a taparse la cara con el cojín y gritó en él.

—No supe que hacer… entré en pánico y no se me ocurrió nada mejor para zafarme del problema que inventarle que ya tenía una relación y que por eso no podía salir con su hijo. Me dijo que sin excusa ni pretexto quiere conocer a mi novio el viernes en el bar y sin más se levantó de su escritorio y se metió a la sala de juntas con Pedro para atender a unos clientes mientras yo me quedaba en su oficina sin poder creer lo que había pasado. Parecía bastante disgustada… ¿qué voy a hacer ahora?

—¿Y si le pides a alguno de tus amigos que te ayude?, alguien podría acompañarte el viernes y fingir que es tu novio…

—Estela conoce prácticamente a todos mis compañeros de la universidad y del trabajo… y no quiero involucrar a nadie cercano y que la mentira se haga cada vez más grande.

—Me queda claro que necesitamos encontrarte un novio ficticio cuanto antes asegurándonos de que Estela no lo conozca ni pueda relacionarlo más adelante contigo… esto es de lo más emocionante, creí que cosas como éstas solo pasaban en las novelas románticas o en las películas… —Sara se frotó las manos antes de volver a tomar su computadora.

—¿Emocionante?, esto es lo menos emocionante que me ha pasado en la vida, más bien deberías decir estresante. No lo puedo creer, debí decirle que sí saldría con Marco y así ahora no estaría metida en este embrollo.

A pesar de su desesperación, Ana se sintió reconfortada al escuchar el “necesitamos” de parte de Sara, sabía que siempre contaba con ella para todo, por eso se había convertido en su mejor amiga… y que ahora estuviera tratando este tema tan importante para ella como si fuera también su problema la hizo quererla más, si eso era posible.

—Eso nunca. No voy a permitir que salgas con ese idiota si puedo evitarlo… te conseguiremos un novio ficticio que te acompañe al bar y listo.

—¿Y cómo vamos a encontrar un novio ficticio de aquí viernes?, eso es prácticamente imposible… sólo a mí se me ocurre mentir, ahora definitivamente no puedo llegar sola al bar… voy a tener que enfermarme o algo, ¿tu primo sigue trabajando como administrativo en ese hospital?, tal vez pueda ayudarme a conseguir un justificante médico…

—¿Le vas a volver a mentir a tu jefa?

Por tercera vez Ana gritó enterrando la cara en el cojín de la sala. Si ella ya sabía que una mentira te lleva a otra y esa a otra más… y no quería mentirle a su jefa, pero tampoco podía confesarle la verdad a Estela a esas alturas, ¿y si la despedía?

Empezó a angustiarse aún más.

—No le quiero mentir, de verdad… ¿y si le digo que fue mi novio el que se enfermó y que por eso no pudo llegar?, así consigo un poco más de tiempo…

—Eso solo va a pasar el problema para más tarde, de todas maneras, tendrás que llevarlo a la siguiente reunión de los viernes. Mejor tratamos de resolverlo de una buena vez.

—Si lo paso para más tarde podría decir que de emergencia se fue a vivir a otro país y que por consecuencia terminamos con la relación.

—Y como llevabas tan poco tiempo con él seguramente no te pegaría tanto la ruptura y entonces no habría problema para que en muy poco tiempo pudieras salir con Marco… —Ana se desinfló en el sillón, Sara tenía razón, si terminaba pronto su supuesta relación Estela insistiría en que saliera con Marco cuando estuviera lista y ahí sí que no tendría ningún pretexto para zafarse —. Tú confía en mí, vas a ver cómo Google nos va a ayudar a resolver esto —Sara empezó a teclear en su computadora.

—Te recuerdo que has estado buscando un novio en Internet desde hace por lo menos dos años y no has encontrado nada todavía… ¿cómo vas a encontrar uno para mí en cuatro días?

—Ese fue un golpe bajo, pero te lo perdono sólo porque estás estresada —Sara no quitaba la vista de la pantalla—. No es lo mismo encontrar un novio de verdad que uno ficticio… mira, encontré varias opciones.

Ana se acercó para poder ver la pantalla, no podía creer que se pudiera rentar un hombre por Internet. Pero ahí estaba… su amiga había tecleado “rentar un hombre” en el buscador y había una lista de varias opciones.

—Mira, aquí hay unos que dicen que te consuelan si estás triste abrazándote por horas… vaya, qué buen servicio. Mira este: “Contamos con una gran variedad de profesionales a tu alcance dispuestos a acompañarte en esa fecha especial”. Esto es precisamente lo que necesitamos.

Juntas estuvieron navegando por el sitio y sí, era precisamente lo que Ana necesitaba, un hombre que se hiciera pasar por su novio por módicos ciento ochenta dólares la hora, o su equivalente en pesos mexicanos. A Ana casi de da algo al hacer los cálculos de lo que le costaría su pequeña mentira.

—¿Qué tal si buscamos un profesional que se llame exactamente como le dijiste a tu jefa que se llamaba tu novio para que ni tú ni él se confundan?

—No le dije cómo se llamaba, se metió a la sala de juntas antes de que pudiera darle algún detalle y no dio tiempo a que me preguntara nada más.

—Mucho mejor… a ver, escoge uno que te guste.

Sara le pasó la computadora a Ana para que pudiera ver las diferentes opciones en lo que iba por algo de comer a la cocina.

Ana se tranquilizó al leer que el servicio no incluía besos o tocamientos, mucho menos sexo… no sabía por qué, pero el que hicieran esas especificaciones hacía que lo viera todo con mejores ojos.

Empezó a revisar las fotografías de los diferentes candidatos; había hombres con todo tipo de apariencias: atléticos, sensuales, roqueros, ejecutivos… las opciones parecían ilimitadas. Le

llamó la atención uno en particular, era bastante atractivo, pero sin exagerar, parecía muy serio y estaba vestido impecablemente de traje, sin duda era alguien con quien ella saldría en circunstancias normales.

—¿Qué te parece este? —le preguntó a Sara mostrándole la pantalla cuando regresó con un par de vasos de leche y un paquete de galletas de chocolate.

—Me parece el típico chico con el que tú saldrías… —aseguró después de observarlo unos segundos—. Se llama Rodrigo Saldívar… es perfecto.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Como me imagino que por obvias razones no puedes usar la computadora de la oficina para tramitar esto sin que alguien se dé cuenta, no te preocupes, yo me encargo de todo.

Sara se puso manos a la obra con el registro de los datos de Ana para crear el usuario y poder acordar la cita para el viernes.

—Listo, ya te di de alta —menos mal que su amiga le estaba ayudando con el trámite, Sara tenía mucha experiencia con estas cosas y Ana no habría sabido qué hacer—. Le voy a mandar un mensaje personal a Rodrigo para explicarle exactamente lo que necesitamos. ¿Qué te parece si lo cito en el bar media hora antes para que puedan conocerse un poco antes de que lleguen todos para que la cosa se vea natural?

—Me parece perfecto. Siempre piensas en todo, media hora debe ser más que suficiente… de verdad, muchas gracias por ayudarme Sara.

—Para eso somos amigas, nunca olvides que te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho, y ahora te voy a hacer algo rico de cenar… te lo mereces.

—No voy a decir que no a eso.

»Como mis datos para el pago ya están dados de alta en Google, voy a usar mi tarjeta de crédito para pagar y ya después me depositas —le dijo en voz alta Sara cuando Ana ya estaba en la cocina.

Ana, aunque seguía nerviosa, se sentía mucho mejor sabiendo que las cosas estaban otra vez bajo control con Sara al timón.

Seguía sintiéndose muy mal por haberle mentido a Estela, pero esperaba que con llevar a Rodrigo una vez al bar fuera suficiente para que las cosas volvieran a la normalidad. Menos mal que se trataba de un profesional, así estaba segura de que nada saldría mal...

CAPÍTULO II

Habían pasado diez minutos y su novio ficticio no había llegado al bar aún, cosa que la tenía muy nerviosa… ¿y si la dejaba plantada?

Paseó la mirada por el lugar otra vez buscando al tal Rodrigo, tal vez estaba por ahí y no la había visto… no, eso era poco probable, estaba muy cerca de la puerta de entrada y si él no la hubiera reconocido al llegar a pesar de que Sara la había descrito con detalle, ella lo habría notado nada más poner un pie en el lugar, si es que se parecía a la foto que Sara y ella habían visto en la página de Internet por supuesto.

Intentó volver a mandarle un mensaje a Sara pero notó que no había leído los tres anteriores, así que mejor le llamó.

—Sara, Rodrigo no ha llegado y estoy muy nerviosa… ¿estás segura de que te confirmaron que venía?

—Tranquila Ana, tal vez está atorado en el tráfico, no es muy tarde aún.

—No podré tranquilizarme hasta que haya llegado, ¿podrías llamar para preguntar qué pasó por favor?

Después de asegurarle a Ana que todo iba a salir muy bien y de prometerle que llamaría a la empresa para descartar que se hubiera dado algún problema, le pidió que esperara un poco a que le confirmara que todo estaba en orden. Después de colgar Sara llamó al número de atención a clientes que encontró en la página de Internet.

Casi le da un infarto cuando le dijeron que su banco había rechazado los tres intentos de cargo que le habían hecho a su tarjeta de crédito y que le habían mandado de manera automática tres correos electrónicos para notificarle la situación, pero que no habían recibido respuesta por parte de ella y el servicio se había cancelado.

Inmediatamente buscó en su cuenta de correo electrónico, estaba segura de no los había recibido o lo recordaría. En efecto, no había nada fuera de lo común… hasta que miró la carpeta de correos no deseados, ahí estaban los tres correos pidiéndole que se comunicara lo antes posible al área de atención a clientes por problemas detectados con el pago del servicio o tendrían que cancelarlo.

—Por favor dígame qué podemos hacer —le dijo agobiada a la señorita que la estaba atendiendo—, es urgente que Rodrigo se presente en la dirección acordada cuanto antes, es un asunto de vida o muerte; podría darle el número de otra tarjeta para que puedan hacer el cargo...

—Lo sentimos mucho, señorita Landeros, pero Rodrigo ya está ocupado en otro servicio y por el momento no contamos con alguien disponible para atenderla el día de hoy; con mucho gusto podemos mandarle a alguien mañana, siempre y cuando logremos hacer el cargo a su tarjeta.

Sara ya no escuchó lo que le siguió diciendo la señorita de atención a clientes. Esto estaba mal, muy mal… Ana iba a matarla cuando se enterara de lo que había pasado…

A menos que…

****

«Esto ya está listo» pensó Leonardo y sacó con las pinzas la fotografía del líquido revelador antes de colgarla para que se secara junto con las demás. Aspiró el olor que se desprendía de las fotografías a medio secar y que a él tanto le gustaba; seguramente si les contaba a sus amigos sobre ese extraño gusto pensarían que estaba loco.

Disfrutaba mucho de revelar sus propias fotografías con el proceso tradicional, aunque la mayoría de los fotógrafos pensaran que en la era digital era algo pasado de moda y aunque cada vez costaba más trabajo encontrar los rollos y materiales necesarios. Para él no había nada como ver la manera en la que la imagen iba apareciendo en el papel poco a poco, sin hablar de todos los efectos que podía utilizar durante el proceso de revelado manual.

Desde que estaba en la universidad, donde había estudiado la licenciatura en comunicación y después se había especializado en fotografía, tenía un pequeño cuarto oscuro en su departamento.

Su mamá lo había ayudado a equiparlo antes de que enfermara de cáncer, y cada vez que trabajaba en él, mientras organizaba las bandejas y preparaba el tanque para el revelado, lograba relajarse lo suficiente para dejar a su mente divagar llegando invariablemente a ese momento de nostalgia en el que recordaba todos los buenos momentos que había pasado con ella y cómo siempre lo motivaba para que nunca dejara la fotografía artística a un lado, ya que era su verdadera pasión y desde pequeño solía soñar con que sus imágenes se mostraran en alguna exposición internacional.

Pero a pesar de que su mamá siempre creyó en él, estaba consciente de que eso solo le pasaba a quienes eran excesivamente talentosos o tenían los contactos correctos, y Leonardo no creía tener ninguna de las dos cosas.

En horario laboral regular trabajaba como fotógrafo de producto en una agencia de publicidad; no podía decir que no disfrutara de su trabajo —le parecía muy divertido todo lo que tenía que idear para que cada producto se viera increíble al momento de fotografiarlo para algún anuncio, incluido el ponerle pasta de dientes a un pastel en lugar de crema o merengue—, pero no era lo mismo imprimir las fotografías después de haberlas manipulado con la computadora para que fueran atractivas que el capturar la esencia de las personas o de las cosas de manera natural a través únicamente de la lente de su cámara, eso las hacía más reales.

Marcelo, su compañero de departamento, llamó a la puerta del cuarto oscuro para avisarle que Sara, su vecina y mejor amiga desde que estaba en la universidad lo estaba buscando con urgencia. Normalmente no hubiera atendido a nadie cuando estaba revelando sus fotos, pero el que su amiga lo estuviera buscando con urgencia no era común, por lo que le preocupó un poco que de verdad necesitara su ayuda y decidió salir a ver de qué se trataba.

—¿Qué pasa mujer?, ¿por qué tanto alboroto? —le preguntó al salir del cuarto oscuro y verla dando vueltas por la estancia con una mano en la frente mientas hablaba consigo misma, parecía muy angustiada.

—Leonardo, tienes que ayudarme… estoy metida en un gran problema y necesito que hagas

algo por mí.

Leonardo haría cualquier cosa por ayudar a su amiga; solo de pensar en todo lo que Sara había hecho para ayudarlo cuando su mamá estuvo enferma y que no había tenido oportunidad de retribuirle lo llevaba a pensar que haría cualquier cosa que ella le pidiera para ayudarla… hasta que Sara le explicó lo que necesitaba.

—Lo siento mucho Sara, pídeme lo que quieras, pero eso no.

Hizo ademán de volver al cuarto oscuro, no debió de haber salido a preguntarle a Sara qué era lo que pasaba.

Estaba bien que le debiera tanto a su amiga, y por supuesto que quería retribuirla, pero definitivamente no había manera de que se hiciera pasar por el novio de Ana, por mucho que le hubiera contado lo que había pasado con el tal Rodrigo y el problema con los cargos a su tarjeta de crédito.

—Por favor Leo, de verdad que no te lo pediría si no estuviera desesperada.

Sara había decidido que no iba a aceptar un no por respuesta, no sabía cómo, pero Leonardo iba a presentarse en ese bar a fingir que era el novio de Ana pasara lo que pasara.

—Pero Ana no me tolera y tú lo sabes muy bien. No creo ni por un segundo que le vaya a hacer gracia presentarme como su novio con su jefa y sus compañeros de trabajo… y para ser sinceros, a mí tampoco me cae bien ni es mi tipo.

—Pero si no se van a casar, sólo tienen que fingir que son novios por esta noche… para eso no tienen ni que gustarse ni que caerse bien.

—¿Estás segura de que esto es lo que Ana quiere? —Leonardo desconfiado la miró fijamente a los ojos para saber la verdad, ella nunca había podido mentirle sin que él se diera cuenta… estaba totalmente seguro de que Ana no estaba de acuerdo con lo que le estaba pidiendo Sara.

—Bueno… —Sara se puso nerviosa, sabía que le estaba pidiendo demasiado a Leonardo y no podía mentirle.

—Ya ves, esto no puede ser… ni siquiera ella está de acuerdo con esta locura… así que no, Sara, pídeme lo que quieras menos esto.

No era que a Leonardo le desagradara del todo la compañera de departamento y mejor amiga de Sara, pero sabía lo que ella pensaba de él y no era nada agradable.

Además de que a él no le gustaban las mujeres tan estiradas y acartonadas como Ana, ¿de qué podrían hablar en toda la noche si no tenían nada en común? Esto que le estaba pidiendo Sara era una locura.

—Está bien, entonces esos ciento ochenta dólares la hora que íbamos a pagar por el novio de mentiras se los tendré que ir a ofrecer a alguien más.

—¿Ciento ochenta dólares la hora? —preguntó Leonardo levantando la ceja derecha con incredulidad, no podía creer que estuvieran dispuestas a pagar todo ese dinero para salir del problema de haberle mentido a la jefa de Ana—, eso es mucho dinero, ¿acaso están locas?

Miró a Sara a los ojos tratando de descubrir si estaba bromeando… y no pudo dejar de pensar en que a él no le vendría nada mal ese dinero adicional, estaba cansado de tener deudas a

las que no les veía el fin, tanto del préstamo estudiantil que aún no terminaba de pagar como de los gastos médicos de la larga enfermedad de su mamá.

No, no podía caer en la que se dio cuenta que era una trampa de Sara para que se hiciera más atractiva esa locura, así que negó con la cabeza.

—Piénsalo bien Leo —Sara usó su voz más persuasiva, creía que ya había logrado captar el interés de su amigo con la oferta económica… se trataba de un acuerdo en el que ambas partes ganarían y desde su particular punto de vista su amigo no podía desaprovecharlo—, seis horas de tu tiempo y podrías ganar el equivalente a más de mil dólares… y eso solo sería el principio…

Viéndolo así estaba dejando de sonar tan descabellado para Leonardo, si lograba reducir el capital de sus deudas podría pagar más rápido y por fin ser libre… desde que había cumplido los dieciocho años no recordaba un momento de su vida en el que no hubiera estado endeudado y a sus treinta aún no veía nada cercano el momento de terminar de pagar…

—Ándale Leo —le insistió Sara con voz suplicante, se estaba empezando a desesperar, no tenían más tiempo que perder—, por favor ayúdanos, mira que ya es tarde y Ana está desesperada… sin contar con que me va a matar si su novio ficticio no llega pronto…

Leonardo estaba indeciso…

CAPÍTULO III

En el bar ya casi no cabía ni un alma, el ambiente estaba bastante animado y aún no había señales de Rodrigo.

Ana estaba desesperada, ya estaban en la mesa casi todos los compañeros de la oficina; menos mal que a Estela se le había hecho tarde y no había llegado aún… ojalá hubiera pasado lo mismo con su hijo Marco, que no paraba de pasar cerca de ella rozándola y sonriéndole de manera tan sarcástica que la estaba incomodando demasiado.

—¿Todavía no llega tu novio? —le preguntó con tono de burla acercándose tanto a ella que Ana no pudo contener un gesto de disgusto.

—No debe tardar —le respondió secamente y se cambió de lugar para evitarlo. No lo toleraba y no quería que se acercara a ella, pero parecía que él no entendía de indirectas. Por suerte otro de sus compañeros lo invitó a jugar una partida de dardos y se lo llevó al otro lado del bar.

No sabía si volver a escribirle a Sara o llamarla, ya su amiga le había mandado un mensaje diciéndole que todo estaba arreglado y que el novio ficticio no tardaría en llegar.

No le quedaba más que confiar en que le había dicho la verdad y esperar, pero no podía dejar de pensar que odiaba no tener el control de la situación, no era buena para lidiar con la incertidumbre, sobre todo con Marco gravitando a su alrededor.

Volvió a fijarse en los detalles de la decoración del bar para tener algo que hacer y no enloquecer; le gustaba el ambiente industrial que se respiraba en el lugar, con sus techos altos, ladrillos expuestos en las paredes y la tubería a la vista, ¿sería real o sería ficticia?, nunca había escuchado que circulara agua por ella.

Regresó la vista a la entrada del bar y se dio cuenta de que Estela ya estaba ahí.

Iba a matar a Sara. No sabía por qué le había hecho caso, debió de irse del bar cuando tuvo oportunidad, podría haber dicho que había surgido un contratiempo o algo, pero con Estela ahí ya no había nada que hacer.

¿Era ese Leonardo, su vecino? Le pareció verlo entrar detrás de Estela, pero seguramente se había equivocado, estaba segura de que él no solía frecuentar ese tipo de lugares, ¿o sí?

Definitivamente era él, su manera de andar era inconfundible, como si fuera el dueño del mundo y lo tuviera todo bajo control.

Odiaba su vestimenta tan informal, los pantalones de mezclilla rotos, el arete, la cadena para las llaves que colgaba desde la presilla del cinturón hasta el bolsillo… y aunque no era nada feo en realidad, la barba desprolija de varios días no lo ayudaba para nada, ni a verse mejor ni a resaltar sus grandes y expresivos ojos castaños.

En general trataba de evitar a la gente que tenía tatuajes, pero podía aceptar que le gustaba el tatuaje que Leonardo tenía en el pecho y que ese día se asomaba por debajo del cuello de su playera azul marino. Se trataba de una especie de ave pequeña con las alas abiertas y que le daba la sensación de que en cualquier momento se echaría a volar.

No sabía si esconderse para que no la viera y evitar el tener que saludarlo o no…, aunque a ella le cayera fatal y no le gustara para nada su apariencia, no podía olvidar que era el mejor amigo de Sara… no sabía qué hacer.

Decidió evitarlo, sería lo mejor para los dos, sobre todo porque él podría decir algo sobre Rodrigo y descubrirla en su mentira, así que le dio la espalda a la puerta y agachó la cabeza, ya después se fijaría dónde estaba sentado para tratar de no coincidir con él.

Pero no tuvo tanta suerte, cuando Estela se abrió paso entre la gente hasta llegar a la mesa y Ana se volteó para saludarla, se topó con los ojos de Leonardo mirándola fijamente con una radiante sonrisa. Estaba tan cerca de ella que supo que no iba a poder evitarlo.

—Hola Ana —la saludó efusivamente su jefa y miró alrededor como si estuviera buscando a alguien, cosa que la puso nerviosa, Ana sabía perfecto a quién estaba buscando—, ¿dónde está tu novio?, y no me vayas a decir que no pudo venir.

—Yo… pues… —no sabía qué decirle a Estela, no quería volver a mentirle.

—Mi amor, ya estoy aquí, perdona la tardanza.

Leonardo la había tomado de las manos para saludarla con un beso fugaz en los labios después de esquivar a Estela, había hablado lo suficientemente alto para que todos lo escucharan. Ana no entendía lo que estaba sucediendo, ¿se habría vuelto loco?, esto no podía estar pasando.

—Hola, tú debes ser Estela —le estrechó la mano a una evidentemente muy sorprendida Estela que nunca hubiera pensado que el novio de Ana pudiera lucir así—, yo soy el novio de Ana.

Ana abrió los ojos de manera desmedida y lo miró como si fuera un extraterrestre, ¿qué era lo que estaba pasando?, no pudo emitir sonido alguno o reaccionar de ninguna manera cuando Leonardo la abrazó para darle realismo a su actuación, pero sobre todo para esconder la expresión de asombro e incredulidad en la cara de su novia ficticia, o los descubrirían.

—Sara me pidió que te ayudara —le susurró al oído para que nadie consiguiera escucharlo y sin soltarla para que tuviera tiempo de cambiar su cara de consternación.

Definitivamente iba a matar a Sara en cuanto la viera. De todos los hombres del planeta, ¿cómo se le había ocurrido pedirle ayuda a Leonardo?, era completamente lo opuesto a lo que ella habría buscado en un hombre y su jefa no se iba a creer ni de broma que era su novio.

—Me da mucho gusto conocerte… —le dijo Estela a Leonardo cuando soltó a Ana, dándole espacio para que le dijera su nombre mientras lo miraba fijamente.

—Leonardo, Leonardo Alvarado —mientras él se presentaba y estrechaba la mano de su jefa, Ana sólo podía pensar que había sido una suerte que no hubiera alcanzado a decirle a nadie que su novio se llamaba Rodrigo Saldívar.

—Pues mucho gusto Leonardo Alvarado, ya sabes que soy Estela, la jefa de Ana.

Estela se había recuperado bastante bien de la sorpresa inicial, ella no era nadie para juzgar los gustos de Ana y era la primera en saber que el amor llegaba sin preguntar. Le había gustado que el apretón de manos de Leonardo fuera firme pero delicado.

—¿Podemos hablar un minuto? —le preguntó Ana a Leonardo después de que Estela empezara a saludar a los demás, necesitaba aclarar con él lo que estaba pasando.

Tras disculparse con quienes estaban cerca y tenían curiosidad por conocer a Leonardo salieron del bar para poder hablar libremente.

—¿Podrías explicarme qué es lo que está pasando aquí?

Leonardo vio el desconcierto y el disgusto en los ojos de Ana y no le gustó. Seguramente ella preferiría caer muerta en ese instante a que pensaran que él era su novio, y aunque estaba acostumbrado a los desaires de Ana por su forma de vestir, esta vez le dolió el orgullo, ¿no había entendido que estaba ahí para ayudarla?

—Creo que es muy claro lo que está pasando aquí Ana. Sara se presentó en mi casa diciéndome que estabas metida en un gran problema y me pidió que te ayudara haciéndome pasar por tu novio por ciento ochenta dólares la hora y yo acepté —declaró con cierto cinismo, seguramente como un mecanismo de defensa a lo que sintió como un desaire por parte de Ana.

—No lo puedo creer… de por sí ya era mala la idea de alquilar a un hombre cualquiera para que se hiciera pasar por mi novio…

—Y ahora estás enganchada con alguien como yo… pues sí. Sara pensó que a pesar de todo yo era tu mejor opción si no querías perder tu trabajo.

Ana se sintió un poco mal por la manera en que estaba tratando a Leonardo, era verdad que le desagradaba su apariencia, pero no debía olvidar que estaba ahí para ayudarla… por supuesto que cobrando un buen dinero por hora… pero él hubiera podido negarse a ayudarla y no lo hizo, así que decidió enterrar el hacha de guerra.

—Antes que nada, quiero darte las gracias por querer ayudarme… —le dijo tratando de tranquilizarse para sonar sincera.

—Pero…

—Pero no hay manera de que mis compañeros puedan creer que tú y yo somos novios… —Leonardo chasqueó la lengua, ofendido— no me lo tomes a mal, no quiero insultarte de ninguna manera, pero he trabajado muchos años con todos ellos y me conocen, y definitivamente no entras dentro del patrón de hombres con los que salgo regularmente… seguramente a ti te pasaría lo mismo conmigo si estuvieras en mi situación.

Ana se mordió la lengua. Sus compañeros de trabajo no tenían ningún patrón del tipo de hombres con los que ella salía porque desde que empezó a trabajar en el despacho no había salido con muchas personas y no había presentado a nadie formalmente, pero eso no se lo iba a decir a él.

Leonardo decidió hacer a un lado su orgullo. Era cierto que si él la presentaba con sus amigos como su novia ninguno de ellos le creería, sobre todo porque no solía salir con mujeres que usaran traje sastre todos los días para ir a trabajar, por lo demás Ana no estaba fuera del tipo de mujeres que le gustaban, era bastante más bajita que él, con grandes y expresivos ojos color miel y un cabello largo que casi siempre lo usaba recogido, aunque a él le gustaba más en esas raras ocasiones en las que lo traía suelto.

—¿Qué hacemos ahora?, ya me presenté como tu novio y parece que a pesar del impacto inicial tu jefa sí creyó que estamos involucrados… ese era el objetivo, ¿no?

Ana se puso a pensar.

Leonardo tenía razón, había podido notar el desconcierto del impacto inicial en Estela, pero parecía que lo había asimilado rápido y bastante bien. ¿Qué podía perder a esas alturas?, la mentira ya estaba sobre la mesa y lo único que podía hacer en ese momento, si no quería perder su trabajo, era seguir con la farsa.

—Está bien, sigamos con esto… con suerte después de hoy no necesitaremos volver a salir juntos y en unos meses podemos terminar la relación sin mayores consecuencias para ninguno de los dos.

Leonardo la tomó de la mano para regresar a la mesa y Ana se dio cuenta de que, contrario a lo que hubiera imaginado, no le desagradaba para nada su toque.

****

—Platícanos Leonardo —le pidió Estela cuando todos estuvieron sentados a la mesa; la música no era muy fuerte en esa parte del bar, así que se podía platicar y que toda la mesa escuchara lo que se decía— ¿cómo se conocieron Ana y tú?, ella no nos ha contado nada sobre ti.

Leonardo instintivamente volteó a ver a Ana, parecía que la pregunta de su jefa la había puesto muy nerviosa, así que la tomó de la mano y se la apretó para ayudarla a tranquilizarse al transmitirle seguridad.

Decidió aprovechar que Ana no les había contado nada para decir la verdad, o algo cercano a la verdad, para que ninguno de los dos se confundiera después.

—Nos conocimos cuando Ana entró a la universidad; se mudó con su mejor amiga al edificio en el que yo he vivido toda mi vida, justo en el departamento de al lado.

Estela sonrió y parecía que la atención de toda la mesa estaba en él, eran unas veinte personas y todos estaban vestidos de manera formal, a diferencia de Leonardo, pero eso a él nunca le había causado problema.

—No les negaré que al principio no me cayó muy bien —continuó sonriendo y acariciándole la mejilla a su novia ficticia—, me pareció muy seria y estirada, nada que ver conmigo.

Ana agachó la cabeza y le apretó la mano desconcertada ante las risas de casi todos sus compañeros y sobre todo de Estela; definitivamente las cosas no estaban yendo por donde debían, ¿cómo se le había ocurrido decirle eso a sus compañeros?, se suponía que eran novios, no podía decir que no se caían bien y menos que no tenían nada que ver… aunque fuera cierto.

Pero Leonardo levantó su mano y le dio un beso en la muñeca, lo que la desconcertó aún más y volteó a verlo; él le guiñó un ojo y le sonrió tranquilo.

—Pero ya saben cómo son estas cosas —siguió contando Leonardo—, resulta que es cierto que los polos opuestos se atraen; después de no hablarnos casi nada por años, de repente nos dimos cuenta de que teníamos más cosas en común de las que pensábamos y no lo sé… —para consternación de Ana le levantó la barbilla y le dio un beso fugaz en los labios—, simplemente no pude evitar acercarme a ella hasta que hace poco me di cuenta de que me tenía totalmente hechizado.

Ana se revolvió incómoda, ¿qué había sido eso?, ¿por qué le había dado ese beso sin su consentimiento? Él le apretó la mano una vez más y ella salió de su ensimismamiento para darse cuenta de que todos sonreían, especialmente su jefa.

—Este tipo de historias tan románticas me encantan —les dijo Estela entusiasmada y levantó su vaso para brindar—, por Ana y Leo.

Ana aprovechó el momento en el que todos entrechocaban sus vasos y copas para brindar por ellos para preguntarle en voz baja qué era lo que estaba haciendo y qué había significado ese beso.

—Pensé que lo mejor sería decir la verdad para no confundirnos, y ese beso fue solo para que todo fuera más convincente —Leonardo se sintió un poco molesto de que Ana no reconociera su esfuerzo por ayudarla y también por lo que pensó que era un franco rechazo de ella a su cercanía—, pero no te preocupes, no volverá a suceder.

Ana sintió la molestia de su novio ficticio y quiso decirle algo para disculparse, pero él la disuadió al decirle que debía relajarse y cambiar su postura por una más natural o se darían cuenta de que estaba fingiendo, ya hablarían de los detalles después.

A partir de ese momento las cosas empezaron a fluir un poco mejor. Leonardo contestó todas las preguntas personales que Estela le hizo sobre su vida y su trabajo y de las que Ana no sabía casi nada, hasta que uno de los chicos de contabilidad organizó un juego de billar y lo invitó a ser su pareja.

Leonardo aceptó riendo divertido y advirtiéndole que no era muy bueno en ese juego, cosa que demostró a los pocos minutos, no había exagerado, era malísimo, pero a nadie le importó.

—He de confesar que cuando vi a Leo pensé que ustedes no pegaban ni con cola —Estela le estaba hablando a Ana en tono confidencial para que nadie se enterara de lo que le quería decir —, hasta llegué a pensar que habías conseguido a alguien que se hiciera pasar por tu novio para no salir con Marco.

Ana sintió que el estómago se le subía a la garganta, ¿la había descubierto?, esto era malo, muy malo.

—Pero ahora lo entiendo perfecto y creo que no hay nadie mejor que Leo para ti —continuó Estela y Ana no podía creer lo que su jefa le estaba diciendo—, hacen una excelente pareja… muchas felicidades por haberle dado una oportunidad a pesar de sus diferencias.

Ana volteó a ver a Leonardo que seguía jugando billar y parecía que se estaba llevando muy bien con la mayoría de sus compañeros, por lo menos mejor de lo que ella había logrado llevarse con ellos a pesar de que llevaba varios años trabajando con la mayoría… parecía que a pesar de todo él había logrado encajar con facilidad.

Leonardo volteó a verla y sus miradas se cruzaron, le sonrió y Ana no pudo evitar sonrojarse y sonreírle de regreso sintiéndose mal por haber pensado tan mal de él y su apariencia cuando podía notar que estaba haciendo todo lo que podía por ayudarla.

****

—¿Crees que se lo creyeron? —le preguntó Ana a Leonardo cuando iban de regreso a casa, ella pensaba que las cosas habían salido bastante bien, pero no dejaba de estar preocupada.

—Parece que sí, estuve platicando con casi todos tus compañeros y ninguno me hizo preguntas incómodas o extrañas, para todos soy Leonardo Alvarado, el novio de Ana Esquivel.

—Espero que sí, si se llegaran a enterar de que mentí no sé qué podrían pensar de mí… seguramente Fabiola y Valeria se encargarían de inventar un montón de cosas y de hacerme la vida de cuadritos —ambas mujeres se habían portado bien con Leonardo, pero Ana no se fiaba para nada de ellas.

Fabiola era la asistente del socio de Estela, Pedro Robledo, y odiaba a Ana de verdad, aunque ella no sabía por qué, creía que nunca le había dado motivos para ello.

Valeria, además de ser la asistente de su jefa, era la mejor amiga de Fabiola y estaba segura de que le metería el pie si llegara a tener la oportunidad solo para ayudar a su amiga a hacerle daño.

—¿Por qué te importa tanto lo que piensen de ti?

—Pues porque son mi jefa y mis compañeros de trabajo —Ana hubiera pensado que la respuesta era obvia.

—Exacto, son compañeros de trabajo, no son tus amigos o tu familia, no debería importarte tanto lo que piensen de ti.

Ana se quedó en silencio, ojalá las cosas fueran tan sencillas como las veía Leonardo. Le hubiera encantado que no le importara nada lo que los demás pensaran de ella, pero no era así, su reputación siempre había sido muy importante para ella.

Su papá persistentemente le decía desde que era niña que ella era el mejor de los ejemplos a seguir para sus tres hermanas y Ana se moriría antes de que alguno de ellos se enterare de que la gente pensaba cosas malas de ella o de que le había mentido a su jefa y a sus compañeros de trabajo… ni siquiera quería pensar en lo que dirían si la despidieran de su trabajo por mentirosa o por cualquier otro motivo.

—Yo creo que deberías de relajarte —siguió Leonardo—, no sé, disfrutar más de la vida y no pensar que el trabajo lo es todo o que lo que los demás piensen de ti es tan importante, porque no es así…

—¿Y tú piensas que yo no puedo disfrutar de la vida? —Ana estaba evidentemente molesta por el comentario de Leonardo, ¿cómo se atrevía a decirle eso?, ¿quién se creía que era?, llevaba dos minutos en su vida y ya se creía con el derecho de tratar de darle lecciones de vida, de juzgarla… ¿qué sabía él de la presión que ella soportaba al tener que ser un ejemplo para sus hermanas? Claro que sabía cómo disfrutar de la vida, pero eso no era lo más importante, también tenía grandes responsabilidades.

—Yo no dije eso…

—Tal vez para alguien que no tiene ambiciones serias o una gran responsabilidad sea más fácil tomar la vida con calma —lo interrumpió atacándolo para tratar de defenderse sin pensar siquiera en lo que le estaba diciendo—, pero yo tengo muchas responsabilidades y me las tomo muy en serio, así que no todo se trata de disfrutar de la vida sin pensar en las consecuencias…

Algo hizo que Ana se detuviera antes de que dijera cosas más feas; no se sentía orgullosa de lo que había dicho o de lo que había implicado con sus palabras, pero nunca se hubiera imaginado la respuesta de Leonardo.

—¿Te piensas que eres mejor que los demás simplemente porque eres una estirada abogada adicta al trabajo? —era la primera vez que Ana lo veía explotar de esa manera, estaba realmente enojado y ella de inmediato se sintió culpable por lo que le había dicho.

»Lo único que quise decir con mi comentario es que la vida es lo bastante dramática ya como para que todo te lo tomes tan en serio, sobre todo lo que los demás piensen de ti. Hay cosas mucho más importantes…

»Nada, absolutamente nada hubiera podido evitar que aquel camión atropellara a mi padre cuando yo era un niño o que el estúpido cáncer se apoderara del cuerpo de mi madre y la hiciera sufrir por años hasta que murió, pero no ando llorando por los rincones pensando que sería una tragedia que alguien pensara mal de mí.

Habían llegado al estacionamiento del edificio.

Cuando salieron del bar Leonardo había pensado que esa era la primera vez que convivían sin terminar peleados, pero se había anticipado demasiado, eran tan diferentes que era obvio que nunca se llevarían bien.

Ana se sentía bastante mal, había descubierto una parte que no conocía de la vida de Leonardo con su respuesta a su estúpido ataque. Antes de eso solo se había enterado de que su mamá estaba enferma porque Sara lo había ayudado a cuidarla algunas veces, aunque no se había sabido nada más del tema y tiempo después sólo supo que ella había muerto.

Tampoco sabía lo de su papá y definitivamente poniendo las cosas en perspectiva sonaba estúpido el preocuparse por lo que los compañeros de trabajo pensaran de ella y de su novio frente a todo lo que había pasado su vecino.

Había sido injusta y lo correcto era disculparse con él.

—Lo siento mucho —le dijo Ana con el corazón en la boca, pero la mirada de Leonardo seguía diciéndole que no le creía, por lo que decidió esforzarse más para que él supiera que era sincera—, de verdad me quiero disculpar contigo de corazón… fui injusta y no quise darte a entender que yo fuera mejor que los demás, es solo que… —ya no pudo seguir, no sabía qué más decir para tratar de arreglar las cosas.

A pesar de las disculpas de Ana estaba tan enojado que tenía ganas de seguir diciéndole sus verdades, pero mejor decidió ya no decir nada más para no estropearlo todo; Ana lo había sorprendido al haberse disculpado con él tan vehementemente.

Se bajó del coche y Ana lo siguió. No volvieron a hablar hasta que ambos estuvieron frente a la puerta de sus respectivos departamentos, vivían literalmente el uno junto al otro, pared con pared.

—Buenas noches —se despidió Ana—, y gracias otra vez por tu ayuda.

Leonardo asintió y le dio las buenas noches con voz muy baja, más parecido a un gruñido casi imperceptible.

No sabía qué se había apoderado de él para hablarle de aquella manera, sólo sabía que

siempre había odiado esa necesidad que Ana tenía de ser perfecta a los ojos de los demás, no creía que fuera sano para nadie, y su comentario dando a entender que él no sabía lo que era tener una responsabilidad lo hizo enojar tanto que se había salido de sus casillas.

Menos mal que la noche se había terminado al fin y esperaba no tener que hacerse pasar por el novio de Ana nunca más.

CAPÍTULO IV

—Y de todos los hombres que hay en el mundo, ¿cómo se te ocurrió pedirle precisamente a Leonardo que se hiciera pasar por mi novio?

Ana ya no estaba tan enojada con Sara después de que ella le contó lo que había pasado con la tarjeta de crédito y cómo había tenido que buscar la manera de resolver el problema de la mejor manera; entendió que hizo lo que pudo para ayudarla y no podía más que estar agradecida, pero ¿por qué lo había tenido que escoger precisamente a él?

—¿Qué otra opción tenía? —Sara ya estaba un poco exasperada, entendía el punto de Ana y su animadversión por Leonardo, pero había hecho lo que había creído que era lo mejor para su amiga y no quería seguir justificándose con ella—. No había tiempo para buscar con calma al mejor candidato, te recuerdo que estabas parada en un bar esperando a tu novio y que tu jefa estaba a punto de llegar, ¿sabes todo lo que pudo haber salido mal? Leonardo es mi mejor amigo y estaba segura de que lograría convencerlo a pesar de todo para que aceptara ayudarnos, sobre todo sabiendo cuánto le íbamos a pagar… y recuerda que la discreción es fundamental, él nunca me traicionaría de ninguna manera.

Ana suspiró, sabía que Sara tenía razón, pero hubiera preferido que le pidiera ayuda a cualquiera que no fuera él.

Si era sincera consigo misma se diría que las cosas habían salido muy bien gracias a él, Leonardo había logrado que todos creyeran su mentira, pero no le gustaba la idea de deberle algo, a pesar de que ya le había depositado lo acordado.

Terminó de tomarse el café y fue a la cocina por la jarra para rellenar su taza y la de Sara, iba a necesitar toda la cafeína del mundo para mantenerse despierta; no había podido dormir nada bien pensando en todos los problemas que se le podrían venir encima después de la noche anterior… le daba miedo pensar que alguien pudiera descubrir su mentira.

No podía negar que los wafles que había preparado Sara para desayunar habían ayudado mucho a levantarle el ánimo, su amiga la conocía perfecto y sabía que una gran dosis de azúcar y cafeína mejoraba mucho su estado de ánimo… esa era una de las cosas que más le gustaba de vivir con ella.

Se habían conocido en la universidad apenas llegaron a la Ciudad de México —Sara venía de la ciudad de Guadalajara y Ana de Jiquilpan, un pueblo mágico del estado de Michoacán—, y ambas se sintieron identificadas desde el primer día.

Ana había llegado a vivir en una casa de huéspedes muy cercana a la universidad, pero menos de dos meses después se había mudado al acogedor departamento de dos habitaciones y dos baños que los papás de Sara le habían pagado mientras estudiaba y donde aún vivían juntas muy cómodamente.

—Le hubiera podido pedir ayuda a Marcelo —continuó Sara en voz alta para que su amiga pudiera escucharla desde la pequeña cocina antes de que regresara a la mesa con la humeante jarra de café—, pero además de que no le tengo la confianza suficiente como para pedirle algo como esto, no estoy segura de que se hubiera prestado a ayudarnos.

Marcelo era desde hacía tres meses el compañero de departamento de Leonardo.

Desde que la mamá de su amigo había muerto él tenía en renta una de las tres habitaciones de su departamento para ayudarse con los gastos y al parecer Marcelo había resultado ser el compañero ideal para él porque era muy silencioso y discreto.

Marcelo había llegado a la zona en la que vivían un poco más de seis meses atrás tras abrir una pequeña, pero muy concurrida cafetería a dos calles de su edificio. Desde que Sara había puesto un pie en el lugar se sintió como en casa, tenía una vibra que la atraía demasiado y era donde se quedaba de ver con los nuevos prospectos que conocía a través de encuentraatumedianaranja.com, la aplicación que utilizaba para ligar.

No podía negar que se sentía un poco cohibida en su presencia, no podía olvidar que él había sido testigo de cómo se desarrollaba cada una de sus citas, y aunque no le comentaba nada al respecto a menos que ella le preguntara directamente, por algunos de sus gestos ella se había podido dar cuenta cuando él pensaba que alguno de los prospectos no le convenía, y por una u otra cosa se había terminado dando cuenta de que en cada uno de esos casos él había tenido razón.

Lo único que Sara sabía sobre él era que cojeaba de manera muy notoria como consecuencia de un accidente de motocicleta que había tenido unos dos años atrás y que a veces usaba un bastón para ayudarse a caminar. Se había enterado por Leonardo de que el proceso de rehabilitación había sido tan largo que había perdido su trabajo como director de finanzas en alguna gran empresa y con la liquidación había abierto la cafetería.

Tal vez por eso siempre se la recomendaba a todos sus conocidos y trataba de hacerle toda la publicidad que podía, lo que sentía que estaba funcionando bien ya que a veces le costaba trabajo encontrar una mesa disponible por las tardes, cosa que le gustaba porque así podía sentarse en la barra y aprovechar para platicar con Marcelo cuando no estaba atendiendo a los clientes... o más bien ella le platicaba mientras él la escuchaba con atención.

Había sido ella la que un poco más de tres meses atrás le había platicado que Leonardo estaba buscando un nuevo compañero de departamento y dos semanas después ya se había mudado con él.

—Pues ya no vale la pena preocuparse por eso Sara, a estas alturas seguramente todos en el despacho saben que Leonardo es mi novio y yo solo espero que no haya más complicaciones antes de que terminemos y quede tan afectada que no esté de ánimos para salir con nadie más... con suerte, Marco ya tiene novia para ese entonces.

Ana de verdad esperaba que Estela no insistiera con que saliera con su hijo, si eso pasaba había decidido que iba a tener que decirle que no, ya buscaría algún pretexto para no quedar mal con su jefa sin necesidad de mentirle otra vez.

—Me imagino que tendrás que volver a llevarlo al bar algún viernes para hacerlo creíble, ¿no? Si se supone que te va a pegar tan fuerte la ruptura vas a tener que salir con él por varios meses, no solo por unas cuantas semanas.

—No creo que sea necesario que volvamos a ir juntos al bar, o por lo menos eso espero… no creo que podamos coincidir durante tanto tiempo sin terminar peleados como siempre. Ya todos lo conocieron anoche y parece que a pesar de nuestras evidentes diferencias se quedaron más o menos tranquilos, así que trataré de evitar las reuniones en el bar en los próximos meses.

»Y no olvides que no es tan importante el tiempo que haya durado la relación, Leonardo les dijo que nos conocíamos desde hace mucho tiempo, así que, aunque la relación resulte ser corta, el rompimiento seguramente me podría afectar bastante.

Sara sonrió, cuando fue a buscar a Leonardo la noche anterior para que les ayudara le pasó por la cabeza más de una vez la idea de que ambos eran demasiado diferentes para que las cosas funcionaran; jamás se habían llevado bien y siempre que coincidían en un lugar por más de cinco minutos terminaban peleados.

Pero contra todo pronóstico la noche anterior lo habían logrado, y a pesar de todo lo que hubiera podido salir mal, parecía que tanto Estela como los compañeros de trabajo de Ana habían quedado convencidos de que eran novios.

—No deberías de ser tan prejuiciosa con él Ana, si lo conocieras de verdad y no solo te dejaras llevar por las apariencias te darías cuenta de que es muy buena persona… con sus cosas, por supuesto, como todos los demás, pero nada fuera de lo normal.

—Nunca he dicho que sea una mala persona…

—Pero puedo ver en tu cara cómo no te gusta nada encontrarlo en la casa tan seguido, y sólo digo que si lo conocieras mejor seguramente no te caería tan mal.

—Pero nunca he dicho que me caiga mal.

Sara la volteó a ver con la boca abierta y gesto de incredulidad, ¿de verdad quería que le creyera que Leonardo no le caía mal?, pues tal vez tendría que trabajar más para que lo que decía y lo que aparentaba concordaran.

—Bueno —reculó Ana sabiendo que no estaba siendo del todo sincera con su amiga y seguramente ella lo sabía—, entiendo por qué piensas que me cae mal, sobre todo porque nunca estamos de acuerdo con lo que pensamos de las cosas y por eso nos peleamos, digo, ni siquiera nos podemos poner de acuerdo en qué sabor de pizza o de helado pedir.

»Y también es cierto que, a mi papá, a mi mamá y a mis tres hermanas les daría un infarto si se enteraran de que Leonardo es mi novio, aunque sea ficticio… pero lo cierto es que como bien dices no lo conozco realmente, nunca he hablado realmente con él hasta ayer, y estábamos fingiendo.

—Yo solo digo que deberías de darle una oportunidad para conocerlo de verdad, y bueno, ya sabes que si necesitas que vuelva a fingir ser tu novio le podemos pedir ayuda otra vez sin problemas, se entusiasmó al saber que podría adelantar capital a sus deudas.

Ana suspiró, de verdad esperaba que no fuera necesario que Leonardo fuera con ella al bar otra vez, pero tampoco debía descartarlo.

—¿Tiene deudas?

Sara se rio, Leonardo siempre se quejaba frente a todos de que no lograba bajar el monto principal de sus deudas y que sólo lograba pagar poco más que los intereses cada mes… definitivamente su amiga no le ponía nada de atención a lo que él decía cuando estaba en el departamento.

—En efecto, tiene deudas… y si quieres saber más sobre eso mejor pregúntale a él que yo ya dije demasiado.

Terminaron de recoger la mesa y acomodaron los cojines de los sillones de la sala. A las dos les encantaba ese departamento, podía ser un poco pequeño, pero era suficiente para ellas y habían puesto tanto empeño en la decoración que a ninguna de las dos les había pasado por la cabeza cambiarlo por uno más grande, se había convertido en su hogar.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Ana a Sara más para cambiar de tema que para saber cuáles eran sus planes, ya no quería hablar sobre Leonardo ni nada que tuviera que ver con él.

—Tengo una cita con Eduardo —Sara le enseñó la fotografía del sujeto en cuestión en la pantalla del móvil, debía de aceptar era bastante guapo—, tiene treinta y dos años, es agente de seguros y le gustan los deportes extremos.

—Un poco contradictorio, ¿no crees?

—Puede ser, pero estuvimos intercambiando mensajes y parece que es todo lo que siempre he buscado en un hombre…

—¿Igual que Carlos, el ingeniero químico al que le gustaban las expediciones científicas, o Bernardo, el veterinario que iba a todas las manifestaciones que había en defensa de los derechos de los animales?

—No puedes negar que esa es una causa muy importante… aunque resultó que tenía la edad suficiente para ser mi padre y había subido a su perfil las fotografías de cuando estaba en la universidad. Eso no fue muy honesto de su parte, la verdad.

Ana se dio por vencida, Sara era su mejor amiga desde hacía mucho tiempo para no saber que no dejaría de buscar con ahínco a su príncipe azul, por muchos sapos que tuviera que besar en el camino, sólo esperaba que pronto llegara el indicado o sufriría mucho en caso contrario.

—Deberías probar la nueva aplicación —le insistió Sara—, estoy segura de que ahí encontrarías a un novio de verdad y así podrías dejar de fingir además de ahorrarte mucho dinero.

—No estoy buscando un novio, ahorita estoy enfocada en crecer en el despacho… y ya sabes que a mí eso de las aplicaciones de citas no me gusta nada, y que creo que tú tampoco deberías usarlas. Seguramente conocerás a muchas personas en el trabajo o con tantos amigos que tienes alguien podría presentarte algún amigo o a un primo.

—Esa es demasiada presión para mí, prefiero no tener que darle explicaciones a nadie cuando decida que alguna de mis citas no cumple con las características o requisitos necesarios; y ya sabes que no me gusta salir con compañeros de la oficina, eso solo trae problemas y estoy segura de que no le gustaría nada a mi papá.

A Ana no le quedó más que estar de acuerdo con el argumento de Sara sobre las relaciones de oficina, sobre todo porque estaba en el problema del novio ficticio precisamente porque no quería salir con el hijo de su jefa.

Sara trabajaba en la oficina de la Ciudad de México del despacho de abogados que su papá dirigía desde Guadalajara y que había estado en la familia por dos generaciones, estaba a cargo del área de patentes y marcas.

Ella era la más pequeña de su familia y sus cuatro hermanos mayores habían decidido no estudiar derecho, por lo que ella siempre sintió la necesidad de ser abogada para que alguien le

diera continuidad al negocio familiar… aunque su verdadera pasión siempre había sido la música desde que a los seis años le compararon su primer violín.

Pero como decía su familia, ese era un hobby y quien se dedicaba a la música se moría de hambre, así que cuando terminó la universidad dejó a un lado su instrumento y se convirtió en abogada y ya solo tocaba el violín muy de vez en cuando a solicitud de Ana o de Leonardo.

—Sólo ten mucho cuidado por favor. ¿Vas a ir a la cafetería de Marcelo? —ya no se acordaba del nombre del lugar, o tal vez nunca lo había sabido y siempre le habían llamado la cafetería de Marcelo.

—Claro, ya sabes que desde que descubrí ese lugar invariablemente tengo mis primeras cinco citas con cualquier prospecto ahí, es algo que me prometí a mí misma… aunque hasta ahorita no he pasado de la tercera con ninguno, pero ya se dará…

Sara se rio de su propio comentario y Ana pensó que eso era algo que admiraba mucho de su amiga, su capacidad de reírse de sí misma… cómo le gustaría poder hacer lo mismo.

—Bueno —continuó Sara— ya me voy a arreglar o voy a llegar tarde a mi cita.

CAPÍTULO V

El despacho Vázquez y Robledo, Abogados Corporativos ocupaba los pisos quince y dieciséis de un moderno edificio en una zona de mucho renombre en el sector financiero de la Ciudad de México.

A Ana le encantaba el moderno edificio de treinta y cinco pisos de alto por la decoración minimalista de las oficinas, la separación de las diferentes áreas con paredes de cristal y los muebles inteligentes de madera de línea tan sencilla y elegante; el único problema que tenía era la prácticamente nula privacidad que daban los espacios abiertos, a menos de que tuvieras un despacho privado, que por supuesto eran escasos y estaban a disposición únicamente de los asociados senior y de los dos socios dueños del despacho.

El cubículo de Ana estaba en el centro del piso quince y formaba una isla con los cubículos de otros tres asociados junior como ella. En general era un buen lugar porque estaba bastante iluminado y se llevaba bien con sus compañeros, el único problema era que estaba muy cerca de las oficinas de Estela y de Pedro y por lo tanto de los ojos y los oídos tanto de Fabiola como de Valeria.

Esa estaba resultando ser una mañana muy tranquila para Ana; uno de sus clientes había cancelado la asamblea de accionistas programada para ese día, así que estaba aprovechando para ponerse al corriente con todos sus pendientes cuando Valeria se le acercó para entregarle unos documentos.

—Ana, la licenciada Vázquez te manda estos expedientes para que los revises —le dijo de manera demasiado amable, lo que a Ana se le hizo bastante sospechoso.

—Gracias.

—Fabiola y yo estábamos platicando el otro día que —lo sabía, seguramente ahí venía el veneno— todos en la oficina nos han dicho que creen que eso de que tienes novio podría ser una mentira que nos quisiste hacer creer a todos… no parece que de verdad Leonardo esté interesado en ti y que tengas una relación real con él.

Ese “todos en la oficina dicen…” se lo conocía de memoria y sabía que más bien era un “Fabiola y yo hemos estado confabulando…”, pero, aunque regularmente no les hacía mucho caso, esta vez sí quería saber qué era lo que estaba maquinando ese par.

El tema de su relación ficticia con Leonardo era algo importante para ella por todo lo que implicaba y esta vez no podía ignorarlas por las consecuencias que podrían darse si las cosas salían mal.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir? —trató de mantener la calma y manejarse tan hipócritamente amable como lo estaba haciendo Valeria; se dijo que no había manera de que ellas se hubieran dado cuenta de la verdad, por lo que no debía intranquilizarse en realidad... ¿o sí?

—Que a todos se les hizo muy raro que estés saliendo con alguien como Leonardo, ya sabes, con los pantalones rotos, el tatuaje, el arete, en fin, que no nos pega nada con el perfil que

imaginamos que buscarías en un hombre para ser tu novio.

Lo bueno era que después de la ida al bar en la que presentó formalmente a su novio, Ana había tenido tiempo suficiente las siguientes dos semanas para pensar en todos los argumentos imaginables para rebatir cualquier sospecha, lo que incluía un comentario como el que Valeria le acababa de hacer.

Sabía desde el principio que la idea de que saliera con alguien como Leonardo seguramente levantaría más de una ceja entre sus conocidos —incluyendo a su familia si por alguna cosa del destino llegaban a enterarse, lo que esperaba con toda su alma que no sucediera—, por lo que había decidido alinearse a la explicación de que los polos opuestos se atraen que había dado Leonardo el día de la reunión en el bar y que parecía que todos habían aceptado a la perfección.

—Eso es porque solo me han visto en la oficina conviviendo con abogados y clientes corporativos, pero Leonardo es fotógrafo y si no lo sabías, así se visten los artistas en general. Además de que ya sabes lo que dicen por ahí, que los polos opuestos se atraen… así que mejor dejen de hacerse ideas y de esparcir rumores sin fundamento por la oficina.

Ana le dio la espalda y aunque estaba nerviosa volvió a poner atención en la pantalla de su computadora buscando cortar la conversación con Valeria, a pesar de que no era tan venenosa como Fabiola sabía que debía cuidarse las espaldas con ella.

No le gustó nada que ese par de víboras estuvieran tratando de esparcir esos rumores sobre ella y Leonardo por la oficina, a pesar de que fueran ciertos, y necesitaba ponerse a pensar en la manera en la que podría contrarrestarlos.

—Pues yo no sé… pero a todos se nos hace muy sospechoso que desde que lo llevaste al bar nadie te ha escuchado hablando con él por teléfono ni has salido a comer con él ni nada, ¿no será que estás tratando de ocultarnos algo?

Ana pudo sentir el veneno que emanaba de las palabras de Valeria y eso la sorprendió porque a pesar de que regularmente se sentía en el ambiente la mala vibra que sentía contra ella, nunca la había atacado directamente, eso siempre lo hacía Fabiola.

Pero esta vez tuvo que aceptar que Valeria tenía razón y Ana no había pensado en ello, lo normal en cualquier relación era que su novio le llamara o le mandara algún mensaje de vez en cuando, que fueran a comer algunas veces, que le mandara flores o que por lo menos comentara con los compañeros algo que hicieron juntos durante el fin de semana... tendría que hacer algo para solucionarlo lo antes posible, ya pensaría en qué.

—Pues claro que siguen siendo novios —interrumpió con arrojo Estela que había escuchado el intercambio entre Ana y su asistente desde la oficina de su socio. No le había gustado nada que Valeria estuviera esparciendo rumores infundados sobre sus asociados— ¿verdad Ana?, si no fuera así ya me lo habrías contado.

—Por supuesto que seguimos siendo novios —respondió Ana de inmediato y esbozó una sonrisa que pareció que convenció a su jefa, y eso era suficiente para ella —de hecho, me invitó a comer mañana. Él trabaja un poco lejos de aquí y no le da tiempo de venir seguido, por eso no hemos podido comer juntos todo lo que nos gustaría.

De inmediato se arrepintió de haber dicho otra mentira, pero no había sabido cómo salir del atolladero; necesitaría volver a pedirle ayuda a Leonardo, pero de eso se preocuparía más tarde.

Valeria pareció achicarse ante la situación. No se había dado cuenta de que su jefa estaba en la oficina de Pedro y él siempre tenía la puerta abierta; de haberlo sabido no se habría acercado a Ana en ese momento, sabía que Estela no aprobaba ningún tipo de rumor o chisme y que seguramente la iba a regañar cuando estuvieran a solas.

—Pues nada, como ya escuchaste Valeria, las cosas están perfectas entre Ana y Leo, y seguramente nos acompañarán en dos semanas que volvamos a ir al bar, ¿verdad Ana?

Estela se fue bastante molesta sin que Ana pudiera responderle, le sonrió a Valeria por compromiso, aunque tenía ganas de ahorcarla, y se volteó a ver la pantalla de su computadora terminando así con la conversación… tendría que pedirle ayuda a Leonardo otra vez y no solo para ir a comer al día siguiente sino también para ir juntos al bar, ¿y si se negaba?

Esto estaba mal, bastante mal.

****

Leonardo se sorprendió cuando abrió la puerta de su departamento y se encontró a Ana del otro lado, ella nunca había ido a tocarle la puerta antes según lo que recordaba, con todo y que habían sido vecinos casi por diez años.

—Hola —la saludó de manera cortés—, Sara no está aquí.

No creía que hubiera otra explicación para que Ana fuera a tocar a su puerta que el que estuviera buscando a Sara, ¿o estaría buscando a Marcelo?, eso también se le haría raro, según lo que él recordaba no pasaban de saludarse amablemente.

—No venía a buscar a Sara sino a ti.

Ana odió que se le notara el nerviosismo en la voz, le había costado trabajo decidirse a ir a buscar sola a Leonardo a su departamento, pero ahí estaba y ahora debía decirle lo que había pensado que debían hacer para resolver el problema que tenía en la oficina y pedirle su ayuda para llevarlo a cabo.

Leonardo alzó las cejas más sorprendido aún y le dio curiosidad saber para qué ella querría hablar con él, ¿necesitaría que la ayudara otra vez haciéndose pasar por su novio?

La invitó a pasar haciendo un gesto con la mano y cerró la puerta tras ella.

—¿Te ofrezco algo de tomar?, acabo de hacer café.

—Café está bien, muchas gracias.

Mientras Leonardo iba a la cocina a servir el café Ana aprovechó para ver el departamento, nunca había entrado y siempre había tenido curiosidad de saber cómo vivía su vecino.

El departamento era bastante más grande que el que Sara y ella compartían; sabía por su amiga que era de tres habitaciones y al estar ahí dentro pudo notar que los espacios en general eran más amplios y todo estaba más limpio y ordenado de lo que hubiera esperado. Sara también le había contado que la mamá de Leonardo se lo había heredado al morir.

La decoración no seguía un estilo específico y a pesar de eso era bastante armónica, tal vez porque predominaban los colores azules y amarillos, así como los muebles de madera, lo que

brindaba al ambiente en general una sensación de ser un lugar acogedor.

En lugar de cuadros, diferentes fotografías colgaban enmarcadas de las paredes y éstas le llamaron poderosamente la atención porque eran espléndidas.

Se acercó para poder admirarlas mejor, algunas eran de paisajes urbanos, pero la mayoría eran retratos de personas con diferentes escenas ocurriendo detrás de ellas, como la de un niño lloroso frente a un colorido puesto de fruta de un mercado popular que le transmitía el sentimiento de indefensión que se reflejaba en los ojos del niño y que contrastaba con la festividad de los colores del mercado.

También había otra de una señora muy mayor cargando una canasta de flores con una expresión tan alegre que hasta la hizo sonreír al mirarla.

Cuando Leonardo salió de la cocina se sintió apenada de que la hubiera sorprendido inspeccionando las fotografías con tal detenimiento, no quería que pensara que estaba de metiche escudriñando entre sus cosas.

—Me temo que mi mamá no lo pudo evitar y en un arranque de orgullo materno enmarcó y colgó muchas de mis fotografías —le dijo riendo apenado y con las mejillas un tanto sonrojadas. Se sentía como cuando estaba en el kínder y su mamá pegaba los dibujos que le hacía en la escuela en la puerta del refrigerador y les presumía a las vecinas lo talentoso que era su hijo—, no vayas a creer que el que sigan colgadas es un despliegue de mi ego, es simplemente que no he tenido tiempo de cambiarlas por otra cosa.

Ana se sorprendió de saber que las fotos eran de él, nunca se hubiera imaginado que tuviera tanto talento. Y estaba segura de que era talentoso porque, a pesar de que ella no sabía nada de fotografía, el ver las imágenes hacía que se imaginara perfectamente cómo se sentían las personas en el momento en que las retrataron y que varios sentimientos poderosos se agolparan en su pecho al verlas.

—Son muy buenas, la verdad es que estoy sorprendida…

—Ya… —Leonardo no pudo ocultar su decepción ante la clara sorpresa de su vecina, debió de haberse imaginado antes que Ana nunca habría pensado que él tuviera algún tipo de talento en particular.

Ana se dio cuenta de que había metido la pata y quiso corregir el error, trató de explicarle que lo había dicho no porque se sorprendiera de que fuera talentoso, sino que nunca pensó que lo fuera tanto como estaba viendo.

Leonardo, un tanto herido en su orgullo prefirió cambiar el tema, creyó que ella trataba de enmascarar lo que realmente había significado su comentario alabándolo demasiado para contrarrestar su descortesía inicial.

Pero él se equivocaba al pensar eso, en verdad Ana buscaba aclararle que creía que era muy talentoso y que admiraba su trabajo, pero tal vez por los nervios no supo cómo expresarlo de manera que él le creyera, por lo que Leonardo se quedó con el mal sabor de boca.

—Y dime, ¿a qué debo el placer de tu visita? —le preguntó Leonardo cortando las innecesarias explicaciones.

Ana no sabía por dónde empezar, se sentía bastante incómoda con la situación y hasta pensó que tal vez debió de haber esperado a que Sara llegara de trabajar para que pudiera

acompañarla. Pero ya estaba ahí, así que respiró profundamente antes de ser lo más directa posible al contarle lo que había pasado esa mañana con Valeria y después con Estela.

—No puedes negar que tienen razón en preguntarse por qué no hablas conmigo de vez en cuando si somos novios y por qué no tengo detalles contigo y esas cosas —le dijo Leonardo pensativo, debieron haberse imaginado que algo como esto podía pasar, pero al parecer a ninguno de los dos se les había ocurrido—. Déjame ver si puedo hacer algunos ajustes en mi agenda para que podamos ir a comer juntos mañana.

Sin dejarla hablar entró en una de las habitaciones que Ana supuso sería su dormitorio. Después de unos cinco minutos regresó con el móvil en la mano, y sin separar la mirada de la pantalla empezó a hablar.

—Listo, ya ajusté una sesión de fotografía que tenía a las cuatro y podría ir a comer contigo mañana, sólo que no puedo tardarme demasiado, ¿te parece bien?

Ana sonrió sin siquiera darse cuenta.

De verdad que Leonardo había resultado ser toda una caja de sorpresas, hubiera jurado que ella no le caía nada bien y antes de llamar a la puerta consideró seriamente el que él no quisiera ayudarla porque no iba Sara con ella para convencerlo, sin contar lo desastrosa que había resultado la primera parte de la conversación de ese día… hasta que recordó lo de los ciento ochenta dólares la hora que le había pagado para que la acompañara al bar, seguramente estaba muy dispuesto a ayudarla para poder ganar más dinero.

Sin saber por qué se sintió un poco desilusionada con ese pensamiento, pero de inmediato se dijo que estaba portándose como una tonta, las condiciones de su relación ficticia con Leonardo habían quedado muy claras desde el principio y su desilusión no tenía razón de ser, si ni siquiera se caían bien, por Dios.

—Me parece perfecto, ¿quieres que te deposite de una vez o hasta que sepamos cuánto tiempo va a tomar todo en realidad?

Leonardo se sintió un poco incómodo de que la amiga de Sara le estuviera pagando por hacerse pasar por su novio. Ya que lo había pensado bien sentía que era algo así como prostitución sin la parte sexual. Esto era algo que habría hecho de manera gratuita por cualquiera de sus amigas… pero no debía de olvidar que Ana no era su amiga y nunca lo sería, que él ni siquiera le caía bien ni le gustaba su apariencia, y que ese dinero le estaba ayudando a reducir directamente el capital de sus deudas.

—Mejor me pagas mañana que ya sepamos cómo se dieron las cosas. Sobre las flores y eso, ¿quieres que te las mande de vez en cuando a la oficina?

—No, no, de eso no te preocupes, yo puedo hacerlo, con que vayas a comer mañana conmigo es más que suficiente. Tal vez lo que sí te pediría es que me llames cuando tengas algún tiempo libre, ya sabes, que se vea en la pantalla que eres tú el que llama… y si no te molesta, te marcaré yo de vez en cuando también.

Leonardo no tuvo ninguna objeción en ayudarla con eso e intercambiaron sus respectivos números.

—Tal vez con eso sea suficiente por el momento—continuó Ana—, ¿crees que podrías ir conmigo otra vez dentro de dos semanas al bar? No sé si te dije que las reuniones son el último

viernes de cada mes, misma hora, mismo lugar.

Ana respiró profundo, después de lo que había pasado con Valeria y Estela por la mañana necesitaba que Leonardo la acompañara al bar en dos semanas sí o sí… y si era necesario le suplicaría que lo hiciera.

—Está bien, no tengo nada planeado para ese viernes —lo apuntó en la agenda del móvil para no olvidarlo.

Ana sintió que se le quitaba un gran peso de encima; se sentía muy agradecida con su vecino, aunque seguía convencida de que todo había fluido tan suavemente por los ciento ochenta dólares la hora que iba a pagarle.

—Yo creo que con que vayamos juntos al bar una o dos veces más será suficiente, sobre todo si nos mantenemos en contacto a través del móvil; con eso dejarán de ponerle atención al tema y en unas semanas más calculo que podremos romper con nuestra relación ficticia sin que surjan sospechas o complicaciones.

Leonardo asintió en respuesta y después de eso ambos se quedaron en silencio por un momento, él seguía sintiéndose incómodo con la situación y Ana no sabía si era momento de despedirse ya o parecería rudo de su parte irse tan rápido.

La entrada de Marcelo al departamento rompió la incomodidad del momento y le dio la excusa perfecta a Ana para despedirse y a Leonardo para respirar profundo, hasta que llegara el momento de verse otra vez al día siguiente.

CAPÍTULO VI

—Me hubiera encantado ver la cara de ese par de víboras cuando te llegó este tremendo arreglo de flores… está lindísimo.

Ana le había enseñado a Sara la fotografía del arreglo que ella misma se había mandado a la oficina con una nota muy romántica de parte de Leonardo que Sara le había ayudado a escribir y que decía:

Gracias por siempre iluminar mis días.
Con amor, Leo.

—Me gustaría describirte sus caras, pero tristemente cuando regresé de la reunión con uno de mis clientes el arreglo ya estaba sobre mi escritorio, así que no pude ver nada… pero se estuvieron secreteando toda la tarde mientras miraban atentamente las flores.

—Por lo menos pudiste ser testigo de alguna reacción de su parte, lo que hubiera dado por estar ahí cuando llegaron… están hermosas.

Las amigas se habían quedado de ver en la cafetería de Marcelo al salir de la oficina aprovechando que era viernes y que Sara no tenía ninguna cita ese día.

A Ana también le gustaba mucho el lugar y se sentía muy a gusto estando ahí. Las paredes blancas que tenían pintadas unas flores muy discretas en algunas esquinas y las molduras de madera por aquí y por allá le daban una vibra bastante hogareña y tranquila. Como protagonista del lugar se alzaba una enorme barra también de madera sobre la que había diferentes exhibidores de pasteles y postres que se veían deliciosos.

Sólo había espacio para una decena de mesas dentro del local, pero contaba con una terraza al aire libre que ayudaba a doblar el espacio total.

—¿Qué es lo que están viendo con tanto interés? —preguntó Marcelo con curiosidad al acercarse con la jarra de café en la mano para rellenarles las tazas.

Ana no había convivido mucho con Marcelo a pesar de que eran vecinos, sólo lo veía cuando iba con Sara a la cafetería. Su amiga le había contado todo lo que sabía acerca de él, así que estaba al tanto del accidente que le había dejado la pierna lastimada.

Se había dado cuenta de que hablaba muy poco y solo usaba monosílabos para responder a la mayoría de las preguntas que le hacían de manera directa. Que ella se acordara, nunca habían tenido una conversación fluida, pero a pesar de eso no se sorprendió cuando se acercó a ellas con tanto desenfado e interés por lo que estaban viendo, había podido notar que cuando Sara estaba cerca de él parecía que todo le interesaba más y que buscaba la manera de interactuar a ella.

No sabía si el interés de Marcelo por su amiga era romántico o solo amistoso, las señales que mandaba eran muy sutiles y no había podido descubrir sus intenciones reales, por lo que no había querido tocar el tema con Sara porque no quería que se entusiasmara ante la idea si al final

no había nada concreto… sin contar con que eso podría arruinar la linda amistad que había entre ellos si sus sospechas eran infundadas, por lo que mejor había decidido mantenerse al margen y dejar que las cosas se dieran por sí mismas.

—¿A poco no está hermoso el arreglo de flores que supuestamente Leonardo le mandó a Ana a la oficina? —le preguntó Sara mientras le acercaba la pantalla del móvil para que pudiera apreciarlo mejor.

Marcelo dejó la jarra de café sobre la mesa y se sentó en la silla junto a Sara para poner verdadera atención a lo que le estaba mostrando. Levantó las cejas tras agrandar la imagen y leer la dedicatoria que habían puesto en la tarjeta.

—Esto no parece ser algo que escribiría Leonardo —sí, definitivamente Marcelo hablaba más cuando Sara estaba cerca, pero no dejaba de ser muy directo y parco con las palabras.

Ana se sonrojó, no sabía qué tanto le había contado Leonardo a Marcelo sobre su complicada relación, pero era evidente que Sara se lo había dicho todo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Sara con curiosidad y cierta indignación.

—¿De verdad crees que Leonardo escribiría ese mensaje?

Sara miró a Marcelo con las cejas levantadas claramente indignada, Leonardo era su mejor amigo desde hacía varios años y lo conocía como a la palma de su mano… ¿por qué Marcelo pensaba que no escribiría la dedicatoria de la tarjeta?

—¿Qué tiene de malo?, es un simple mensaje romántico…

—¿Que es demasiado cursi para que él lo hubiera escrito?, o tal vez será que él nunca firmaría con un “Leo” —y dirigiéndose a Ana le precisó—; no te lo digo por molestar, pero creo que deberían tratar de ajustar sus envíos a la personalidad de Leonardo o nadie les creerá —y volviéndose hacia Sara continuó—. Creía que era tu mejor amigo y que lo conocías lo suficiente como para poder ayudar a Ana con esto.

El regaño de Marcelo no le cayó nada bien a Sara, que enfurruñada cruzó los brazos sobre el pecho y se hundió en su asiento.

Por supuesto que él tenía razón, ya analizando las cosas era evidente que Leonardo no enviaría una nota como esa, se había dejado llevar por el romanticismo y no había considerado que el mensaje no solo debía ser romántico, sino real, algo que Leonardo de verdad escribiría para que fuera creíble… pero que Marcelo tuviera razón no hacía que le cayera mejor el regaño.

Él regresó detrás de la barra para atender a un nuevo cliente mientras Sara suspiraba con frustración.

—Odio decirlo, pero Marcelo tiene razón. Esa nota definitivamente no es algo que Leonardo hubiera escrito… prometo que para las siguientes lo haré mejor.

Por más que Sara se esforzó por hablar en voz baja Marcelo logró escucharla y solo sonrió. Aunque sabía que lo que le había dicho le había caído como una patada de mula, le gustaba poder ayudar a la que tal vez en ese momento era su única amiga… no sabía si ella lo veía a él de la misma forma, pero era así como él la consideraba.

Desde el accidente poco a poco había ido perdiendo contacto con sus amigos, que llegaron a no responder a sus llamadas, y hasta con su familia; había sentido que lo veían con lástima y

ese era un sentimiento que no quería inspirar en nadie, así que se aisló de todo y eventualmente cambió de número de teléfono y dirección, solo mantenía el contacto ocasional con sus padres y con su hermana.

Una semana después de haber inaugurado la cafetería Sara había entrado con sus expresivos ojos oscuros, su figura menuda y su hermosa y enorme sonrisa habían despertado la necesidad de Marcelo de acercarse a ella, como si lo atrajera cual imán. Desde ese momento ella había frecuentado con asiduidad la cafetería y él se sentía reconfortado con su presencia.

Quien también escuchó a Sara dándole la razón a Marcelo fue Leonardo, que acababa de entrar a comprar algo para cenar. Además de los alimentos dulces que se exhibían en la barra la cafetería contaba con una gran variedad de sándwiches, pastas y ensaladas.

—¿Qué es eso que yo no habría escrito? —les preguntó mientras se sentaba junto a Sara y frente a Ana, quien se sonrojó al verlo sin saber por qué.

Sara le extendió el móvil para que viera el arreglo de flores y la tarjeta. Leonardo levantó ambas cejas y se rascó la cabeza en respuesta, regresándole después el móvil a su amiga.

—¿No dices nada? —le preguntó Sara.

—Solo puedo decir que tienes razón, no es algo que yo escribiría.

Ana se sonrojó aún más y se sintió abochornada. Parecía que ella era la única en la mesa que no sabía qué era lo que Leonardo escribiría en una nota romántica, y daba por descontado que de seguro tampoco le habría mandado esas flores.

A partir de ese momento trataría de pensar en regalos que alguien como él le podría mandar y buscaría evitar las tarjetas, no quería depender de Sara para que la ayudara a escribirlas y se moriría de vergüenza antes de pedirle directamente a él qua la ayudara.

—Pero tampoco está tan mal, como no tengo experiencia mandando este tipo de cosas, si me preguntan tus compañeros podría decir que alguno de mis amigos me ayudó a escribir la nota… —añadió Leonardo de manera desenfadada en cuanto se dio cuenta de la reacción de Ana, no quería que se sintiera tan abochornada—, qué bueno que me lo enseñaron para que si alguien me pregunta no vaya a negar que fui yo quien lo envió.

Ana se sintió un poco mejor con este comentario, sobre todo cuando escuchó la risa divertida de Leonardo.

Marcelo le llevó café y un panqué de limón a su compañero de departamento y aprovechó que Iván, su ayudante en la cafetería, había regresado de una entrega a domicilio para sentarse con ellos. Ante esto, a Ana no le quedó más que conformarse con la idea de que él también estuviera enterado del estatus y los pormenores su relación ficticia con Leonardo.

—¿Ya no te han vuelto a hacer comentarios extraños en la oficina sobre nuestra relación? —le preguntó Leonardo que parecía muy interesado.

—Nada desde que fuimos a comer juntos el viernes pasado. Ya no te dije, pero fue muy buena idea que entraras a buscarme hasta mi cubículo sin esperar a que la recepcionista te anunciara, todo el mundo se dio cuenta de que estabas ahí y que nos fuimos a comer juntos… sin contar con que nos encontramos a Fabiola en el restaurante.

—La idea de entrar hasta tu lugar fue de la recepcionista y no mía… pero me da gusto saber

que funcionó.

—Me siento frustrada… —Sara se mesó el cabello mientras suspiraba—. Parece que su relación falsa va mucho mejor que cualquiera de mis citas reales.

—Pero me habías dicho que las cosas iban bastante bien con Eduardo, ¿qué pasó? —le preguntó Ana mientras le apretaba la mano con cariño.

—Todo iba bastante bien hasta que lo llamé para decirle que iba a llegar un poco tarde a nuestra tercera cita y me contestó su esposa…

Sonrojada hasta la raíz del cabello, Sara se tapó la cara con las manos; no le había contado a nadie esto y se sentía una verdadera tonta, ¿cómo no se había dado cuenta de que era casado?, había presentado todas las señales para desconfiar: nunca podían verse los fines de semana porque él supuestamente estaba de viaje, no le dijo nunca dónde vivía y siempre se alejaba cuando lo llamaban al móvil… debió poner más atención a esas cosas.

Ana volvió a tomarla de la mano y se la apretó con empatía mientras la miraba a los ojos con el entrecejo fruncido, estaba molesta por lo que aquél desgraciado le había hecho a su amiga y le hubiera gustado decirle a Sara que ese era al tipo de cosas a las que se exponía al salir con desconocidos que contactaba a través de las aplicaciones de citas, pero no creyó que fuera el momento propicio para regañarla, por lo que no le dijo nada y mejor la abrazó.

Leonardo sólo frunció el ceño y cruzó los brazos, claramente molesto. También prefirió no decir nada sobre lo que en realidad estaba pensando.

Marcelo se levantó de la mesa y mientras Ana abrazaba a su amiga para consolarla le trajo una rebanada de panqué de chocolate con una montaña de crema batida y nueces que Iván había preparado para otra mesa, sabía que a Sara le encantaba.

—Soy una tonta.

Sara se limpiaba las lágrimas que se le habían escapado. No lloraba por el tipo en sí, sino por la frustración que sentía y por todo lo que se había preguntado después: ¿qué habría pasado si hubiera tenido una relación con él y su esposa se enteraba de que estaban juntos?, ¿y si se hubiera enterado de que estaba casado cuando ya hubiera estado completa e irremediablemente enamorada de él?, ¿y si los hubiera sorprendido su esposa en alguna cita… o lo que sería peor, que los hubieran sorprendido sus hijos?, porque al parecer tenía tres.

—No eres una tonta Sara —trató de reconfortarla Ana—, simplemente él te engañó y tú caíste. Lo bueno es que te diste cuenta rápido antes de que las consecuencias fueran peores.

—No puedes culparte por lo que pasó —trató ahora de reconfortarla Leonardo—, fue él el que mintió, no tú.

Sara volteó a ver a Marcelo con reserva; estaba muy serio, podría decir que hasta molesto y no la miraba a los ojos como todos los demás, sino que se miraba las manos que estaban sobre su regazo.

No le gustaba no poder leer en su semblante lo que estaba pasando por su mente. Tampoco le gustó que no le dijera nada, lo que la hizo sentir que la juzgaba, ¿pensaría él que ella era la verdadera culpable?, ¿era por eso por lo que estaba tan molesto y no le decía nada?

Él se disculpó y sin más se levantó de la mesa. Sara pensó que iba a regresar detrás de la

barra a atender a algún cliente, pero no fue así, Marcelo salió de la cafetería sin avisarle a nadie.

—Creo que se enojó conmigo… —Sara se hundió en su silla sintiéndose más culpable si eso era posible.

—No digas eso, no tiene por qué enojarse contigo —Ana estaba segura de que eso no era lo que había pasado. Pensó que tal vez a Marcelo le había costado un poco más que a ella y a Leonardo el esconder su enojo ante la situación y por eso mejor se fue.

—Está molesto por lo que te hizo ese sujeto —intervino resuelto Leonardo—, igual que yo, solo que a él le cuesta un poco más de trabajo decir lo que piensa, pero no se lo tomes en cuenta.

Con esa explicación Sara se quedó más tranquila, sobre todo cuando veinte minutos después Marcelo regresó y volvió a sentarse con ellos como si nada hubiera pasado.

Cuando estaban por despedirse a Ana le entró un mensaje al móvil en el que Estela los invitaba a ella y a Leonardo a una comida que estaba organizando en su casa para festejar el cumpleaños de Pedro, el otro socio del despacho, a la que iban a acudir la mayoría de los asociados del despacho con sus respectivas familias.

La comida estaba programada para el sábado de la siguiente semana, no podía negarse a acudir y solo esperaba que Leonardo quisiera ir con ella… esto estaba resultando ser más complicado de lo que había esperado, sobre todo porque el viernes antes del día de la comida era el último de mes y Leonardo había acordado ir con ella al bar… eso significaba que, si él aceptaba acompañarla, pasarían casi todo el fin de semana juntos.

CAPÍTULO VII

Ana no podía negar que la comida por el cumpleaños de Pedro estaba resultando ser todo un éxito. Habían puesto una carpa en el jardín para que todos cupieran cómodamente y en medio de las mesas habían colocado una pista de baile frente a un escenario en el que un grupo musical tocaba música muy animada.

Marco la interceptó cuando regresaba de una escapada al baño, regularmente conseguía esquivarlo cuando estaban en la oficina, pero en esa ocasión no pudo zafarse de él sin que pareciera una grosería. Solo esperaba que no se hubiera acercado a ella con malas intenciones.

—Qué gusto verte en mi casa, Anita la huerfanita —él sabía perfectamente que odiaba que le dijera de esa manera, pero ella ya no le decía nada para que no pensara que se estaba saliendo con la suya al molestarla.

—Muy bonita fiesta Marco, y ahora si me disculpas…

—No, no te disculpo —él la tomó del brazo para retenerla—, desde que llegaste quería hablar contigo de algo muy importante.

Ana se zafó de su agarre y lo encaró, sabía que no serviría de nada que lo evitara si él quería decirle algo, tal vez después de que lo hiciera la dejaría en paz.

—Tu dirás…

—¿Por qué eres tan reservada cuando hablas conmigo?, te he visto mientras hablabas con tu novio y con él eres mucho más cariñosa que conmigo.

Marco se le estaba acercando demasiado y eso, además de la mirada lasciva con las que la estaba mirando, la hizo sentirse muy incómoda. Al parecer había bebido de más y Ana sintió que lo mejor era regresar pronto junto a Leonardo, pero pensándolo mejor decidió que no iba a desaprovechar la oportunidad de dejarle las cosas claras, no tenía por qué huir de él.

—Soy cariñosa con Leonardo precisamente porque él es mi novio y tú no eres más que un compañero de oficina… y este creo que es un tema que no deberíamos de estar discutiendo, y menos en el estado en el que te encuentras… así que si no te importa me voy a mi mesa.

Ana muy decidida empezó a caminar para alejarse de él, pero la volvió a retener tomándola firmemente del brazo evidenciando que no había tomado tanto como ella había pensado. Esta vez él se acercó demasiado a ella y Ana estuvo a punto de darle un rodillazo en sus partes íntimas para que la soltara.

Por suerte eso no fue necesario, antes de llegar a ese extremo Leonardo se plantó frente a Marco y lo miró con cara de pocos amigos.

—Qué bueno que regresaste del baño mi amor —le estaba hablando a Ana, pero no separaba sus ojos de los de Marco—, esta canción me gusta y quiero que bailemos.

La mandíbula de Leonardo estaba claramente apretada y Marco lo notó, así que mejor decidió soltar el brazo de Ana para no meterse en problemas con el fotógrafo. No era que le tuviera miedo por supuesto, solo quería evitar confrontaciones con personas que no conocía

realmente, y menos por una mujer que no era su novia… aún.

Cuando terminó con su novia su mamá le sugirió que saliera con Ana y a él le pareció una muy buena idea, ella siempre le había gustado, sobre todo porque trataba de evitarlo cada vez que se acercaba a ella y eso lo había convertido todo en un reto personal.

Pero el fotógrafo había entrado a la historia… no sabía qué era lo que Ana veía en él, pero eso no era importante, seguramente ella sabría escoger al mejor de los dos y él solo tendría que esperar a que ella lo fuera a buscar.

Sin que ambos hombres cruzaran ninguna palabra más, Ana y Leonardo se dirigieron a la pista de baile, la banda tocaba una balada romántica y sin más se pusieron a bailar.

—Qué tipo tan desagradable, ¿y dices que tu jefa quería que salieras con él?

Ana se rio sin muchas ganas al recordar el momento en el que se vio obligada a mentirle a Estela, seguía pensando que había hecho mal, pero después de su encontronazo con Marco creía que cualquiera pensaría que la mentira estaba más que justificada.

—Fue precisamente por eso que le dije que ya tenía novio. Preferí mentirle a Estela antes de tener que salir con ese indeseable… créeme cuando te digo que aquí se está portando mucho mejor que cómo se comporta en la oficina.

—Ahora lo entiendo todo —Leonardo se rio divertido—, si yo hubiera estado en tu lugar hubiera hecho exactamente lo mismo.

—¿Sabes?, le podría pedir a Marco que te presente a su hermana… —Sara no pudo evitar la carcajada al ver la expresión en la cara de Leonardo, no sabía qué la había llevado a bromear con él, pero el momento había parecido propicio.

—Por un momento me asustaste, pensé que tendría que pedirte matrimonio para poder salir de estas…

Las carcajadas de ambos se escucharon por encima de la música animada que había empezado a tocar el grupo, la pista de baile se llenó de inmediato.

Siguieron bromeando y bailando hasta que oscureció, ninguno de ellos podía negar que la estaban pasando de maravilla.

Cuando ya solo quedaban la mitad de los asociados además de Valeria y Fabiola, quienes por suerte se habían mantenido lejos de ellos durante toda la tarde, a Marco se le ocurrió que jugaran verdades, chupito de tequila o reto.

A Ana no le gustaban esas cosas, pensaba que era un juego de adolescentes y no algo para jugar entre compañeros de trabajo, por lo que estuvo a punto de disculparse y empezar despedirse cuando Leonardo se le adelantó y aceptó que se unieran al juego.

Leonardo había podido notar que era un desafío personal que Marco le había lanzado directamente a él, y además de que no era de los que huían de las provocaciones de nadie, no podía dejar de pensar que su novia ficticia iba a tener que lidiar con ese impresentable en la oficina todos los días, así que sintió que necesitaba ponerle un límite claro para que no intentara traspasarlo cuando él no estuviera cerca para protegerla de él.

Ana lo llevó a parte para hacerle ver el peligro de jugar ese juego, podían atraparlos en la mentira si las preguntas se ponían complicadas, pero él le planteó las cosas como las había visto

y a Ana no le quedó más que aceptar que ella también se había dado cuenta que de que se trataba de una provocación que Marco específicamente le había dirigido a él.

—Estaremos bien mientras pidamos chupitos o retos, no te preocupes tanto.

Ana había querido creer que todo iba a ser tan fácil como lo había visto Leonardo y trató de relajarse, ¿qué era lo peor que podía pasar?

Y parecía que todo había ido bien cuando las preguntas y los retos eran moderados.

La cosa se puso interesante cuando Fabiola pidió verdad en su turno y Valeria le preguntó quién le gustaba de la oficina. Después de un momento de silencio confesó que le gustaba Marco, a lo que el interpelado respondió con una cínica sonrisa y golpeándose en el pecho como el neandertal que Ana estaba segura de que era.

Fue un momento bastante incómodo para todos, pero sobre todo para Fabiola que agachaba la mirada ante las reacciones nada halagadoras de Marco… Para romper la incomodidad del momento, uno de los asociados senior propuso una ronda de chupitos para todos, lo que desató la algarabía general.

Ana notó que Fabiola la miraba con desprecio y pensó que seguramente se había dado cuenta de que Marco la había estado buscando más seguido que de costumbre desde que se enteró de que no estaba interesada en salir con él. ¿Qué no se había dado cuenta de que cuando Marco se acercaba a ella buscaba evitarlo por todos los medios?, por su mirada de odio era evidente que no, que la veía como a una rival.

Conforme pasaban las rondas la intensidad y la temperatura del juego empezó a elevarse, por lo que antes de que empezaran a exigirles que demostraran físicamente su amor frente a todos con tremendos besos apasionados, como Fabiola había empezado a hacer con las otras parejas, acordó con Leonardo que pedirían chupitos por dos o tres rondas más antes de despedirse.

Durante toda la velada habían intercambiado algunas caricias moderadas para disimular y ninguno de los dos se había sentido incómodo, pero esos besos apasionados ya serían demasiado pedir para cualquiera de los dos.

Ana se puso nerviosa porque no acostumbraba a beber y seguramente no aguantaría tomar más de dos chupitos adicionales sin emborracharse, pero también sabía que no podía pedir pregunta o reto. Sólo quería regresar a su casa, pero estaba de acuerdo en que se vería raro que se fueran en ese preciso momento.

Después de tres chupitos de tequila Ana sintió que estaba totalmente borracha, necesitaba dejar de beber. Leonardo también se dio cuenta de que su novia de pega no toleraba bien el alcohol y lo usó como pretexto para irse sin que nadie pensara que se había rendido ante el reto del idiota de Marco.

Leonardo buscó a Estela para despedirse sin soltar a Ana ni un instante para que no perdiera el equilibrio y se cayera.

—Espero que la hayan pasado muy bien chicos —Estela sonrió al darse cuenta de que se le habían pasado las copas a Ana, nunca la había visto tomar antes de ese día y esperaba que la resaca no fuera tan mala al día siguiente.

—La pasamos increíble —Le sonrió a Estela con cariño, cómo admiraba a esa mujer… Ana

arrastraba un poco las palabras y tenía que agarrarse al brazo de Leonardo para no sentir que se caía—, definitivamente este novio vale cada centavo que he invertido en él.

Estela estaba confundida ante el comentario de Ana, no había entendido lo que había querido decir y frunció el ceño. Antes de que pudiera preguntarle qué era lo que había querido decir Leonardo la abrazó para que dejara de mirar a su jefa y se concentrara en él, al parecer el tequila había terminado por soltarle la lengua peligrosamente.

—Y tú también vales cada centavo de lo que yo he invertido en ti —le reviró Leonardo riendo y tratado de que pareciera que se trataba de una broma entre ellos, necesitaba sacar a Ana de ahí antes de que metiera la pata de verdad.

CAPÍTULO VIII

—Definitivamente tu bolsa no está en el coche, seguramente la dejaste en casa de tu jefa.

Ya llevaban más de diez minutos buscando la dichosa bolsa por todos lados y no había aparecido.

Ana se veía tan pálida y mareada que Leonardo decidió que no regresarían a casa de Estela a buscarla esa noche.

La ayudó a llegar a la puerta de su departamento y tocó el timbre insistentemente, pero Sara no respondió. Le llamó varias veces al móvil para que les abriera, pero nada… tal vez había salido o tenía el modo nocturno del móvil activado.

No había de otra, tendría que llevarse a Ana a su departamento y ya al día siguiente la acompañaría a casa de Estela para que recuperara su bolsa y sus llaves.

—Pero yo no vivo aquí —se quejó Ana cuando entraron en el departamento de Leonardo; todavía arrastraba bastante las palabras y le costaba trabajo caminar sin la ayuda de su vecino.

—No, no vives aquí, pero olvidaste las llaves en casa de tu jefa y ahora no hay de otra, te vas a tener que quedar a dormir aquí.

—¿Contigo?

Leonardo sonrió, sobre todo porque le dio mucha ternura el tono tan inocente que utilizó su vecina para hacer esa simple pregunta, se trataba de una simple y llana muestra de curiosidad sin ninguna connotación íntima.

—No precisamente, tú vas a dormir en mi cama y yo voy a dormir en el sillón.

Prendió una de las luces de la sala que iluminaba todo de manera indirecta, con eso sería suficiente para guiarla a su habitación. La sostuvo de la cintura y la hizo pasar el brazo por su cuello para que no perdiera el equilibrio.

Ya estaban a mitad del camino cuando Ana se detuvo a mirar el cuadro del niño llorando, desde que lo había visto por primera vez le había llamado poderosamente la atención, parecía que en cualquier momento el niño le iba a pedir que lo abrazara para consolarlo y la combinación de ese sentimiento de desolación con lo colorido y alegre del puesto del mercado que estaba a espaldas del niño la hacía pensar en lo contradictoria que era la vida.

—¿Sabes?, creo que eres el fotógrafo más talentoso que he conocido en mi vida.

Leonardo solo sonrió.

—¿Y a cuántos fotógrafos conoces?

—Personalmente solo a ti —Ana empezó a reírse y a él se le borro la sonrisa, por un momento pensó que se estaba burlando de él, pero recordó que estaba borracha y seguramente estaba diciendo tonterías—. Pero eso no quiere decir que no piense que eres un gran fotógrafo… nunca una fotografía me había hecho sentir tanto aquí…

Con la mano libre se señaló el pecho y empezó a hacer círculos dando a entender que lo que

sentía la recorría por completo.

—Vaya, creo que esta es la mejor crítica que me han hecho alguna vez.

Leonardo se sintió conmovido, la única que le había dicho algo parecido sobre sus fotografías había sido su madre… y bueno, Marcelo había hecho varios comentarios positivos, pero nada como esto.

—Eso sí que no te lo creo, seguramente a todos los que ven tus fotos les gustan. ¿Las expones en algún lado?, tal vez el problema es que no muchas personas las han visto y por eso no eres tan conocido como deberías.

Leonardo se quedó en silencio; se dijo que ella no tenía cómo saber que ese siempre había sido su sueño y hasta ese momento no había sido capaz cumplirlo, por lo que mejor prefirió cambiar el tema.

—Ya es muy tarde y estás muy borracha para que estemos hablando de mi carrera profesional, vamos, ya casi llegamos a mi habitación.

Sólo habían dado un par de pasos cuando Ana se detuvo y lo miró intensamente.

—Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes mucho?

—Estar borracha, ocasionarte problemas… esta no soy yo, yo nunca tomo y no me gustaría que pensaras que es algo que hago seguido porque no es así.

—No tienes nada de qué disculparte —Leonardo ya sabía que para Ana era muy importante lo que los demás pensaban de ella, y aunque para él eso no era importante, quiso hacerla sentir mejor tratando de quitarle hierro al asunto—, a todos en algún momento nos ha pasado y no por eso voy a pensar mal de ti.

—A mí nunca me había pasado y se suponía que no me iba a pasar —negaba vehementemente con la cabeza hasta que se mareó más y se agarró con fuerza de la camisa de Leonardo—; sabes, siempre he sido el modelo por seguir de mis hermanas y no sé qué pensarían de mí si me vieran así… no se pueden enterar nunca, nunca, ni ellas ni mis papás… ¿me prometes que no les vas a decir nada?

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

Le acomodó detrás de la oreja un mechón de cabello que le estaba picando los ojos, le había dado ternura pensar que a sus veintiocho años aún estuviera preocupada por darle un buen ejemplo a sus hermanas.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, y ahora a dormir.

Dócilmente Ana siguió caminando lentamente con la ayuda de su vecino, algo en su pecho le decía que podía estar tranquila y confiar en él, cosa que se le hacía bastante extraña si era sincera consigo misma, jamás hubiera pensado que se sentiría tan a gusto cerca de él sin que Sara estuviera con ellos. Pero no era momento para ponerse a pensar en temas tan profundos, sobre todo cuando estaba tan mareada.

Ahora lo único que quería era que el mundo dejara de dar tantas vueltas para poder dormir.

Antes de llegar a la puerta de la habitación Ana golpeó sin querer una mesa auxiliar con el pie y la lámpara que estaba encima se cayó al suelo haciendo mucho ruido, lo que atrajo a Marcelo, que salió de su habitación cojeando más pronunciadamente que de costumbre para averiguar lo que estaba pasando.

Ana se estaba riendo por los nervios de haber tirado la lámpara, que por suerte no se había roto, pero en cuanto vio a Marcelo trató de ponerse seria, no quería que se diera cuenta de que estaba borracha.

Por supuesto no lo logró, sobre todo cuando volvió a explotar en carcajadas contagiándolos a los dos.

—Vaya, creo que a alguien se le pasaron las copas —observó Marcelo sonriendo mientras se estrujaba la rodilla para desentumecerla y que le dejara de doler, eso le pasaba cada vez que estaba sin moverse por mucho tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada Ana, que ya había contenido las carcajadas, pero no podía dejar de reír por lo bajo.

—¿Comparando contigo?

Los tres volvieron a explotar en carcajadas y siguieron haciendo chistes graciosos hasta que Ana estaba acostada en la cama de Leonardo con los dientes lavados, una playera de su vecino como pijama y sin zapatos, los había aventado y nadie sabía dónde habían quedado.

Marcelo sintió que estaba de más y se despidió de los dos para regresar a su habitación ya sin cojear tanto.

—Todo me da vueltas —Ana volvió a incorporarse en la cama, estaba muy pálida y le estaban empezando a dar ganas de vomitar.

—Te voy a traer agua y un par de aspirinas, eso te va a ayudar a que se te quite el mareo y puedas dormir.

Después de tomarse el agua y las pastillas hubo tres o cuatro intentos más de levantarse que Leonardo logró evitar hasta que por fin se quedó dormida.

Él se lavó los dientes y se preparó para irse a dormir al sillón sin hacer ruido, no quería despertarla, pero cuando estaba pensando en que por suerte el sillón no era tan incómodo vio que Ana abría los ojos otra vez.

—¿Sabes?, eres el mejor novio que he tenido en toda mi vida.

—Vaya, ese de verdad sería un gran cumplido si nuestra relación fuera real.

El corazón de Leonardo latía a toda velocidad sin que supiera por qué, pero procuró mantener el ambiente distendido del que habían disfrutado desde que se había caído la lámpara, no debía olvidar que ella estaba borracha.

—De verdad… he tenido muy pocas y muy malas relaciones… y ésta definitivamente es la mejor de todas… a pesar de ser falsa.

Y antes de que él pudiera preguntarle qué era lo que quería decir con eso, ella cerró los ojos e inmediatamente se quedó dormida.

CAPÍTULO IX

Ana trató de abrir los ojos, pero no pudo; el dolor de cabeza se intensificaba con la luz del sol que tímidamente entraba en la habitación.

Logró abrir un ojo y se encontró con lo que temía al no percibir el aroma a lavanda del ambientador que siempre tenía junto a su cama… no estaba en su habitación.

Miró un poco a su alrededor, todo estaba bastante ordenado y limpio, la decoración era masculina y predominaban los tonos azules oscuros... ¿Había pasado la noche con Leonardo?

Se asomó debajo de las cobijas y vio que en lugar de la ropa que había usado el día anterior traía una camiseta que definitivamente no era de ella, lo que la alteró un poco, ¿se había acostado con Leonardo?

Se tranquilizó al palparse la ropa interior debajo de la camiseta y al fijarse bien en la cama y no encontrar evidencia de que él hubiera dormido junto a ella.

Poco a poco los recuerdos le fueron llegando un tanto borrosos y se juró que no volvería a tomar otra vez.

Se levantó y encontró su ropa perfectamente doblada sobre la silla del escritorio que estaba frente a la cama, lo que le dio oportunidad para husmear un poco entre las cosas de su vecino buscando un reloj que le dijera qué hora era, no había encontrado su móvil en el buró y tampoco estaba sobre el escritorio.

No encontró nada que le dijera qué hora era, pero por la luz que entraba por la ventana calculó que serían alrededor de las siete de la mañana.

Les agradeció a todos los dioses que el baño estuviera integrado a la habitación y que no tuviera que andar el camino de la vergüenza del día siguiente en el estado en el que se encontraba… sobre todo después de mirarse al espejo tras haberse mojado la cara con agua fría para lograr despejarse. Además de las manchas negras de maquillaje que rodeaban sus ojos tenía las ojeras bien marcadas y los ojos rojos e hinchados.

Se dio un rápido baño que la ayudó a aclarar sus ideas, pero el dolor de cabeza seguía siendo intenso. Pensó que si no hacía ruido podría escaparse a su casa antes de que sus vecinos se dieran cuenta… no había podido encontrar sus zapatos ni la bolsa con su móvil y las llaves del departamento, pero seguramente Sara ya estaría ahí y le abriría la puerta.

Al salir de la habitación y pasar por la sala vio a Leonardo dormido en el sillón; se había portado como todo un caballero con ella, estaba segura, no cualquiera le cedía su cama a alguien a quien se le habían pasado las copas…

—¿Tratando de escapar sin que nadie lo note?

La voz de Marcelo la asustó cuando estaba a punto de abrir la puerta, la había visto desde la cocina tratar de salir a hurtadillas… Ana se dijo que ese no era precisamente el mejor momento para que él hubiera decidido empezar a hablarle con algo más que monosílabos.

—Yo no… quiero decir que yo no… —empezó a balbucear y la cosa empeoró cuando vio

que Leonardo se había despertado y la miraba con curiosidad sin haber quitado la cabeza de la almohada; a pesar de estar despeinado se veía igual de bien que siempre, eso era totalmente injusto. Respiró profundo para recuperarse del susto y lo saludó con la mano, gesto que él le devolvió mientras se removía y volvía a cerrar los ojos. La cabeza había empezado a dolerle más que antes—. No pretendía escapar, simplemente no quería despertar a nadie— le trató de explicarle a Marcelo entrando en la cocina y dejando a Leonardo aparentemente dormido otra vez en el sillón.

—Estoy haciendo pan francés para desayunar, se los iba a dejar hecho para cuando se levantaran, pero ya que estás despierta siéntate, esto no tarda en estar listo y seguramente te caerá muy bien, ¿café?

—Por favor… —eso sonó más a una súplica que a una afirmación y Marcelo sonrió. Cuando Ana se acercó a él para reclamar la taza de café prometida, le ofreció también un par de aspirinas con un gran vaso de agua—. Me cae que te vas a ir al cielo.

Leonardo ya no estaba acostado en el sillón ni en la sala cuando salió de la cocina; se sentó a tomar el café en silencio en la mesa del comedor que ya estaba puesta para dos personas.

Aunque su cerebro le decía que agradeciera el café y se fuera a su casa cuanto antes, su estómago estaba totalmente en contra de ese plan, ese pan francés olía de maravilla.

Leonardo salió de su habitación ya bañado y vestido menos de diez minutos después, el olor del pan francés había hecho que se apurara, tenía mucha hambre.

—Siéntate, te traigo una taza de café —le ofreció Marcelo a su compañero mientras muy solícito iba a la cocina por el café—. El desayuno ya casi está listo.

Leonardo se sentó frente a Ana que tenía la mirada clavada en sus manos y no tenía ganas de mirarlo a los ojos, se sentía abochornada por lo de la noche anterior.

—¿Cómo estás?

—Me duele un poco la cabeza, pero ya Marcelo me dio unas pastillas. Estoy muy apenada por lo de ayer, espero no haberme portado de manera impertinente, nunca tomo y ayer no supe qué fue lo que me pasó.

Volvió a quedarse en silencio sin apartar la mirada de sus manos mientras se las estrujaba hasta que Leonardo llamó su atención al reírse.

—Oye, no te preocupes —buscó que lo mirara a los ojos para que viera que de verdad por él no había ningún problema con que hubiera tomado de más—, no eres ni la primera ni la última que pierde la batalla con el tequila.

Que él mostrara una actitud tan desenfadada y su sonrisa la hicieron sentirse bastante mejor, aunque el bochorno no había desaparecido; al parecer Leonardo no la había juzgado tan mal como ella había pensado que haría.

—Pero por mi culpa tuviste que dormir en el sillón en lugar de en tu cama.

—A cada rato se queda dormido en ese sillón —intervino Marcelo desde la cocina—, sobre todo cuando se sienta a esperar a que se sequen sus fotos…

—Por cierto —interrumpió Leonardo a Marcelo antes de que siguiera hablando sobre sus fotografías, no era un tema que le gustara compartir con los demás—, tu bolsa se quedó en casa

de Estela ayer en la noche, si quieres al rato te acompaño a buscarla.

Eso explicaba por qué había dormido ahí y el que no hubiera encontrado sus cosas cuando se despertó.

Marcelo salió de la cocina; el pan francés se veía espectacular y el estómago de Ana gruñó en cuanto lo tuvo cerca haciéndolos reír a todos.

Marcelo les dijo que no se iba a sentar a desayunar con ellos porque ya se tenía que ir a la cafetería, por las mañanas era cuando tenían más gente y no podía dejar solo a Iván, su ayudante, en el momento más ocupado del día. Cuando abrió la puerta del departamento para irse a trabajar una muy preocupada Sara entró como una tormenta sin saludar siquiera.

—¿Saben lo preocupada que me tenían? —les reclamó a Ana y a Leonardo en cuanto los vio sentados muy contentos desayunando—, les estuve llamando desde que me di cuenta de que Ana no había llegado desde anoche y ninguno de los dos me contestó.

Ana se sintió fatal con su amiga, tenía razón para estar enojada, no le había dicho que pasaría la noche fuera y no era algo que ella hiciera habitualmente, y ni siquiera le había mandado un mensaje para avisarle que estaba en el departamento de Leonardo.

—Lo siento, olvidé mi bolsa en casa de Estela y no tenía ni el móvil ni las llaves para entrar a casa cuando regresamos ayer en la noche —se disculpó Ana.

Leonardo por su parte revisó su móvil y se dio cuenta de que tenía cuatro llamadas pedidas de Sara. Tenía programado el modo nocturno en el dispositivo y por eso no había sonado cuando ella había llamado.

—El mío estaba en modo nocturno… pero te llamamos varias veces cuando llegamos para que nos abrieras la puerta y fuiste tú la que no nos contestó.

Sara se tranquilizó un poco ante la declaración de Leonardo, ella también había tenido activo el modo nocturno en el móvil y el haber encontrado las llamadas perdidas cuando se despertó había sido precisamente lo que había hecho que se preocupara por ellos y que llamara al móvil de Ana al no encontrarla en su habitación; como ella no contestó llamó a Leonardo que tampoco le tomó la llamada.

Había insistido varias veces hasta que se desesperó y decidió ir a pedirle ayuda a Marcelo, por lo que en cuanto vio a ese par sentados muy contentos desayunando los quiso matar por preocuparla tanto.

—¿Pan francés y café? —le ofreció Marcelo para romper el silencio y tratando de distender el ambiente consiguiendo que Sara sonriera por primera vez esa mañana y se olvidara de que estaba enojada, el pan francés del vecino era el mejor que hubiera probado en su vida.

—Sí por favor.

Sara se sentó y Marcelo fue a buscar dos tazas de café y lo necesario para poner otros dos lugares en la mesa, se volvió a sentar para desayunar con ellos… tanto Ana como Leonardo se miraron con complicidad… ¿no se suponía que él no podía quedarse con ellos porque ya tenía que irse a trabajar a la cafetería?

****

—Entiendo que tú no sientas ninguna atracción por él, pero ¿estás segura de que Marcelo no tiene ningún interés romántico hacia ti Sara?

Habían regresado de casa de Estela hacía ya varias horas, Sara la había acompañado a recoger su bolsa cuando terminaron de desayunar en la casa de los vecinos. Leonardo le había ofrecido llevarla, pero a ella le había dado pena molestarlo otra vez.

Después de que Ana había visto cómo había cambiado la actitud de Marcelo cuando Sara había irrumpido en el departamento de los vecinos, no había podido dejar su curiosidad a un lado y le había preguntado si ella había notado que él cambiaba su actitud cuando Sara estaba cerca.

Su amiga solo se había reído y le había asegurado que solo eran amigos, pero a Ana le estaba costando trabajo creer que él no sintiera más que amistad por ella.

—Ya te dije que solo somos amigos… hasta me da algunos consejos sobre mis citas, claro, cuando se digna a decirme algo por supuesto, ya ves que no habla mucho… te aseguro que él no está interesado en mí de esa manera.

Ana decidió que no iba a insistir con el tema para no desesperar a su amiga, pero a pesar de la negativa de Sara, no se podía quitar de la cabeza que ahí había algo más que solo amistad, por lo menos de parte de Marcelo.

—Por cierto —continuó Sara—, ayer decidí que voy a dejar de buscar candidatos en las aplicaciones de citas… creo que es hora de que me dé por vencida; parece que eso del amor no es para mí.

Ana se preocupó al ver melancolía en los ojos de su amiga, así que se sentó junto a ella en el sillón y la abrazó para tratar de confortarla.

Nunca había entendido la necesidad de Sara por tener novio a como diera lugar, pero ella no era nadie para juzgarla.

—¿Qué pasó?, ¿por qué te estás dando por vencida?, si esta semana te había visto muy emocionada con el tal Roberto.

—Parecía que era el hombre perfecto para mí, pero después de chatear todos los días por dos semanas simplemente dejó de escribirme desde antier… no sé qué le dije que hizo que de repente perdiera el interés.

—No te puedes dar por vencida solo porque alguien pierda el interés cuando ni siquiera se han conocido en persona, esto ya había pasado antes Sara, y tú no eres así… ya encontrarás a alguien que de verdad sea perfecto para ti.

Sara se levantó del sillón, se asomó a la ventana y suspiró.

—El problema no solo es Roberto, he tenido muchas citas y nada más no logro encontrar a alguien que mantenga el interés suficiente para que pasemos de la tercera cita, seguramente hay algo malo en mí.

Ana se preocupó por su amiga, nunca la había visto así, siempre era ella la que veía el mundo de manera negativa y Sara la ayudaba a tratar de ver todo de manera positiva.

—Por supuesto que no hay nada malo en ti —Ana se acercó a Sara y volvió a abrazarla, se le partió el corazón cuando vio que una lágrima solitaria recorría su mejilla—, eres la mejor de

las amigas y lo sabes, eres divertida y todo el mundo te quiere cuando te conoce, de verdad estoy convencida de que solo es cuestión de tiempo para que encuentres a tu príncipe azul.

»Ya habías tenido algunos novios cuando vivías en Guadalajara, sin contar con los chicos con los que saliste en la universidad, así que deja de pensar que tienes algún problema.

Ana le limpió las lágrimas y tomándola de la mano la regresó al sillón.

—Tal vez lo mejor va a ser que dejes las aplicaciones a un lado como dices y que trates de encontrar a alguien de la manera tradicional —continuó diciéndole Ana mientras le acariciaba la mano—; en la vida real es más difícil mentir sobre quién eres en realidad, que tristemente es lo que has encontrado en Internet hasta ahora.

Sara se removió incómoda en el sillón; sí, la mayoría de los hombres que había conocido por Internet habían mentido de alguna manera en su perfil, pero ella no era nadie para juzgarlos, la verdad era que ella también había estirado un poco la verdad y había usado algunos filtros en sus fotografías para verse mejor.

—Lo voy a pensar, pero por el momento estoy decidida a tomarme unas vacaciones de las… —la alerta de un mensaje entrante a la aplicación de encuentraatumedianaranja.com sonó en su móvil interrumpiendo lo que iba a decir—. Es un mensaje de Roberto… quiere que nos conozcamos en persona…

Se levantó del sillón emocionada y se metió en su habitación. Ana solo puso los ojos en blanco, parecía que la vacación de las aplicaciónes de citas había durado menos de cinco minutos.

CAPÍTULO X

Como cada martes Ana se había reunido con su jefa para dar seguimiento general a sus casos pendientes; pero ese martes la reunión se estaba alargando demasiado porque Estela le estaba pidiendo el estatus detallado de cada cliente, cosa que hizo que Ana empezara a preocuparse, ¿sería que iba a despedirla y por eso necesitaba tener el control de todo? Se empezó a remover en su silla un poco incómoda.

—Seguramente te estás preguntando por qué te estoy pidiendo tanto detalle sobre cada caso y cada cliente —parecía que Estela le había leído la mente, empezó a sudar pensando en que tal vez se había dado cuenta de que le había mentido—. No quiero que te preocupes, es solo que he estado pensando que ya estás lista para que te promovamos a asociada senior y quiero hablarlo con Pedro en nuestra próxima reunión de planeación.

»Ya sabes que para negociar cualquier cosa con él necesito llevarle toda la información, o la evidencia en este caso, y aunque aún no puedo decir que ya sea un hecho porque él debe de aprobarlo también, estoy segura de que va a estar de acuerdo conmigo en promoverte… tal vez me esté adelantando porque aún faltan casi tres meses para la reunión de planeación, pero muchas felicidades, Ana.

Ana sintió un vuelco en el estómago, ¿Estela quería promoverla?, esa era una noticia fantástica… se había fijado como objetivo el convertirse en abogada senior antes de cumplir los treinta años y lo iba a conseguir a los veintiocho. Una enorme sonrisa se apoderó de su cara por la emoción.

—Me has demostrado en estos años que eres una muy buena abogada y que hice muy bien en invitarte a trabajar con nosotros cuando estabas en la universidad —continuó su jefa también con una sonrisa—; te he estado confiando algunos de los casos que le hubiera asignado a cualquiera de los abogados senior y los has llevado sin problemas…

Ana estaba pletórica; aunque sabía que debía esperar a que Pedro autorizara la promoción, el que Estela la hubiera considerado para el nuevo puesto era una maravillosa noticia.

—Muchas gracias, Estela, gracias por creer en mí desde que estaba en la escuela… —la voz se le entrecortó por la emoción.

—Te repito que has sido tú la que se ha ganado toda mi confianza, y esta promoción sería solo algo que has obtenido como consecuencia de tu esfuerzo y de tu integridad.

Tras estas palabras Ana se sintió fatal.

Estela la estaba premiando porque creía que era digna de su confianza y ella como pago le había mentido sobre Leonardo… ¿debía de confesarle la verdad?, seguramente si lo hacía su jefa podía hasta correrla… toda la euforia de hacía segundos se había apagado; le había mentido a su maestra, a su mentora… no se merecía que confiara en ella de esa manera ni que le dijera que era una persona íntegra porque no era cierto.

Estela no se había dado cuenta del cambio en el estado de ánimo de Ana porque Valeria había entrado a la oficina para entregarle algunos documentos y para acordar la hora en la que

varios de sus reportes directos irían a comer para festejar su cumpleaños… sí, para colmo era el cumpleaños de su jefa y era Ana la que recibía el regalo de la noticia sobre la promoción que dadas las circunstancias sentía que no se merecía.

—Diles a todos que nos vemos en el restaurante a las dos de la tarde en punto, y por favor haz la reservación para que no nos tardemos demasiado en conseguir una mesa grande.

Tras terminar de darle indicaciones a su asistente, Estela le sonrió y Ana no pudo más que sonreírle de regreso.

Respiró profundo para tratar de tranquilizarse y se dijo que no debía tomar todo lo de la mentira sobre Leonardo tan a pecho… sí, le había mentido a su jefa, pero no había sido por mentirosa sino por necesidad, y solo se trataba de una mentira piadosa, cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo, se lo había dicho Leonardo el día de la fiesta de Pedro… además de que llevaba casi diez años trabajando en el despacho y se había esforzado mucho por cumplir con cada una de las cosas que le habían asignado… se dijo que de verdad se merecía el ascenso... no debía seguir atormentándose por esa pequeña mentira.

Tenía que terminar con su relación ficticia con Leonardo lo antes posible, estaba segura de que eso la ayudaría a sentirse mejor.

—Sólo te voy a pedir que no se lo digas a nadie aún —le pidió Estela apretándole la mano —, quise compartirlo contigo porque estoy muy emocionada y porque necesito llevarle a Pedro toda la evidencia para hacer el movimiento, pero no me gustaría que él pensara que estoy tomando las decisiones importantes sin tenerlo en cuenta.

Ana asintió, no era necesario que su jefa le pidiera discreción, aunque no lo hubiera hecho ella no le habría comentado nada a nadie hasta que no fuera un hecho, no le gustaba tener tanta presión encima.

Casi habían terminado la reunión cuando le entró un inesperado mensaje de Leonardo al móvil, como la pantalla se iluminó sobre el escritorio no pudo evitar que Estela lo leyera.

Leonardo: Ando cerca de tu oficina, ¿comemos juntos?

—Qué buena suerte tenemos… me daría mucho gusto que Leo nos acompañara a festejar mi cumpleaños… a menos que ustedes tortolitos quieran ir a comer solos, por supuesto —su jefa la miró con una sonrisa traviesa y subiendo y bajando las cejas.

Ana estuvo a punto de tomarle la palabra a Estela e irse a comer sola con Leonardo, no quería tener la atención de todos encima de ellos ese día, sobre todo porque tenía una lucha interna entre la alegría de la noticia y el remordimiento y lo que menos necesitaba era tener junto a ella al producto de su mentira festejando con su jefa.

Pero no podía dejar plantada a Estela, le había dicho que ese cumpleaños era muy importante para ella porque llegaba a los sesenta años… además, ya le había dicho que contara con ella y se vería muy mal si a la mera hora la dejaba plantada para irse con su novio… con el que, por cierto, Estela se llevaba de maravilla.

Tal vez tuviera suerte y Leonardo no tuviera tanto tiempo como para comer con ellos, porque seguramente iban a tardar más de una hora.

Le mandaría un mensaje en clave para que entendiera que debía negarse a la invitación, esperaba que él entendiera la indirecta porque Estela la estaba observando con mucha atención

mientras le respondía a su mensaje…

Ana: Vamos a ir a festejar el cumpleaños de Estela, ¿quieres venir con nosotros?, aunque tal vez nos tardamos un poco porque somos muchos.

Ana: Todos entenderíamos si tienes poco tiempo y no puedes ir.

Se mordió el labio del nervio, de verdad esperaba que Leonardo captara la indirecta.

Leonardo: Por supuesto que los acompaño.

Leonardo: Me va a dar gusto poder felicitar a Estela.

Pues no, Leonardo no había captado su indirecta.

Resignada le mandó los datos del restaurante para que los alcanzara allí a las dos de la tarde.

****

Leonardo llegó a las dos en punto al restaurante.

Esa mañana había ido a tomar unas fotografías cerca de la oficina de Ana y cuando se acercaba la hora de la comida había pensado que sería buena idea sorprenderla con una invitación a comer; no sabía si aún había dudas entre sus compañeros de trabajo sobre su relación ficticia, pero no estaría de más que volvieran a verlo cerca de ella, y si eso no la ayudaba, por lo menos él no tendría que comer solo.

Si era sincero con él mismo aceptaría que tenía ganas muchas de verla, ya tenía más de una semana sin hablar con ella y todo lo que había podido descubrir sobre su personalidad mientras había durado su relación ficticia había despertado su curiosidad… Ana era mucho más de lo que él había creído que era y contra todo pronóstico la pasaba muy bien en su compañía cuando no se estaban peleando.

Fue una sorpresa agradable que Ana lo invitara a festejar el cumpleaños de Estela, la mujer le caía muy bien y se había llevado de maravilla con la mayoría de los compañeros de trabajo de su novia ficticia.

Al único que definitivamente no toleraba era Marco, pero sabía que sería inevitable encontrárselo ese día, seguramente estaría ahí para festejar el cumpleaños de su mamá.

Acababa de acercase a la anfitriona del restaurante para preguntar por la reservación para comer cuando vio que llegaron Ana, Estela y Marco.

Después de felicitar a la festejada, se acercó a Ana para saludarla con un ligero beso en los labios seguido de un abrazo que duró un poco más de lo que tenía planeado; mientras la estrechaba entre sus brazos pudo escuchar cómo ella suspiraba y le correspondía con naturalidad.

Parecía que ambos se habían acostumbrado a su cercanía y sobre todo a su toque, o por lo menos él se sentía bien estando así de cerca con ella y aunque no podía jurar que Ana se sintiera igual que él, por lo menos ya no sentía que estuviera tan tensa como al principio.

Antes de que llegaran a la mesa escuchó que alguien lo llamaba por su nombre, era Carlos Rangel, uno de sus mejores amigos de la universidad.

—Qué gusto encontrarte por aquí Leo, ¿qué haces tan lejos de tus rumbos? —Carlos se había acercado lo suficiente para que todos en la mesa que ya estaba casi completamente ocupada pudieran escuchar la conversación entre ellos.

Mientras le daba un largo abrazo a su amigo por el gusto de verlo, muchas cosas pasaron por su mente en ese momento.

Pensó en que había visto a su amigo y a todos los compañeros de la universidad dos fines de semana atrás y que por obvias razones él no estaba enterado de que tenía una novia ficticia, lo que implicaba un gran riesgo de que se descubriera la mentira y eso podría perjudicar mucho a Ana.

Pensó que tenía dos opciones, la primera era que podía presentarle a Ana como su novia y así seguir con la farsa, lo que tendría consecuencias no tan gratas en su grupo de amigos que seguramente se enojarían con él por no haberles contado que después de tanto tiempo volvía a tener novia. Sabía que todos eran muy protectores con él desde que había terminado con su novia de la universidad, ella había acabado con su relación justo cuando su mamá estaba más enferma y el apoyo de sus amigos fue lo que lo ayudó a salir de la depresión de perder a su novia y a su mamá con dos meses de diferencia.

La segunda opción era llevarse a su amigo discretamente a un lado y explicarle la situación real, tenía la confianza suficiente con él como para hacerlo y seguramente él entendería la posición en la que Leonardo y Ana se encontraban.

Después de valorar las posibles consecuencias de ambas opciones se había decidido por la segunda alternativa, era demasiado cercano a su grupo de amigos como para mentirles, así que le diría la verdad a Carlos.

En el momento en el que iba a llevarlo afuera para poder hablar con él vio que se acercaba Valeria, la asistente de Estela y la única que faltaba por llegar, le sorprendió la familiaridad con la que ella y su amigo se saludaron.

Resultó que Carlos y Valeria no solo se conocían, sino que eran primos muy cercanos, por lo que pensó que las circunstancias no le dejaban otra alternativa, tendría que presentarle a Ana como su novia y que tronara lo que tuviera que tronar; debió de haberse imaginado que el haber aceptado representar esta mentira a cambio de dinero seguramente tendría sus consecuencias incluso para él, y se estaba dando cuenta de ello en ese momento…

—Qué calladito te lo tenías… nos vimos hace dos semanas y no nos habías dicho que tenías novia, en cuanto se enteren las chicas no te la vas a acabar…

Carlos parecía un poco molesto por no haberse enterado antes de que su amigo ya tenía novia, pero pasada la primera impresión por la noticia le sonrió con complicidad, le gustaba la idea de que Leonardo ya no estuviera tan solo y ya se imaginaba a las chicas haciéndole un largo interrogatorio después de regañarlo por no haberles contado antes sobre Ana.

Valeria levantó las cejas con curiosidad y desconfianza, había escuchado la conversación entre los dos amigos y quiso estar al corriente de lo que Leonardo tuviera que decir sobre por qué no les había dicho a sus amigos que tenía novia…

—Estaba esperando a presentarla como es debido; Ana no pudo ir a la última reunión y no quería que empezaran a presionarme para conocerla o que el interrogatorio durara toda la noche

hasta que ella estuviera ahí para poder defenderse.

Leonardo esperaba que su explicación sirviera para tranquilizar a su amigo, pero sobre todo a Valeria, no le había gustado la mirada de desconfianza con la que claramente estaba mirándolos tanto a Ana como a él.

—Te entiendo, yo hubiera hecho lo mismo… esas arpías no te habrían dejado en paz hasta que lograran que la llevaras a una de las reuniones para poder interrogarla a profundidad…

Leonardo se relajó, parecía que Carlos no había sospechado nada y Valeria había dejado de ponerles atención y ya estaba hablando con Fabiola y con Pedro.

—No le digas eso a mi novia o no va a querer ir a la próxima reunión —Leonardo le sonrió con sinceridad y se dirigió a Ana con un tono tranquilizador después de darle un beso en los nudillos—. No le hagas mucho caso a Carlos, es verdad que mis amigas de la universidad pueden ser un poco intensas, pero estoy seguro de que cuando las conozcas te van a encantar.

Pero el intento de Leonardo para tranquilizarla no había funcionado en realidad.

Para Ana no era tan estresante la posibilidad de que las amigas de Leonardo la interrogaran en una reunión a la que ni siquiera sabía si iría, lo que la estresaba era pensar que Carlos y Valeria eran primos cercanos y por ahí se podría descubrir la verdad.

CAPÍTULO XI

Sara daba vueltas y vueltas alrededor del departamento y ya tenía a Ana mareada, esta era su segunda cita con Roberto y se sentía muy ansiosa.

La cita anterior había sido más que perfecta, él se había portado de lo más lindo con ella y Sara pensaba que esta vez sí había una gran probabilidad de que hubiera encontrado al hombre adecuado para ella, así que quería verse perfecta.

—¿Qué blusa crees que le gustará más, la roja o esta morada?

Ana no sabía qué decirle a su amiga, ya se había probado la mitad de todo lo que había en su armario y las dos blusas de las que ahora hablaba le quedaban muy bien desde su particular punto de vista, pero entendía que la respuesta a esa pregunta era muy importante para Sara por el estado de nerviosismo que manejaba.

—Las dos te quedan bien, aunque a mí me gusta más como te queda la verde que te habías probado primero, creo que estiliza tu figura y te hace ver más alta… aunque el rojo te hace ver más sexy y la morada también te queda muy bien. Tú eres la que conoce a Roberto, ¿cuál crees que le gustaría más a él?

—Tienes razón, la roja es demasiado sexy para la segunda cita y la verde es mejor la opción, me voy a cambiar.

Ana regresó a su libro, le gustaba relajarse cuando regresaba de la oficina sentándose en la sala a leer mientras se tomaba una taza de café, aunque esa tarde Sara no se lo estaba poniendo nada fácil.

Había decidido no decirle nada a nadie aún sobre el ascenso, sobre todo porque faltaba el visto bueno de Pedro y no quería adelantarse si no era un hecho, no soportaría sentir que los defraudaba a todos si no se daban bien las cosas. Así que se contuvo de contarles a Sara y a su familia, aunque se moría de ganas de que ya lo supieran.

—¿Qué tal esta azul?, creo que con las otras le estaría mandando un mensaje que no estoy segura de querer mandarle aún…

Ana suspiró, la situación estaba llegando al límite de lo que ella consideraba como normal para su amiga.

—¿Qué es lo que realmente te preocupa Sara?, te has cambiado más de diez veces y te noto más intranquila de lo que deberías estar.

Sara se sentó con pesadez en el sillón junto a su amiga y resopló antes de tomar un trago grande de la taza de café de Ana.

—Ayer tuve una especie de pelea con Marcelo, le pregunté qué le había parecido Roberto y me dijo que no le había gustado para nada, que no le daba buena espina y que pensaba que debía de dejar de salir con él…

—¿Y eso es lo que te tiene tan nerviosa?

—Es la primera vez que me dice esto de alguna de mis citas, y apenas lo vio por un rato…

la cosa es que yo creo que Roberto es perfecto para mí y cuando le pregunté por qué no le gustaba no me supo explicar las razones, simplemente dijo que era algo que sentía al verlo, pero que definitivamente no creía que fuera una buena opción para mí.

Sara se terminó la taza de café de un trago y volvió a resoplar.

—¿Y su opinión es tan importante para ti?

Sara se quedó pensando en la pregunta de Ana… ¿era tan importante la opinión de Marcelo para ella?... ¡por supuesto que lo era!, le había dado muy buenos consejos en el pasado y ya automáticamente al terminar una cita le pedía que le dijera lo que pensaba sobre cómo se habían dado las cosas… había desarrollado cierta dependencia hacia su opinión sin siquiera darse cuenta.

En el caso de Roberto había esperado un poco para preguntarle qué le había parecido porque Marcelo lo había visto con ojos de pistola desde que llegó a la cafetería y ella se había imaginado que no le había gustado tanto como a ella, por lo que había decidido no preguntarle nada, pero su curiosidad había ganado la tarde anterior.

Se levantó del sillón para buscar una copa de vino, necesitaba algo más fuerte que el café para poder hablar sobre esto, pero Ana la interceptó antes de que se lo sirviera.

—No vas a encontrar respuestas en el fondo de la botella y de verdad no quieres estar pasada de copas cuando inicies tu cita con Roberto, ¿o sí?

—Tienes razón, no sé en qué estaba pensando.

Regresó a sentarse en el sillón mientras Ana llevaba la copa vacía y la botella de vuelta a la cocina trayéndole una nueva taza de café.

—Creo que la opinión de Marcelo sí es muy importante para mí… tristemente más de lo que me gustaría —dijo con decisión Sara después de unos segundos de silencio, no tenía caso que negara lo evidente cuando ella lo sabía de sobra y menos cuando estaba sincerándose con su mejor amiga—, pero no debo tomar mis decisiones basándome en lo que él piense, ¿verdad?

—¿Me estás preguntando o lo estás afirmando?

—Me he estado repitiendo una y otra vez que no debiera de importarme tanto su opinión. Por el tiempo y la forma en la que hemos convivido ni siquiera puedo decir que es mi amigo en realidad… nunca hablamos de nada importante, pero la verdad es que no sé por qué, pero su opinión me importa… y me importa mucho…

»No sé qué hacer ahora, ¿sigo saliendo con Roberto, que, por cierto, podría ser el papá de mis hijos?, ¿o le hago caso al dueño de la cafetería en la que tengo mis citas, con el que no he tenido más que conversaciones triviales y al que de repente le dio por no gustarle el único hombre con el que me veo de manera permanente en un futuro cercano?

Sara se volvió a tapar la cara con las manos mientras resoplaba de frustración.

La primera cita con Roberto había sido perfecta, habían congeniado como no lo había hecho con ningún hombre antes, de verdad le había gustado mucho y estaba convencida de que podría ser el hombre de su vida… ¿por qué no le gustaba a Marcelo?, todo sería mucho más fácil si él no le hubiera dicho lo que realmente pensaba.

Ana no sabía qué decirle a su amiga; ella no había conocido al tal Roberto aún y no podía

decir nada sobre él, ni bueno ni malo. Además de que ella pensaba que Marcelo podía estar celoso y por eso podía haberle dicho que no le gustaba.

—Yo creo que debes de hacerle caso a lo que te dicte tu corazón —esperaba que esta respuesta se pareciera a lo que su amiga necesitaba escuchar, para ella era la más salomónica para el momento—, ¿qué es lo que te dice?

—Me dice que Roberto es el potencial padre de mis hijos…

—Pues entonces creo que no deberías darle más vueltas al asunto, esta es la segunda cita a penas y todavía hay un largo camino por recorrer. Ya no lo dudes tanto, vas a estar en la cafetería de Marcelo, si algo sale mal él va a estar ahí para ayudarte.

Sara se relajó visiblemente, Ana tenía razón, no necesitaba romperse la cabeza aún, esta era a penas su segunda cita con Roberto y estarían en un ambiente controlado en el que ella se sentía segura… odiaba la idea de que los comentarios de Marcelo la estuvieran haciendo sentirse tan insegura.

—Tienes razón, voy a dejar de darle tantas vueltas al asunto… ¿no tienes hambre?, ¿qué tal si pedimos una pizza?

—¿Pero no se supone que quedaste de ir a cenar con tu príncipe azul? —le preguntó Ana con diversión en los ojos.

—¿Y tú esperas que si se trata del príncipe azul yo coma como una troglodita en nuestra segunda cita?, no quiero asustarlo…

Ana se rio pensando que su amiga no tenía remedio, pero debía aceptar que ella también tenía hambre, no había salido a comer por atender un caso urgente y sólo le había dado tiempo de comprar un sándwich muy sencillo en la tienda de conveniencia de la esquina de la oficina.

—¿Qué tal si la pedimos mitad hawaiana y mitad de pepperoni?

Sin esperar la respuesta de su amiga Ana marcó el número de la pizzería.

****

Antes de lo previsto sonó el timbre, era muy pronto para que fuera el repartidor de pizzas, por lo que Ana se asomó por la mirilla a ver quién era antes de abrir y se sorprendió al ver a Leonardo del otro lado de la puerta.

—Hola Leo —lo saludó con genuino gusto por verlo—. Sara se está arreglando para salir, pero pasa y le aviso que estás aquí.

—De hecho, venía a verte a ti.

La saludó con un beso en la mejilla; desde que Ana había pasado la noche en su casa había notado que él la trataba con mayor familiaridad, incluso cuando estaban solos, y no podía decir que esa nueva dinámica le disgustara.

La curiosidad de Ana por saber qué era lo que quería tratar con ella se disparó de inmediato. Lo invitó a pasar y tras cerrar la puerta lo alcanzó en la sala y se sentó en el sillón frente a él lista para escuchar lo que le iba a decir.

—¿Llegó la pizza? —interrumpió Sara saliendo de su habitación vestida con la blusa verde que Ana le había sugerido y una falda negra que hacía que se le marcaran sus suaves curvas. Sonrió cuando notó la mirada de aprobación de su amigo— Leo, qué bueno que viniste, acabamos de pedir una pizza, ¿te quedas a cenar?

Leonardo aceptó la invitación y Ana quería matar a su amiga, ella se iría a su cita con Roberto en poco tiempo y ellos se iban a quedar cenando solos… a pesar de la nueva dinámica entre ellos eso podría resultar un poco incómodo porque nunca habían estado solos antes, ¿y si no lograban encontrar un tema de conversación?

Sara regresó a su habitación para darse los toques finales mientras que Ana servía tres copas de vino para acompañar la pizza y Leonardo empezó a poner la mesa.

—¿De qué querías hablar conmigo? —le preguntó Ana cuando ya ambos estaban sentados a la mesa.

—Me habló mi amigo Carlos Rangel por teléfono, ¿te acuerdas de él? —Ana asintió, no lo olvidaría nunca… no solo porque era el primer amigo de Leonardo que conocía, sino por lo que sintió cuando se dio cuenta de que era el primo de Valeria… se había querido morir— Parece que les dijo a todos mis amigos de la universidad que tengo novia y organizaron una comida en la casa que Carlos tiene en Cuernavaca para conocerte.

»Mucho me temo que no vamos a poder evitarla, sobre todo porque si ponemos algún pretexto para no ir algo podría llegar a oídos de Valeria por ser la prima de mi amigo…

Ana sonrió con ternura al darse cuenta de que Leonardo se había sonrojado y la miraba como si estuviera apenado con ella.

—Lo que me lleva a adelantarte —continuó Leonardo— que como te había dicho mis amigas pueden ser un poco intensas y seguramente van a querer interrogarnos a los dos; no es que sean malas personas o vayan a atacarte de alguna manera, pero las cosas pueden ponerse un poco incómodas para ti por su nivel de intensidad…

Leo la miraba con cierta vulnerabilidad en los ojos y Ana pudo deducir que sus amigos eran muy importantes para él, seguramente no le gustaba la idea de mentirles sobre su relación con ella, lo que la hizo apreciar más este sacrificio que él estaba haciendo por culpa de su mentira.

—Las mentiras tienen las patas muy cortas y las cosas se han complicado, lo siento mucho, de verdad Leo, no hubiera querido que mi mentira te perjudicara de ninguna manera y menos que tengas que fingir frente a tus amigos…

—No te preocupes, no pasa nada —la tranquilizó con una sonrisa y volviendo a su actitud desenfadada— a estas alturas del partido podría fingir ser tu novio en cualquier escenario, bien dicen que la práctica hace al maestro y nosotros hemos tenido ya varias oportunidades para practicar… pero me disculpo de antemano por lo que te puedan hacer pasar mis amigos, son un poco protectores conmigo.

—Yo pensé que para estas fechas ya podríamos haber terminado nuestra relación, lo que hubiera evitado todo esto, pero hoy en la mañana Estela me dijo que a pesar de que le caes muy bien y le gusta la pareja que hacemos, no iba a quitar el dedo del renglón con la idea de que quiere que seamos familia… así que soy yo la que debe disculparse contigo porque esto ya duró mucho más de lo que habíamos acordado y hasta está afectándote con tus amigos… y lo peor de

todo es que después del comentario de Estela no estamos tan cerca de terminar con esto como yo pensaba.

—¿Y si le presentas a Marco a una de tus hermanas? Así todo quedaría en familia tal como lo quiere Estela.

Al ver la cara de susto de Ana no pudo evitar soltar una carcajada.

—No pasa nada —continuó sin dejar de sonreír—, pero apunta la comida en tu agenda, es el próximo sábado y no va a haber manera de que nos zafemos.

—Hecho.

En ese mismo momento Ana agregó el evento en la agenda de su móvil, no era algo que pudiera olvidar por supuesto, pero no estaba de más.

Volvió a sonar el timbre y esta vez sí era el repartidor de pizzas. El olor se expandió por todo el departamento e hizo que a Ana le rugiera el estómago de manera poco discreta. Leonardo también se moría de hambre y se sentó a cenar de inmediato.

—¿Qué les parece si vemos una película mientras cenamos? —propuso Ana en voz lo suficientemente alta para que Sara también la escuchara; sabía que su amiga se iría pronto a su cita, pero necesitaba algo que ayudara a que el ambiente no se pusiera incómodo cuando se quedara a solas con su vecino y no tuvieran nada de qué hablar.

—Buena idea —gritó Sara desde su habitación y Ana empezó a repartir rebanadas de pizza en los tres platos.

Leonardo se hizo con el control de la televisión y empezó a buscar alternativas en Netflix. Ana perdió la votación y pusieron una película de terror que se llamaba La Noche del Demonio… sonaba fatal para ella que no le gustaban nada las películas de miedo.

Ya había empezado la película cuando Sara salió de su habitación lista para su cita, tomó una rebanada de pizza y una servilleta y tras despedirse con un “se me hace tarde, luego nos vemos” se fue dejándolos desconcertados.

Por un momento hubo tensión en el ambiente por parte de los dos al ser la primera vez que estaban solos y para colmo sentados en el mismo sillón, se habían pasado a la sala para estar más cómodos mientras veían la película.

—¿Quieres que pongamos otra cosa?

—No, ésta está bien; sólo no te sorprendas si grito o te pellizco.

Ambos se echaron a reír eliminando la tensión del momento.

Ana descubrió que se sentía muy a gusto en compañía de Leonardo que no se cansaba de hacer bromas y comentarios sarcásticos sobre la película para ayudar a que se le hiciera más ligera a ella, que estaba claramente asustada.

A la mitad de la película ya habían terminado de cenar y Ana se quedó dormida en una posición bastante incómoda. Leonardo la movió para que se acomodara mejor y ella recargó la cabeza en su hombro y la mano derecha sobre su pecho. Él ya no se quiso mover para no despertarla, menos mal que el control remoto estaba cerca de su mano y cuando terminó la película de terror puso una de acción a la que le traía ganas.

No se dio cuenta de que también se había quedado dormido hasta que se despertó cuando el cabello de Ana le hizo cosquillas en la nariz.

Ella seguía dormida recostada sobre su pecho y a él le gustó la sensación de tenerla tan cerca; se acomodó para mejorar la posición de ambos y ella deslizó su mano del pecho hacia su estómago haciendo que se le erizara el vello de la zona que recorrió por encima de la camisa.

Leonardo la miró con detenimiento mientras le acariciaba muy suavemente el cabello, olía a frutas.

Las cosas entre ellos habían cambiado drásticamente en muy poco tiempo, si alguien le hubiera dicho dos meses atrás que estaría así con Ana le habría dicho que estaba loco, pero ahora se sentía demasiado a gusto con su cercanía.

Ana se despertó un rato después, cuando sintió que Leonardo trataba de acomodarla mejor.

Al darse cuenta de que estaba recostada sobre él sintió vergüenza ¿y si le había babeado la camisa?, aunque debía aceptar que había dormido muy a gusto.

La película ya no era la misma, ¿cuánto tiempo se habría dormido?

—Lo siento Leo, no me di cuenta de que me quedé dormida —se disculpó mientras se incorporaba y palpaba discretamente la zona… por lo menos no había babeado.

—No deberías disculparte por haberte dormido sino por no haberme dejado escuchar la película con tus ronquidos.

Ana se ruborizó hasta la raíz del cabello y se tapó la boca con pena hasta que vio el brillo divertido en los ojos de Leonardo, entonces ambos se echaron a reír.

—Pues fue tu culpa, si no me hubieras mareado con tu mal olor no me habría quedado dormida.

Leonardo se quedó con la boca abierta, ¿Ana le había hecho una broma? En respuesta empezó a hacerle cosquillas hasta que ella le gritó que se rendía.

Cuando paró de hacerle cosquillas estaban muy cerca el uno del otro, le pasó un mechón de cabello que se había soltado de la cola de caballo por detrás de la oreja y se miraron intensamente a los ojos… el ambiente se tensó de inmediato, pero esta vez la tensión era diferente.

Leonardo empezó a acercarse peligrosamente a Ana, quien se sentía abrumada por el olor de su loción, ¿por qué no la había notado antes?, tampoco había notado las pecas de su nariz…

Se apartaron abruptamente cuando escucharon que Sara abría la puerta del departamento rompiendo el momento de tensión.

—Creo que estoy enamorada —declaró Sara mientras se sentaba pesadamente en el sillón en medio de sus amigos, por suerte estaba tan ensimismada que no notó el sonrojo en las mejillas de ninguno de los dos.

—¿Tan bien estuvo la cita? —le preguntó Leonardo.

—Estuvo maravillosa, él es el hombre perfecto para mí… aunque el entrometido de Marcelo no piense lo mismo, ¿van a creer que me dijo que estaba seguro de que Roberto es un mentiroso y que me está engañando?

Sara resopló frustrada y tomó una de las copas de vino que estaban en la mesa de centro y la vació de un trago.

—¿Marcelo piensa que es un mentiroso? —preguntó tímidamente Ana.

—Como lo oyen, nunca me había dicho nada tan fuerte de ninguna de mis citas, y ahora resulta que cuando se da cuenta de que el candidato me atrae de verdad decide que no le gusta nada para mí, ¿lo pueden creer?

Sara estaba evidentemente molesta con Marcelo, ¿ahora resultaba que quería meterse en su vida?, ¿por qué le hacía esto precisamente ahora?, ¿se habría dado cuenta de que su opinión era muy importante para ella? Definitivamente no iba a dejar que la manipulara.

—¿Le preguntaste por qué cree que Roberto te está mintiendo? —la cuestionó Leonardo con el entrecejo fruncido, se le hacía muy raro que Marcelo le hubiera dado su opinión tan directamente a Sara, no era algo común en él cuando la opinión era negativa y se dijo que tendría que preguntarle más tarde qué era lo que había pasado.

—Cuando se lo pregunté sólo me dijo que no le había dado muy buena espina desde que lo vio por primera vez, que parecía demasiado bueno para ser cierto y que por eso seguramente me estaba mintiendo.

»Yo creo que voy a dejar de ir a la cafetería de Marcelo, no quiero que se entrometa en mis relaciones, y menos cuando van tan bien como esta… no dejó de fulminarlo con la mirada mientras estuvo en la cafetería… fue tan incómodo.

Sara se tapó la cara con uno de los cojines para gritar en él, se sentía muy frustrada con la situación, esta vez Marcelo se había pasado de listo y no lo iba a permitir, no iba a dejar que su opinión afectara su relación con Roberto, y menos cuando las cosas iban tan bien que ya se veía con él por el resto de su vida.

—No lo dices en serio, ¿verdad Sara? —Ana le acarició el cabello—, estoy segura de que Marcelo sólo te dio su opinión porque se preocupa por ti y no va a interferir en tu relación; me has dicho que te sientes muy segura estando en su cafetería con esos chicos a los que no conoces en realidad, y la verdad es que a mí también me tranquiliza que él te esté echando un ojo.

—Pues sí —Sara suspiró tranquilizándose un poco—, en eso tienes razón… pero no voy a permitir que él se meta en mi vida, yo voy a salir con quien yo quiera y no con quien él apruebe... espero que le haya quedado muy claro.

Al ver que su mejor amiga estaba más tranquila, Leonardo decidió despedirse, además de preguntarle a Marcelo lo que había pasado con Sara, necesitaba procesar lo que había pasado con Ana esa noche, sobre todo, lo que había sentido y cómo había respondido su cuerpo al tenerla tan cerca.

—¿Interrumpí algo? —le preguntó Sara a Ana con una mirada pícara en cuanto Leonardo se fue, aunque estaba bastante embelesada pensando en Roberto cuando llegó no le había pasado desapercibida la tensión del momento cuando entró al departamento.

Ana se sonrojó de inmediato, lo que le confirmó a Sara que había interrumpido algo.

Estuvo a punto de negarlo, pero si hasta Sara lo había sentido, seguramente no todo había sido producto de su imaginación.

—Creo que antes de que llegaras tuvimos un momento un poco… intenso… Ay Sara, creo que Leonardo me gusta más de lo que debería y eso me tiene bastante confundida.

Sara gritó emocionada y Ana la calló en seguida, las paredes eran muy finas y Leonardo podría escucharla.

—Antes de que llegaras —continuó Ana— estuvimos bromeando y me hizo cosquillas… estuvimos cerca, demasiado cerca… pude sentir como si una corriente eléctrica me atravesara y quería acercarme cada vez más a él… creo que hasta lo hubiera besado… pero en cuanto llegaste nos separamos de inmediato, como si algo nos hubiera golpeado de repente.

—¿Y él sintió lo mismo?

—No lo sé Sara… solo puedo hablar de lo que yo sentí… pero por un momento noté su mirada intensa en mis ojos hasta que creí que me miraba los labios… ya sabes, como si quisiera besarme, aunque todo pudo ser producto de mi imaginación.

—Para mí fue muy claro que había interrumpido algo, así que no creo ni por un momento que haya sido producto de tu imaginación.

Ana suspiró mientras pensaba en las vueltas que daba el destino, ¿quién le hubiera dicho que le podía gustar tanto Leonardo?

—¿Y sólo te gusta o sientes algo por él?

—No lo sé… —respondió Ana mesándose el cabello— me siento confundida… Leonardo no se parece en nada al tipo de hombres con los que he salido… seguramente mi familia pensaría que me he vuelto loca… pero me siento muy a gusto cuando estamos juntos, cuando me toca… aunque no debo de olvidar que estamos fingiendo, pero si ellos se enteraran...

—Te voy a pedir que por una vez en tu vida dejes de pensar en lo que pueden pensar los demás y te enfoques en ti, en lo que tú quieres y sientes… todos esos prejuicios que tienes contra la apariencia las personas que se salen de lo que tú consideras normal no te ayudan para nada…

»Leo es un gran hombre, lo demostró con crecer cuando cuidó de su mamá enferma de cáncer mientras se preocupaba de que nada les faltara y terminaba la universidad, y por supuesto que merece que alguien como tú se fije seriamente en él… y tú también te mereces que alguien como Leo se fije en ti, porque estoy segura de que esto es mutuo.

Ante la falta de respuesta de Ana, Sara se fue a su habitación. Conociendo a su amiga sabía que necesitaba tiempo para pensar en todo lo que le había dicho, no era fácil para ella digerir este tipo de cosas, y en verdad esperaba que lo hiciera.

Esa necesidad que tenía de darle gusto a los demás la desesperaba, ya era momento de que su amiga dejara de pensar que debía de ser el ejemplo por seguir para sus hermanas, las tres eran mayores de edad desde hacía tiempo y eran capaces de tomar sus propias decisiones sin que Ana tuviera ninguna influencia sobre ellas.

CAPÍTULO XII

Marcelo daba vueltas por la sala cuando Leonardo abrió la puerta del departamento, desde que se había despedido en no muy buenos términos de Sara se sentía muy intranquilo.

Sabía perfectamente que no debía de meterse en la vida de su vecina y se había mantenido al margen hasta ese momento, pero sentía que el tal Roberto no era lo que aparentaba, que era un mentiroso y había cometido el grandísimo error de confrontar a Sara y decirle que pensaba que debía de dejar de salir con él… eso había sido muy estúpido de su parte.

Pensó que tal vez había sido demasiado enfático cuando se lo dijo y ella se había enojado muchísimo con toda la razón.

Ahora que lo veía en retrospectiva pensaba que se había equivocado al ser tan directo, lo mejor hubiera sido ayudarla a darse cuenta sutilmente de que ese hombre no era para ella.

Aún recordaba todas las cosas que Sara le había echado en cara, y aunque sabía que ella había tenido razón en decírselas, a él le habían dolido mucho.

Había pensado que entre ellos se había desarrollado una especie de amistad, que para ella era tan importante lo que él pensaba como para él era lo que ella pensaba, pero Sara le había gritado que él no era nadie para meterse en su vida y que seguramente no le gustaba la idea de verla feliz.

Qué equivocada estaba, lo único que Marcelo quería era verla feliz.

Pero ella tenía razón en que él no era nadie para meterse en su vida y él debió de darse cuenta de ello antes.

—Ya nos platicó Sara que tuvieron un enfrentamiento.

Marcelo no se había dado cuenta de que Leonardo estaba parado junto a la puerta, estaba tan ensimismado que no lo había escuchado llegar y se sobresaltó cuando lo escuchó hablar. Se desparramó en el sillón con actitud derrotada tapándose los ojos con el antebrazo.

—No tuvimos un enfrentamiento, más bien yo le di mi opinión y como a ella no le gustó, empezó a gritarme que no tenía derecho a decirle nada y otras cosas… eso fue todo.

Se incorporó y se pasó la mano por la cara mientras miraba a Leonardo a los ojos.

Tenía poco tiempo de estar compartiendo el departamento con él, pero habían desarrollado una extraña amistad… no salían a ningún lado juntos, pero hablaban de las cosas importantes que pasaban en sus vidas sin necesidad de filtros.

—Conociéndola como la conozco, estoy seguro de que sintió que invadidas su privacidad… estaba muy emocionada por la cita con el tal Roberto, según ella parece que es el hombre perfecto, y que le dijeras que no saliera con él al parecer no le gustó.

—El tipo está muy lejos de ser perfecto, no me gusta nada. Y antes de que me preguntes por qué déjame decirte que no es algo en concreto lo que no me gusta, es todo… la manera en que la mira, las cosas que le dice… te aseguro que si lo conocieras habrías pensado lo mismo que yo.

Leonardo se sintió un poco incómodo, no le había dicho nada a Marcelo hasta ese

momento, pero estaba seguro de que su amigo sentía algo por Sara y tal vez había visto en Roberto a un rival importante, las otras citas de su amiga no habían trascendido, pero estaba muy emocionada esta vez… ¿sería que estaba tratando de interferir por celos?

—¿No será que quieres boicotear la relación de Sara con el tal Roberto?

Marcelo lo miró fijamente, fue muy evidente que no le había caído nada bien el comentario de Leonardo, pero lo entendió.

El tal Roberto no había hecho o dicho nada en específico para desconfiar de él, suponía que para cualquiera parecería ser el hombre perfecto, así que pudo entender que tanto a Leonardo como a Sara por pensar que él trataba de hacer que su relación con Roberto no funcionara.

Debía sacarlos de su error.

—No.

—Perdóname que te lo haya preguntado, pero he podido notar que la miras con ojos de corderito, tal vez me equivoque, pero…

Leonardo dejó la frase a la mitad, no se sintió bien de sacar este tema del que Marcelo nunca le había hablado antes, no era justo que se metiera con su intimidad, y si él no le había dicho nada no debía de suponer nada.

—No te equivocas…

Marcelo se rindió y recargando la cabeza en el respaldo del sillón cerró los ojos; no había hablado de esto con nadie, pero sería un alivio por fin confesarle a alguien que Sara le había gustado desde el primer momento en que la vio.

Leonardo se quedó en silencio, sentía que Marcelo quería decirle más cosas, así que esperó pacientemente.

—Sara me gusta desde el primer día que entró a la cafetería, pero desde ese día me di cuenta de que no había manera de que ella me correspondiera…

Sin abrir los ojos se tocó la pierna, si la hubiera conocido antes del accidente las cosas seguramente serían muy diferentes.

—Creo que no le estás haciendo ningún favor a Sara al pensar que ella no te haría caso sólo por el problema de tu pierna, tú sabes muy bien que ella no es así.

Marcelo se había repetido lo mismo muchas veces, sabía que Sara no era así, pero era él el que no quería que Sara se conformara con alguien como él, ella se merecía un hombre en toda la extensión de la palabra y el príncipe azul no podía ser alguien que dependiera de un bastón para poder caminar.

—Las cosas no se han dado entre nosotros de manera natural y yo no las voy a forzar —sabía que esta era una simple excusa para no acercarse a ella de manera romántica, pero no quería que Sara de ninguna manera se sintiera forzada a fijarse en él solo porque eran amigos, no podría soportar que ella sintiera lástima y que simplemente se conformara con él.

—Digamos que más bien estás evitando que las cosas entre ustedes se den…

—Tal vez…

Leonardo sintió que no debía presionar más a su amigo, porque ahora lo veía claro, Marcelo

además de su compañero de departamento era su amigo.

—¿Y tú qué hacías en el departamento de Ana cuando Sara no estaba ahí? ¿Ahora además de novios ficticios son amigos?

Leonardo soltó la carcajada, vaya manera de cambiar de tema. Le contó a Marcelo lo que había pasado y cómo había terminado cenando y viendo una película con Ana, los dos solos.

—Y casualmente se quedaron solos…

—Las cosas simplemente se dieron, fue Sara la que me invitó a cenar y de repente se fue… ni siquiera sé si Ana quería que me quedara.

Leonardo sonrió para sus adentros, a pesar de que en un principio se sintió incómodo por quedarse a solas con Ana, todo había fluido bastante bien, hasta ese momento en el que la tensión y las ganas de besarla se habían vuelto casi insoportables.

—Tuvimos un momento que no podría describir —continuó contándole Leonardo, decidió que necesitaba hablarlo con alguien para que lo ayudara a entenderlo y nadie mejor que su discreto compañero de departamento y amigo.

—¿Cómo que tuvieron un momento que no podrías describir?

Leonardo se rascó la cabeza mientras acomodaba sus ideas.

—Por primera vez estuvimos bromeando los dos y hasta le hice cosquillas —Leonardo sonrió al recordarlo—, cuando se rindió nos miramos a los ojos y algo nos enganchó… creo que la hubiera besado si no hubiera llegado Sara en ese momento.

—Vaya…

—Sí, vaya… no sé qué me pasó, pero mi cuerpo de repente sintió la necesidad de abrazarla y besarla hasta desfallecer… ¿te ha pasado alguna vez?

Marcelo solo sonrió, Leonardo se veía bastante confundido y parecía que no se había dado cuenta de que se había enamorado de Ana, y él no iba a ser quien se lo dijera. Su amigo necesitaba descubrirlo por sí mismo.

—Y lo peor es que cuando llegué a buscarla estaba bastante decidido a terminar con nuestro acuerdo, pero nada más la vi supe que no podría hacerle eso —continuó Leonardo claramente confundido—. No me gusta nada esto de mentirle a mis amigos, estoy casi seguro de que se van a dar cuenta de la verdad en cuanto nos vean juntos… ya no te conté, pero este sábado organizaron una comida en Cuernavaca para conocer a mi supuesta novia.

»Pero cuando fui a decírselo no pude hacerlo, en lugar de eso le dije que tendríamos que ir a Cuernavaca a que los conociera a todos y ella aceptó…

Marcelo solo suspiró en respuesta, no sabía qué decirle a su amigo, tampoco le gustaba la idea de la mentira, pero estaba seguro de que si los amigos de Leonardo se daban cuenta de la verdad no serían tan duros con él.

—La cosa es que no quiero quedar como un mentiroso —continuó Leonardo—, y las cosas se pueden poner feas cuando empiecen a interrogarla, que te aseguro que es lo primero que van a hacer en cuanto la vean… y lo peor de todo es que Valeria, la prima de Carlos y compañera de trabajo de Ana podría enterarse de la verdad y eso le traería problemas con su jefa.

Se pasó la mano por la cara, no le había dicho a nadie lo que en realidad estaba pasando por su mente porque no quería que Ana se enterara de cuánto le había afectado la mentira, pero ahora que se lo había dicho a Marcelo se sentía mejor, hablar con él lo estaba ayudando.

—¿Sientes algo por Ana?

La pregunta de Marcelo era muy simple en realidad, pero demasiado difícil de responder para él.

¿Sentía algo por Ana?

No lo sabía, pero definitivamente se sentía muy atraído por ella y después de lo que casi pasó entre ellos hacía un rato no podía dejar de imaginarse acariciando su piel.

—No lo sé… pero no debo olvidar que para ella todo esto no es más que un negocio.

CAPÍTULO XIII

Ana pensó que Leonardo no había exagerado nada cuando la previno de que sus amigos la iban a interrogar intensamente cuando la conocieran.

No habían dejado ni un tema de lado, le preguntaron sobre Jiquilpan, su ciudad natal, sobre su familia, sus amigos, su trabajo y por supuesto sobre su relación con Leonardo.

No podía negar que se había puesto bastante nerviosa a pesar de que en todo momento tuvo cerca a Leonardo tomándola de la mano y de que a él también estaban interrogándolo. Al parecer había pasado la primera prueba, porque después de contestar pacientemente cada una de las preguntas, todos la trataban con bastante familiaridad.

Leonardo estaba sorprendido de que las cosas hubieran salido tan bien, había estado temeroso de que se dieran cuenta de que les había mentido; a pesar de todo no bajó la guardia, nadie debía enterarse de la verdad si él podía evitarlo.

También le sorprendió lo bien que Ana se había acoplado a todos a pesar de que las personalidades eran tan variopintas, en la carrera de comunicación se podía encontrar de todo tipo de temperamentos que no precisamente eran a lo que ella estaba acostumbrada.

—¿Reservaste la habitación en el hotel que te recomendé? —le preguntó Carlos a Leonardo después de palmearle la espalda. Ana se tensionó al escucharlo, no habían hablado sobre quedarse a dormir en Cuernavaca—, conseguí un buen descuento para todos.

—No nos vamos a quedar esta vez, nos regresamos en un rato —le respondió Leonardo mirando a Ana a los ojos para tratar de tranquilizarla, debió haberlo hablado con ella por si le hacían preguntas al respecto, pero lo había olvidado.

—¿Estás seguro? —Carlos se acercó al oído de Leonardo para que nadie los escuchara, ni siquiera Ana—. Si es un tema de dinero te podrías quedar en la casa, nada más no lo comentes para que nadie piense que tengo favoritismos.

La casa era bastante grande pero sólo tenía tres habitaciones y ellos eran más de veinticinco, por lo que cada vez que se organizaba una comida buscaban un hotel cercano para que todos se quedaran a pasar la noche evitando así manejar en carretera tan tarde y con unas cuantas o con muchas copas encima.

—De verdad te lo agradezco mucho, pero no te preocupes por nosotros —le respondió muy agradecido Leonardo en el mismo tono para que nadie lo escuchara tampoco—, Ana tiene un compromiso mañana muy temprano y por eso nos tenemos que ir hoy.

A Carlos no le gustó la idea porque la comida la habían organizado precisamente para poder conocer a Ana y le hubiera encantado de que desayunaran todos juntos al día siguiente, pero se encogió de hombros, por lo menos habían estado ahí durante la comida y habían podido conocerla mejor.

—¿Qué tal entonces si nos tomamos las fotos oficiales ahorita que la mayoría estamos sobrios y que aún no han empujado a nadie a la alberca? —Carlos palmeó a su amigo en el hombro terminando así la conversación, Leonardo era siempre quien tomaba las fotos oficiales, a

pesar de que la mayoría sabían bastante de fotografía.

Se divirtieron mucho tomando las fotos y desde ese momento hasta la hora del postre Leonardo no soltó la cámara, Ana pudo ver cómo lo disfrutaba muchísimo.

Cuando terminó el interrogatorio y la sesión de fotos, la conversación giró mayoritariamente en torno a las andadas de todos mientras estuvieron en la universidad; sorprendentemente Ana no se aburrió para nada, cada uno de los recuerdos iba acompañado de la explicación suficiente para que entendiera lo que había pasado, por lo que a Ana ya le dolía el estómago de tanto reír.

Para Leonardo fue un poco bochornoso que sus amigos buscaran resaltar todas sus historias chuscas buscando avergonzarlo frente a su novia, pero a todos les había tocado en algún momento que les hicieran lo mismo al traer alguien nuevo al grupo, así que solo se resignó.

Para Ana resultó ser una buena manera de conocer algo más del pasado de Leonardo, nunca hubiera pensado que fuera tan buen amigo, tan generoso con los demás y tan perseverante… debió haberlo sospechado cuando Sara le contó, el día que cenaron pizzas juntos, sobre la dedicación con la que cuidó a su mamá cuando estuvo enferma de cáncer y la manera es que trabajó para que nada les faltara al mismo tiempo que cuidaba de ella e iba a la universidad.

Se sintió culpable de haberlo etiquetado como despreocupado, indiferente y perezoso, no cabía duda de que había mucho más de lo que se veía de las personas bajo la imagen con la que se presentaban al mundo.

—¿Reservaron la habitación en el hotel que les recomendó Carlos? —le preguntó Daniela, la esposa de Carlos, sólo para hacer plática. Había sido con la que Ana se había identificado más, sobre todo por ser abogada igual que ella.

A Ana le hubiera gustado quedarse y conocer más a los amigos de Leonardo, pero parecía que él no pensaba lo mismo.

—No vamos a quedarnos Dany —respondió Leonardo por ella tratando de evitar el que Ana se sintiera incómoda—, ya lo platiqué con Carlos, Ana tiene mañana temprano un compromiso y vamos a regresar hoy mismo.

—Pues qué lástima, vamos a tener que organizar otra comida en la que sí puedas quedarte Ana, para que podamos conocerte mejor.

—Por supuesto, ya tendremos otra oportunidad para conocernos mejor.

Ana se sentía un poco desconcertada, era evidente que Leonardo se quedaba a dormir cada vez que organizaban una comida en ese lugar y no le gustó la idea de que él tuviera que sacrificarse y regresarse a la Ciudad solo por haberla llevado, así que cuando se quedaron solos junto a la alberca aprovecho para disculparse con él.

—Siento mucho que por mi culpa no puedas quedarte más tiempo con tus amigos, sé lo importante que son para ti.

Leonardo la tomó de la cara con ambas manos y después de mirarla a los ojos por un momento le dio un breve beso en los labios, estaba muy conmovido por el interés de Ana.

—Gracias por preocuparte por mí, pero no pasa nada si no nos quedamos esta vez, ya habrá otras oportunidades, no me gustaría que te sintieras incómoda.

Ana sintió que esta caricia era diferente a todas las anteriores, no solo por la penetrante mirada de Leonardo, sino por la intensa emoción que reflejó al decir cada palabra, no sabía qué estaba pasando, solo sabía que esa emoción había sido intensa y muy real. Y ni siquiera se habían fijado si los estaban mirando.

Daniela se acercó a ellos para avisarles que los postres y el café estaban listos rompiendo el momento, cosa que Ana internamente agradeció porque por fin pudo respirar.

—Leonardo —Carlos se sentó en la silla junto a él—, no te he platicado del concurso de fotografía de la galería de mi prima en Querétaro, ¿te acuerdas de Aurora?

—No mucho, la verdad.

—Haces bien, lo cierto es que es la más grosera y antipática de mis primas. Ella abrió una galería especializada en pinturas renacentistas, pero el mercado está muy deprimido y decidió incursionar en el arte moderno y parece que piensa que la fotografía puede ser una buena fuente de ingresos para la galería…

Leonardo se enderezó en su silla interesado.

—¿Cómo se llama la galería?

—¿Cómo iba a ser?, Galería Aurora Rangel por supuesto, el ego de esa mujer es enorme.

No recordaba haber escuchado nunca el nombre de la galería, pero con este comentario recordó muy bien a la tal Aurora y no, Carlos no había exagerado con la descripción de lo desagradable que era.

—La cosa es que organizó un concurso en el que cualquiera puede participar; la idea es que entregues en electrónico tres fotografías, y los diez finalistas van a poder exponer dos de sus fotografías, ella las va a escoger por supuesto y se va a llevar una muy buena comisión por cada venta.

—Suena interesante…

—Claro que suena interesante, sobre todo porque el fotógrafo principal que va a exponer su obra es Theodore Alexander.

Leonardo alzó las cejas sorprendido, Theodore Alexander estaba considerado como uno de los tres mejores fotógrafos del momento.

—Aurora será muy desagradable, pero definitivamente sabe cómo hacer negocios en el mundo del arte —continuó Carlos—. Por eso quiero que participes, es una gran oportunidad para que la gente te conozca y por fin les hagan justicia a tus fotografías.

Leonardo no sabía qué decir, nunca hubiera pensado que Carlos lo tuviera en tan buena estima como fotógrafo…

—Piénsalo… y ahora me voy a organizar el torneo de voleibol.

Cuando salió del estupor del momento volteó a ver a Ana que lo miraba muy sonriente, estaba seguro de que había escuchado todo lo que le había dicho su amigo.

—Por favor dime que vas a mandar la foto del niño en el mercado, esa es mi favorita.

Leonardo solo sonrió, sintió que Ana confiaba en él y su talento y eso lo llevó a pensar por un momento que podía tener una oportunidad… exponer junto a Theodore Alexander sería

increíble, pero una duda que se apoderó de él lo inquietó…

¿Sería que de verdad tenía el talento necesario para participar en el concurso?

****

—Esto nada más no quiere arrancar.

Leonardo lo había intentado todo, pero nada había funcionado, el coche estaba muerto.

—¿Qué vamos a hacer?

Ana tenía frío y no había traído nada adicional para taparse, se suponía que en Cuernavaca siempre hacía calor.

Estaban afuera de una tienda de conveniencia en la que se habían detenido a comprar un café para Leonardo antes de tomar la carretera para regresar a la Ciudad de México.

—Me temo que vamos a tener que pedirle ayuda a Carlos. Él me había ofrecido que nos quedáramos con ellos si no habíamos reservado habitación de hotel… espero que no te importe este cambio de planes.

A Ana no le desagradaba la idea, tanto Carlos como Daniela le habían caído muy bien, no creía que quedarse en su casa fuera un mal plan.

Leonardo habló por teléfono con Carlos y él muy amable los fue a rescatar; ya recogerían el coche al día siguiente o verían qué hacer para resolver el problema, en ese momento todos estaban cansados y lo único que querían era dormir.

Cuando llegaron a la casa Daniela los recibió con pijamas, cepillos de dientes nuevos, toallas limpias y les enseñó la habitación en la que iban a dormir… juntos por supuesto… y que sólo tenía una cama…

—Ya saben dónde encontrarnos si necesitan algo —les dijo Daniela muy amable antes de dejarlos solos.

Se miraron a los ojos y soltaron la carcajada. Para Leonardo esto era lo que de acuerdo con la Ley de Murphy debía pasar y Ana solo pensaba que esto sería lo que en cualquier película o novela romántica digna de respeto pasaría si los protagonistas estaban en las mismas circunstancias que ellos.

—Bueno —tomó la delantera Ana con muy buen humor—, no nos queda más que dormir en la misma cama... a menos que quieras dormir en el suelo, claro… ¿qué lado prefieres?

—Me da lo mismo.

Leonardo estaba impresionado con lo bien que Ana estaba tomando las cosas, cuando se dio cuenta de lo que iba a pasar pensó que ella preferiría pasar la noche en el coche que quedarse en la misma cama que él.

Antes de que Leonardo saliera del baño Ana ya se había dormido, por lo que se deslizó dentro de las sábanas tratando de no despertarla.

Tenerla tan cerca y oler su perfume haría que la noche fuera larga… muy larga.

****

Ana se despertó sobresaltada al sentir el peso de un brazo rodeándole la cintura. Le tomó unos segundos recordar quién era y dónde estaba, pero sobre todo con quién estaba.

Con cuidado apartó el brazo de Leonardo que seguía profundamente dormido, no sabía qué hora era, pero aún no había amanecido.

Se levantó para ir al baño antes de regresar a la cama, seguía muy cansada, por lo que creía que no le iba a costar trabajo volverse a dormir.

A pesar del cuidado que tuvo al volver a acostarse, Leonardo se despertó con el movimiento de la cama.

—¿Estás bien? —le preguntó y se reacomodó al darse cuenta de que ocupaba más de la mitad del espacio.

—Sí, sólo fui al baño.

—Ya no te pude decir nada anoche porque caíste en brazos de Morfeo antes de lo que canta un gallo… en serio, muchas gracias por ayudarme a pensar que mis fotografías son lo suficientemente buenas para participar en el concurso, significó mucho para mí.

—Ya te había dicho que son muy buenas… no tienes nada que agradecerme.

Leonardo le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y la piel de Ana que rozó sin querer se erizó ante el contacto y él pudo notarlo, lo que lo sorprendió, nunca hubiera pensado que ella sería tan receptiva a su toque… pensó que podría acariciarla toda la noche si ella lo dejaba.

Para Ana también fue una sorpresa la necesidad que sintió de que Leonardo rozara con las palmas de sus manos o con cualquier parte de su cuerpo cada centímetro cuadrado de su piel… ésta era la primera vez que ella sentía tantas ganas de tocar y acariciar a alguien más.

No habían podido dejar de mirarse a los ojos ni un segundo y ninguno de los dos supo quién fue el primero en acercar sus labios a los labios del otro, pero ambos se besaron con la pasión que habían contenido durante todo el día, y para qué negarlo, durante varias semanas ya.

El roce de sus cuerpos prendió la flama que ninguno de los dos logró apagar hasta que se fusionaron como uno solo, mientras ambos se olvidaban de que hasta antes de aquel momento habían estado fingiendo.

CAPÍTULO XIV

Trató de no hacer ruido mientras se vestía para no despertar a Ana.

Se había levantado temprano para poder ir con Carlos a arreglar el problema del coche para que pudieran regresar sin más contratiempos a la ciudad. No había dormido mucho, pero no se sentía nada cansado, al contrario, parecía que lo hubieran enchufado en una fuente de energía hasta cargarlo al cien por ciento y sólo esperaba que con esa sobrecarga de energía no hiciera mucho ruido.

No podía sacar de su mente lo que había pasado entre ellos la noche anterior, había sido mágico, y no sólo porque tenía mucho tiempo sin que hubiera estado con una mujer, sino porque había sido ella, había sido Ana.

Ahora lo veía muy claro, estaba desarrollando unos sentimientos profundos por ella y quería que su relación fuera algo real, quería que dejaran de fingir, como lo habían hecho la madrugada anterior.

Antes de salir de la habitación se acercó a la cama para observarla, tenía el cabello revuelto y marcas de los pliegues de la funda de la almohada en la mejilla, estaba preciosa.

Con un dedo tembloroso le retiró un mechón de cabello de la frente rozándole la piel, lo que la despertó.

—Lo siento, no quería despertarte, vuelve a dormirte, yo voy por el coche.

Salió de la habitación apenado por haberla despertado, definitivamente tenían que hablar de lo que había pasado la noche anterior, pero ya tendrían tiempo, por el momento se encargaría de resolver el problema del coche.

Ana sintió que el corazón se le iba a salir del pecho cuando vio los grandes ojos de Leonardo observándola, había salido tan rápido de la habitación que no le había dado tiempo de decirle algo, ni siquiera le pudo reclamar por haberla despertado tan temprano.

Checó la hora en el móvil, no había dormido ni cuatro horas… los ojos se le cerraron e inmediatamente volvió a quedarse dormida.

Sólo pudo dormir una hora más antes de que el recuerdo de la noche anterior la asaltara en su totalidad… entró en pánico, ¿qué había hecho?

Definitivamente acostarse con Leonardo había sido un gran error; por mucho que a ella le hubiera gustado la experiencia y lo bien que él la había hecho sentir… el sexo solo iba a complicar las cosas entre ellos y eso no era lo que ella buscaba… y seguramente él tampoco… y se dio cuenta de que esto último era lo que en realidad le daba miedo… ¿y si Leonardo se arrepentía de lo que había pasado entre ellos?

Necesitaba hablar con él y disculparse antes de que las cosas se salieran de control.

Después de alistarse salió de su habitación y siguiendo el ruido y el olor a tocino llegó a la cocina, donde Daniela estaba preparando el desayuno.

—Buenos días —saludó con timidez.

—Buenos días, Ana, los chicos fueron a resolver el tema del coche de Leonardo y no deben tardar en regresar para desayunar. Lamento mucho que no pudieras llegar al compromiso que tenías hoy temprano.

A Ana ya se le había olvidado el pretexto que Leonardo había puesto para no quedarse en Cuernavaca, pero logró salvar la situación asegurándole a Daniela que lo había podido resolver la noche anterior.

Entre las dos terminaron de preparar el desayuno y se sentaron a tomar un café en la isla de la cocina mientras esperaban a que llegaran los chicos.

—Ya regresamos…

Carlos besó cariñosamente a su esposa y se sentó a su lado.

Leonardo hizo lo mismo con Ana, quien no pudo evitar sonrojarse. Sentía mucha vergüenza con él, aunque en realidad ella no podía decir que se arrepintiera de lo que había pasado, había sido un momento muy especial para ella y lo guardaría por siempre en su corazón, pero eso no significaba que no hubieran cometido un error.

—¿Dormiste bien? —la sonrisa de Leonardo la hizo sonrojar otra vez.

—Sí, muchas gracias, ¿qué pasó con el coche?

—La batería se murió —intervino Carlos mientras empezaba a desayunar con muchas ganas.

—Ya la cambiaron y estamos listos para irnos cuando tú quieras —Leonardo también empezó a desayunar y con un gesto invitó a Ana para que hiciera lo mismo.

Ana se sentía muy a gusto con los amigos de Leonardo, cosa que la tenía muy sorprendida, hubiera pensado que, si no tenía nada en común con él, por supuesto que tampoco tendría nada en común con sus amigos. Y sí, todos eran muy diferente a lo que estaba acostumbrada, pero no podía decir que le desagradaran, al contrario.

—Si ya no llegaron al compromiso que tenían, ¿por qué no se quedan a pasar el día con nosotros? —los invitó Daniela—, podríamos regresar después de comer.

A pesar de que a Leonardo le hubiera encantado quedarse, necesitaba hablar con Ana y definitivamente no podía hacerlo con sus amigos alrededor, así que después de agradecer la invitación se disculpó por no poder quedarse.

A Ana le pasaba lo mismo, en otras circunstancias le hubiera encantado conocer más a Daniela y a Carlos, pero sentía cierta urgencia por resolver el tema pendiente con Leonardo lo antes posible, de verdad necesitaba disculparse con él.

****

Eran casi las doce cuando tomaron la carretera de regreso. El ambiente se sentía bastante tenso dentro del coche y ninguno de los dos se atrevía a hablar primero.

—¿La pasaste bien con mis amigos? —Leonardo fue el primero en romper el silencio.

—Muy bien, todos me cayeron de maravilla…

—¿A pesar del interrogatorio?… me disculpo por eso.

—Tampoco fue para tanto…

Después de otro intervalo de silencio, Ana, como buena abogada, decidió que era momento de hacerle frente a la situación.

—Necesitamos hablar de lo que pasó ayer en la noche…

—Lo sé, es solo que no sabía por dónde empezar —Leonardo sonrió, tenía tantas cosas que decirle…

—Lamento mucho lo que sucedió, fue un error imperdonable de mi parte y entendería perfecto que estuvieras enojado conmigo.

Definitivamente eso no era lo que Leonardo pensaba que iba a escuchar y Ana estaba tan abochornada que no se dio cuenta de cómo él perdía la sonrisa.

—Creo que no debemos de darle más importancia de la que realmente tiene —continuó Ana, que, aunque había empezado a hablar de manera directa y asertiva, después de haber soltado la primera frase se había puesto nerviosa y estaba empezando a hablar sin pensar—; sí, cometimos un error, pero somos lo suficientemente maduros para poderlo dejar atrás y que no se afecte nuestra relación, ¿no crees?

Volteó a ver a Leonardo a la cara por primera vez desde que se habían subido al coche y por más que trató no logró descubrir lo que estaba pasando por su mente. Como él no respondió, ella siguió hablando sin poder parar.

—Digo, nos salimos de lo que debiera de ser un noviazgo ficticio, pero esto no debiera de perjudicar nuestro acuerdo, ¿no crees?... debemos ser capaces de regresar al punto en el que estábamos ayer por la tarde, no quiero que te arrepientas de lo que pasó o perjudicar tu economía, tú necesitas el dinero y yo aún necesito un novio…

Leonardo gruñó en respuesta y Ana lo tomó como un sí, así que siguió con su discurso.

—Yo sé que el sexo lo puede echar a perder todo, pero con nosotros eso no va a pasar ¿verdad? Digo, ninguno de los dos siente nada por el otro y lo que pasó se trató de algo casual, de algo sin importancia…

El ambiente se sentía más tenso si eso era posible y Ana pudo ver que el ceño de Leonardo estaba fruncido. ¿Estaba enojado con ella?, no estaba segura, pero esperaba que no que fuera eso, habían sido los dos los que se habían equivocado y no solo ella, pero seguramente podrían corregir el error, ¿no?

—La verdad es que ya no quiero darle más vueltas a este tema —ya no sabía qué más decir para tratar de arreglar las cosas y él nada más no la ayudaba manteniéndose en silencio—, podemos aceptar que cometimos un gran error y que somos lo suficientemente maduros para dejarlo de lado, ¿no crees?... no es como si tú y yo pudiéramos tener una relación de verdad, somos tan diferentes… mi familia seguramente al vernos no lo creería… —se rio nerviosa— ¿No te parecería ridículo pensar que tú y yo pudiéramos ser novios en la vida real?

Leonardo volvió a gruñir y Ana lo volvió a tomar como un sí, necesitaba parar de hablar porque todo esto la estaba matando.

No sabía si se sentía mejor o peor ahora que estaban dialogando. Que él estuviera de

acuerdo con que todo había sido un error sin importancia después de la manera en la que la había acariciado la noche anterior le estaba doliendo, y mucho.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron a la puerta de ambos departamentos y se despidieron con un simple y escueto “nos vemos luego” por parte de él.

****

—Pues claro que no te respondió nada Ana. Le dijiste una y otra vez que lo que pasó entre ustedes fue un error, algo sin importancia, y le diste a entender que no estaba a tu altura… prácticamente lo trataste como una mercancía por la que has estado pagando…

Cuando Sara se enteró de que su amiga y Leonardo habían pasado la noche juntos se había emocionado pensando que la relación entre ellos había pasado al siguiente nivel; estaba segura de que serían una pareja maravillosa, pero entonces Ana le contó lo que le había dicho a Leonardo cuando venían de regreso en el coche y no lo podía creer, estaba muy molesta por la falta de tacto de Ana.

—Pero eso no es lo que quise decir, y estoy segura de que él estaba de acuerdo con todo lo que le dije —con uno de los cojines de la sala en la cara gritó para tratar de sacar su frustración.

—¿Te dijo que estaba de acuerdo con lo que le dijiste?

—Por supuesto…

—Pero me dijiste que no había dicho nada…

—Bueno, no… pero gruñó y yo lo tomé como un sí.

—Ay Ana, creo que metiste la pata hasta el fondo con Leonardo; si de verdad no volvió a dirigirte la palabra en más de una hora estando los dos encerrados en el coche… eso sólo quiere decir que estaba muy sentido.

—Pero yo no…

Ana dejó de tratar de justificarse.

Mientras le había contado a Sara todo lo que había pasado entre Leonardo y ella, y en especial la plática que habían tenido en el coche, se había dado cuenta de que había hablado sin pensar otra vez y había terminado diciendo cosas que no pensaba realmente.

Era ahora cuando se estaba dando cuenta de que en lugar de arreglar las cosas las había echado a perder y a lo grande…

—Tengo que hablar con él… tengo que arreglarlo.

Se levantó muy decidida a ir al departamento del vecino para aclarar las cosas en ese momento, no quería que pasara más tiempo sin pedirle disculpas… otra vez, pero Sara la detuvo.

—Dale tiempo, lo conozco muy bien y a él hay que darle espacio para que digiera las cosas y se calme antes de que lo busques para aclarar nada.

—Pero me muero de vergüenza, no quiero que piense mal de mí… de verdad que no quise decir que él fuera una mercancía o que no estuviera a mi altura, y menos que no fuera importante… él me ha ayudado muchísimo y le estoy muy agradecida por todo…

—Guarda tus justificaciones para la persona correcta, que no soy yo —la interrumpió Sara un poco cortante, aún estaba molesta.

—¿Cuánto tiempo crees que deba de esperar antes de hablar con él?

—No lo sé…

Ana se sentía fatal, no solo había hecho sentir mal a Leonardo, Sara estaba claramente enojada con ella y este tipo de cosas le causaban mucho estrés, sobre todo cuando se trataba de personas tan cercanas a ella.

—De verdad lo siento mucho Sara, sé que es tu mejor amigo y no te gusta que lo lastimen, pero de verdad te juro que no lo hice con esa intención, al contrario, trataba de ayudarlo para que no fuera él quien tuviera que decirme que todo se había tratado de un error… traté de adelantarme a lo que él me iba a decir…

—¿Y si para él no fue un error? ¿Te lo has preguntado?

Ana se quedó en silencio, ¿podría ser que de verdad Leonardo no hubiera visto lo que pasó entre ellos como un error?, ¿y si los sentimientos de Leonardo habían cambiado tanto como los de ella?

—¿Sabes? —Sara la sacó de sus pensamientos—, creí que de verdad te gustaba, hasta llegué a pensar que sentías algo por él.

—Y me gusta Sara. Me gusta mucho y parece que cada vez me gusta más… y creo que ese es el problema, que tengo miedo de que él no sienta lo mismo que yo.

—Ya. Y por eso decidiste adelantártele y ser tú la que le dijera que todo fue un error sin importancia, sin darle oportunidad de nada más…

****

—A ti te pasó algo y no me lo vas a negar otra vez, este mal humor no es nada típico en ti. Y, por cierto, los sartenes no tienen la culpa.

Marcelo ya llevaba más de media hora viendo y oyendo cómo su compañero de departamento azotaba las cosas, hablaba con él mismo y se gruñía como respuesta.

—No quiero hablar de lo que me pasa… me lo merezco por idiota y no tengo nada más que decir.

—¿Tan mal te fue en Cuernavaca?

—Yo pensaba que no, de hecho, me la pasé de maravilla, pensé que había conectado con Ana de una manera increíble… pero parece que ella no piensa lo mismo…

Seguía dando vueltas por la sala, no podía quedarse quieto en un mismo lugar, estaba enojado… más bien estaba indignado.

Marcelo se sentó en uno de los sillones de la sala dispuesto a escuchar a su amigo y esperó pacientemente a que él quisiera seguir hablando. No tuvo que esperar mucho, una vez que Leonardo había dicho la primara palabra, las demás le salieron con toda facilidad.

—Resulta que soy poco más que un prostituto barato… no soy más que un error sin

importancia en la vida de una princesita presuntuosa…

Marcelo levantó las cejas divertido.

—¿Prostituto barato?

—Como lo oyes… pasamos la noche juntos en casa de Carlos y yo tontamente pensé que las cosas habían cambiado para bien entre nosotros, que habíamos alcanzado un nivel de conexión envidiable, y al día siguiente me sale con que todo fue un error, algo sin importancia…

»Y lo peor es que no quiere que esto afecte nuestra relación porque eso podría perjudicar mi economía… lo oíste bien, no quiere afectar mi economía… como verás, ahora resulta que no soy más que un prostituto barato.

—Yo no creo que Ana haya querido decir eso… lo que creo es que tu orgullo está dolido porque pasar la noche con ella para ti significó algo muy importante y piensas que para ella no significó nada, ¿me equivoco?

Leonardo por fin dejó de dar vueltas como león enjaulado y se sentó junto a Marcelo en el sillón mirándolo con recelo; su comentario había dado en el clavo, sentía que su orgullo estaba dolido, pero también tenía un cúmulo de sentimientos dentro del pecho que no podía identificar y que lo hacían sentirse herido más allá del orgullo.

—No me mires de esa manera —continuó Marcelo, sabía que su amigo no estaba enojado con él en realidad, pero al parecer con su comentario le había tocado algún nervio, lo que quería decir que no estaba tan equivocado—, creo que lo mejor es que hables con ella para que aclaren las cosas en lugar de que estés sacando tantas conclusiones. Estás tratando de traducir lo que te dijo en lo que tú creíste o quisiste escuchar. Estoy seguro de que las cosas se pueden arreglar si las hablan.

—Tal vez luego…

Leonardo se hundió en el sillón y recargando la cabeza en el respaldo cerró los ojos buscando aclarar sus ideas.

Los comentarios de Marcelo siempre tenían el extraño poder de hacerlo recapacitar y ver las cosas desde otra perspectiva… ¿y si él tenía razón y estaba interpretando las cosas de manera equivocada? ¿Podía ser que Ana hubiera querido decir otra cosa y que a él le hubiera dolido tanto que lo malinterpretó todo? No sería la primera vez que ella no lograba decir lo que realmente pensaba cuando estaba nerviosa… ya le había tocado que hablara sin parar y sin pensar… pero esta vez lo había hecho sentir muy mal.

—No lo dejes pasar Leo, los malentendidos pueden ser como un cáncer para las relaciones cuando no se aclaran en el momento correcto. Piénsalo bien.

—Está bien, lo voy a pensar...

CAPÍTULO XV

—Ya me tengo que ir… me escribió Roberto para que nos veamos en veinte minutos…

Sara entraba y salía de su habitación buscando los zapatos y la bolsa, la llamada sorpresiva de Roberto la había hecho correr para poder estar lista a tiempo.

Ana trataba de ayudarla, pero más bien parecía que le estaba estorbando, así que se sentó en el sillón de la sala dispuesta a leer toda la tarde.

—Esta es la tercera cita, parece que las cosas van bien entre ustedes… ¿van a verse en la cafetería de Marcelo?

—Sí, esta es a penas la tercera cita... parece que las cosas no han ido todo lo rápido que a mí me gustaría, pero debo de entender que su trabajo en este momento es muy demandante y lo tiene muy ocupado… pero creo que de verdad esta vez sí encontré al amor de mi vida Ana.

—¿Estás segura de que no está casado?, eso de que no puede verte porque tiene mucho trabajo podría sonar a pretexto…

—¿Cómo crees Ana? Aunque la verdad es que yo llegué a pensar lo mismo después de la cita con Eduardo, ¿te acuerdas de él?, el que estaba casado y su esposa me contestó el teléfono —Ana asintió, cómo olvidar al tal Eduardo—. La cosa es que revisé a fondo sus redes sociales y no encontré nada raro, y de las tres citas que hemos planeado solo una fue entre semana, así que no, no está casado.

Sara se metió por última vez a su habitación a buscar un suéter cuando sonó el timbre.

—Debe de ser Leonardo —le gritó a Ana para que la oyera desde la sala—, quedé en que le íbamos a prestar la lavadora en lo que arreglan la suya.

Ana se sonrojó, tenía una semana de no ver o hablar con su novio ficticio y conforme había ido pasando el tiempo, más apenada se había ido sintiendo con él por todo lo que se fue acordando que le había dicho cuando iban de regreso de Cuernavaca… y ahora estaba frente a su puerta dispuesto a lavar su ropa sin que ella estuviera lista para verlo… debió de haber imaginado que esto iba a pasar cuando a mediados de semana su amiga le contó que a los vecinos se les había descompuesto la lavadora.

Sara salió de su habitación antes de que Ana pudiera levantarse a abrir la puerta y recibió a Leonardo con un abrazo, dándole tiempo a su amiga de recuperar su color original y de recomponerse ante la sorpresa.

—Yo tengo que salir de última hora Leo, pero Ana no tiene plan, así que se va a quedar aquí toda la tarde, por si necesitas algo para poder lavar la ropa —después de decir esto Sara lo empujó dentro del departamento y cerró la puerta antes de que pudiera él arrepentirse, su amiga había salido del departamento sin despedirse.

Por fin Ana lo vio entrar cargando su canasta de ropa sucia y ostensiblemente confundido, seguramente porque pensó que pasaría la tarde con su amiga y en su lugar iba a quedarse con ella... iba a matar a Sara cuando regresara de su cita, debió de avisarle para que por lo menos se arreglara un poco.

—Hola —la saludó él; era notorio que se sentía incómodo y parecía que no se animaba a avanzar más dentro del departamento.

—Hola Leo, me da mucho gusto verte.

Leonardo solo asintió, con la rapidez con la que todo había pasado desde que Sara abrió la puerta se había quedado con la mente en blanco.

Ana decidió que iba a aprovechar el momento para aclarar las cosas con él, sería una tarde muy larga si no lograban limar las asperezas y ya no quería que ninguno de los dos se sintiera incómodo en presencia del otro.

—¿Podríamos hablar antes de que empieces a lavar la ropa?

Leonardo asintió otra vez y después de dejar la canasta cerca de la entrada de la cocina se sentó en el sillón frente a ella para escucharla; también había tenido tiempo para analizar mejor lo que había pasado en el viaje de regreso de Cuernavaca y quería aclarar y arreglar las cosas entre ellos, aunque no había encontrado el momento idóneo para hacerlo.

—Me siento muy mal por el malentendido que tuvimos el sábado pasado. Me puse tan nerviosa que hablé sin parar y no me fijé realmente en que estaba diciendo. Te dije cosas que en realidad no pienso ni siento… creo que pude haber hecho que te sintieras mal sin que esa hubiera sido mi intención y me quiero disculpar por ello.

—Bueno, la culpa no fue solo tuya; yo tampoco hice nada para detenerte, con todo y que noté que estabas muy nerviosa y que ya me había dado cuenta de que cuando eso pasa hablas sin parar y creo que hasta sin pensar.

Ana sonrió por primera vez, agradecida de que él estuviera ayudando a que las cosas se resolvieran. Esto era lo que más le gustaba de Leonardo, nuca atacaba para defenderse ni buscaba hacerse la víctima y tenía la suficiente humildad para aceptar que tal vez él también había hecho algo para que las cosas salieran tan mal.

—Lo que quise decir es que el sexo siempre complica las cosas y que a pesar de que pasamos una noche maravillosa, creo que incluirlo en nuestra relación en este momento podría terminar provocando un problema entre nosotros…

»Y es que nuestra relación es tan nueva… a pesar de que llevamos ya varios años de conocernos… pero ya sabes, ni siquiera nos hablábamos en realidad… y aunque sea ficticia… pero para efectos prácticos es nueva y no quiero que se eche a perder… y otra vez estoy hablando sin parar...

Leonardo sonrió con ternura ante lo nerviosa que estaba Ana.

El escuchar de sus labios que pensaba que la noche pasaron juntos había sido maravillosa cambiaba diametralmente las cosas porque lo había hecho sentir especial y lo había ayudado a dejar de sentirse como el prostituto barato que había pensado que era para ella.

—Estoy de acuerdo contigo, tuve tiempo para pensar en esto y creo que nos apresuramos con esto de la intimidad. Como bien dices, el sexo regularmente complica las cosas, aunque yo no creo que lo que pasó entre nosotros haya sido un error, simplemente el momento tal vez no fue el correcto porque tú no estabas lista.

—Exacto, ese es el verdadero punto… creo que no estábamos listos.

Ana estaba encantada con lo que él le había dicho y con la forma en la que lo había manejado y había decidido obviar que él le había dicho que ella era la que no estaba lista.

—¿Amigos?

Ana estrechó la mano que Leonardo tenía estirada con una sonrisa, sentía como si un gran peso se le hubiera quitado de encima y le encantaba la idea de que la incomodidad que ambos habían sentido hacía menos de cinco minutos hubiera desaparecido.

—Amigos… ¿De verdad vas a lavar todo eso hoy? —la cesta de ropa era enorme y estaba a rebosar.

—Debo hacerlo, no tengo nada limpio además de lo que traigo puesto.

****

Ya había oscurecido cuando Sara abrió nerviosa la puerta del departamento, sabía que se había huido antes de que Ana pudiera escaparse de la situación o de que Leonardo se negara a entrar… era la única forma de que se sentaran a hablar y ella necesitaba que arreglaran sus problemas o la volverían loca. Se trataba de sus mejores amigos y la tensión entre ellos la estaba afectando también a ella.

Se relajó al escuchar las risas de ambos, nada como una tarde de lavar la ropa encerrados en un pequeño departamento para poder arreglar cualquier malentendido.

—Parece que ya son amigos otra vez… ¿o novios ficticios más bien?

Leonardo solo sonrió, no podía negar que se sentía bien por haber resuelto las cosas, pero Ana recordó que el siguiente viernes Estela le había pedido que lo llevara al bar y se puso nerviosa, no quería que pensara que se había disculpado solo porque necesitaba que la acompañara… lo vio a los ojos y por el gesto Leonardo entendió lo que estaba pasando por su mente.

—Necesitas que te acompañe al bar ¿no?

Ana solo asintió y le sonrió con las mejillas sonrojadas otra vez, estaba contenta de que todo estuviera tan bien entre ellos.

—¿Me harías ese favor?

—Por supuesto, ¿mismo lugar, misma hora?

Ana asintió y Sara solo sonrió contenta de que las cosas entre sus mejores amigos se hubieran resuelto.

—Señoritas, me despido; muchas gracias por prestarme su lavadora, seguramente mañana Marcelo también necesitará pedirles ayuda. Aunque los domingos son días fuertes para la cafetería, tampoco tiene nada limpio que ponerse y mi ropa no le queda.

Solo Ana se dio cuenta del gesto de Sara, era evidente que no le había gustado la idea de ver a Marcelo en su departamento al día siguiente y esperó a que Leonardo se fuera para poder preguntarle.

—¿Qué pasa con Marcelo?

Sara resopló y se sentó junto a Ana tras robarle su copa de vino, le dio un trago largo y la regresó a la mesa de centro.

—No sabes cuánto me molesta que se meta en mi vida… ya te había dicho que no le gusta nada Roberto, pero hoy se lo dejó muy claro.

—¿Se lo dijo?

—No, claro que no… nunca le ha dirigido la palabra a ninguna de mis citas, pero se le quedaba viendo con esa mirada que dice que le gustaría que cayeras muerto tras una serie de torturas dolorosas…

Ana se rio, su amiga podía ser muy dramática.

—¿No será que estás exagerando?

—Ojalá estuviera exagerando. Necesito dejar de verme con Roberto en la cafetería de Marcelo… voy a cumplir con lo que me prometí a mí misma de tener cinco citas ahí y a partir de ese momento no voy a llevarlo a ese lugar otra vez.

—Ya te de dicho que seguramente Marcelo solo está preocupado por ti y la verdad es que yo le agradezco que te cuide tanto.

—Pues sí, pero te digo que no sé qué le pasa con Roberto, parece que lo odia a pesar de que ni siquiera lo conoce… nunca había pasado con ninguno de los otros… ¿por qué tenía que ser precisamente con él?

—¿Tal vez porque las cosas con los otros no se habían vuelto tan serias como con Roberto?, es la primera vez que sales con éxito tres veces con el mismo tipo desde que usas las aplicaciones para ligar, eso puede tener algo que ver.

—Pues no lo sé… pero sea como sea no voy a permitir que Marcelo actúe como si fuera mi papá, no necesito su aprobación.

—De verdad Sara, ¿no será que está celoso?

A Sara le dio un ataque de risa al pensar en esa loca idea, se llevó lo que quedaba de la copa de vino a su habitación y empezó a prepararse para irse a dormir.

Qué ideas se le ocurrían a Ana, Marcelo celoso…

CAPÍTULO XVI

Desde la mesa que siempre les asignaban en el bar Ana estaba observando a Leonardo mientras jugaba billar con los compañeros del despacho, le parecía increíble lo bien que se había adaptado a todo el grupo.

En cierto momento él volteó a verla y sus miradas se engancharon, él le sonrió y ella no pudo más que sonreírle de regreso. ¿Desde cuándo estaba tan guapo?, a ella nunca le había gustado antes, ¿habría cambiado algo en su arreglo personal?, no había logrado identificar algo específico, pero estaba segura de que algo debía de haber cambiado.

—¿Vigilando a tu novio? —le preguntó de manera venenosa Fabiola, no la había sentido cuando se sentó junto a ella e imaginó que Valeria estaría cerca—. Sabes que el mirarlo todo el tiempo no hará que se quede contigo para siempre, ¿verdad?, ¿tienes miedo de que te deje, o qué?

Lo dicho, detrás de una debía de venir la otra, Valeria también se acercó y se sentó al otro lado de Fabiola.

Ana no supo qué contestar y simplemente le sonrió en respuesta pensando en que la gente tóxica como Fabiola era la que precisamente te hacía dudar de ti misma, menos mal que no eran amigas y no tenía que tragarse su veneno de manera regular.

Aunque lo cierto era que sí sentía mucha inseguridad de su situación con Leonardo, en la última media hora se había dado cuenta de que sus sentimientos por él habían cambiado radicalmente y no sabía a ciencia cierta qué tan profundo era lo que ahora sentía por él.

Agradeció que Estela se levantara y chocara repetidamente su copa con un tenedor para llamar la atención de todos los que estaban sentados a la mesa, los que estaban jugando billar o platicando junto a la barra regresaron a la mesa para escuchar lo que Estela iba a decir.

—Me da mucho gusto ver que estamos todos juntos —observó Estela mirando a Pedro, su socio, que asistía solo en contadas ocasiones a las reuniones de los viernes últimos de mes —. Sé que faltan algunos, pero quiero aprovechar este momento para hacer algunos anuncios… ya el lunes le pasarán el chisme a los que no pudieron venir.

La mesa cayó en un completo silencio y todos le pusieron atención a Estela que empezó hablándoles sobre un bono nuevo que se les iba a dar a los colaboradores que hubieran cumplido con el cien por ciento de sus objetivos anuales. La idea fue aplaudida por todos por supuesto.

—Y ahora les quiero compartir una muy buena noticia —continuó Estela después de que pasara la algarabía de la noticia del bono—. Pedro y yo hemos decidido que una de nuestras asociadas junior está lista para encargarse de los retos adicionales que tiene el convertirse en asociada senior en nuestro despacho… es por esto por lo que queremos felicitar a Ana Esquivel porque a partir del próximo lunes será nuestra nueva asociada senior.

Todos aplaudieron la noticia, en general sabían que Ana se merecía el ascenso y era algo que ya se esperaba. Solo Fabiola y Valeria se voltearon a ver y se hicieron una mueca de disgusto que creyeron que nadie había visto, pero no se le había escapado nada a Leonardo, que

con esto había terminado de constatar que ese par no querían a Ana para nada.

—Estoy muy orgulloso de ti, no hay nadie que se merezca más esto que tú —le susurró al oído cuando la levantó de su silla y la abrazó con fuerza, sabía todo lo que ella había trabajado para llegar a ese punto y se merecía que por fin se lo hubieran reconocido.

—Muchas gracias, Leo —le respondió Ana sin soltarse del todo de su abrazo y mirándolo intensamente a los ojos, de verdad parecía estar orgulloso de ella como le había dicho, cosa que la reconfortó.

Estela reclamó su turno para abrazarla y felicitarla seguida por la mayoría de los asistentes de esa noche, incluyendo a Pedro.

Las únicas que no se acercaron para nada y más bien se alejaron para hablar molestas entre ellas fueron Fabiola y Valeria; pero a Ana no le incomodó su reacción en lo más mínimo, no hubiera esperado otra cosa de ellas… es más, prefería que no se acercaran a abrazarla hipócritamente.

Estaba feliz, aunque Estela ya le había dicho que quería promoverla, saber que Pedro había estado de acuerdo y que ya era un hecho que a partir del lunes sería una asociada senior la tenía extasiada, no podía esperar a contarle la buena noticia tanto a su familia como a Sara, así que se disculpó con todos y salió del bar para poder llamarles, aún no era tan tarde como para dejarlo para el día siguiente.

Cuando regresó a la mesa Leonardo estaba jugando billar otra vez y Estela la llamó para que se sentara junto a ella.

—¿Contenta?

—Feliz, Estela, muchas gracias por la promoción, te prometo que no te vas a arrepentir…

—Sé que no me voy a arrepentir, tanto Pedro como yo sabemos que vas a hacer lo necesario para estar a la altura.

Ana asintió, por supuesto que haría lo que hiciera falta para estar a la altura de lo que se esperaba de ella. Ya no había podido agradecerle a Pedro, que desapareció en cuanto revelaron la noticia, pero el lunes lo iría a buscar a su oficina para darle las gracias por depositar su confianza en ella.

—¿Qué te dijo Leo?, seguro que está encantado con la noticia.

Ana volteó instintivamente a ver a Leonardo, seguía conmovida por las palabras que le había dicho al oído mientras la abrazaba.

—Me dijo que está muy orgulloso de mí, que me lo merezco… —se le cortó la voz con la emoción del momento.

—Y tiene toda la razón, Ana, tienes toda mi confianza en tus manos…

Ana sintió que el estómago se le contraía.

Ahí estaba Estela diciéndole que tenía toda su confianza en sus manos otra vez y ella no podía dejar de pensar que le estaba mintiendo… volteó a ver a Leonardo otra vez y una idea salida de algún lado cruzó por su mente… ¿y si su relación dejaba de ser una mentira y se convertían en una pareja de vedad?

—Parece que una felicitación sería lo más indicado en este momento.

La voz sarcástica de Fabiola la sacó de sus pensamientos. Supo que sólo se había acercado porque estaba con Estela, así que le estrechó la mano esperando que ahí terminara todo contacto.

—Felicidades Ana —le soltó a la distancia Valeria y Ana agradeció que no buscara ningún contacto físico con ella.

—Muchas gracias a las dos —les respondió Ana de manera diplomática.

Estela se cambió de lugar y ambas mujeres se sentaron junto a Ana, que, aunque no estaba completamente a gusto de tenerlas a su lado tenía experiencia manejando las situaciones incómodas con ellas y no les tenía miedo.

Al terminar la partida de billar ya no pudieron convencer a Leonardo de seguir jugando y regresó a sentarse junto a Ana, se había dado cuenta de quiénes se habían sentado junto a ella y prefirió ir en su rescate.

—¿Qué tal estuvo la partida? —le preguntó Ana en cuanto se sentó junto a ella y él la tomó de la mano para darle un beso en la muñeca.

—Perdimos como siempre… voy a tener que empezar a tomármelo con más seriedad y practicar. No entiendo por qué insisten en invitarme a jugar cada vez que venimos si soy malísimo y siempre pierdo.

Ana respingó al sentir frío en el costado y al tocarse se dio cuenta de que su blusa estaba empapada.

—Lo siento muchísimo —Fabiola se había levantado con la copa vacía en la mano y una chispa de diversión en los ojos, se notaba que no lo sentía nada y Ana pensó que le había tirado la copa encima a propósito.

Leonardo trató de ayudarla a secar la blusa con algunas servilletas que había sobre la mesa, pero no eran suficientes para arreglar el desperfecto.

De haber sabido que Fabiola sería capaz de tirarle una copa de vino tinto en su blusa de seda favorita se hubiera puesto otra cosa, pero ahora quería ver si podía salvarla porque era un regalo que le había hecho su hermana menor con su primer sueldo… menos mal que no era blanca, tal vez podría lavar la mancha antes de que fuera permanente.

—Voy al baño a ver si puedo salvar mi blusa.

—Alguien me dijo que el agua mineral era buena para ese tipo de manchas, si necesitas algo me avisas.

Leonardo le pasó una botella de agua mineral que acababa de traer el mesero; creía que había sido Daniela, la esposa de Carlos quien lo había dicho en alguna ocasión, pero no era importante de dónde lo había sacado, lo importante era que esperaba que funcionara.

—Gracias.

****

No había logrado que la mancha de vino saliera del todo, pero creía que si al llegar a casa la

ponía a remojar y usaba aquel producto que le recomendó su mamá su blusa podría quedar perfecta.

Ya había pasado mucho tiempo dentro del baño tratando se secar el desperfecto, por lo que decidió salir a pesar de sentirse incómoda con la ropa húmeda y sobre todo fría.

No estaba preparada para la escena que se encontró al salir del baño. Leonardo estaba besando con pasión a Fabiola, quien con sus manos ávidas le estaba recorriendo todo el cuerpo.

Ana sintió que una carga muy pesada caía en su estómago y la dejaba paralizada frente a ellos sin poder apartar la mirada, como si fuera una polilla atraída irremediablemente hacia a la luz; se le secó la boca y no pudo emitir palabra alguna.

Después de lo que le parecieron horas, y que en realidad solo habían sido segundos, ellos se separaron y Leonardo se dio cuenta de que ella estaba ahí.

Ana no supo qué hacer, era demasiado tarde para que no la vieran, por lo que lo único que pudo hacer fue salir corriendo, lo que no le permitió ver el brillo de satisfacción en los ojos de Fabiola al verla tan contrariada.

Cuando llegó a la puerta del bar tenía los ojos anegados de lágrimas muy amargas, no podía creer lo que había visto y solo quería regresar a su casa, encerrarse en su habitación y no volver a salir de la cama nunca más para no tener que volver a ver a Leonardo.

Tantas cosas pasaron por su mente que ya no sabía ni qué pensar, se dijo que ella no debía sentirse de esta manera, como si Leonardo la hubiera traicionado vilmente, no debería de dolerle el corazón ni el alma, él no era su novio de verdad, no le debía ninguna lealtad, era libre para hacer lo que quisiera con su vida porque ella no era nadie para él, solo le pagaba una buena cantidad de dinero para que se hiciera pasar por su novio, para que fingiera quererla…

¿Pero por qué tenía que haberse enredado precisamente con Fabiola?

Sabía que tal vez lo mejor sería regresar dentro del bar y plantarle cara a la situación, confrontarlos y terminar su relación ficticia con él ahí mismo, pero no podía. Sentía que la cara le ardía por la humillación, ¿cómo podría mirar a Fabiola a los ojos ahora?, seguramente ella se regodearía por haber conseguido quitarle el novio enfrente de todos los compañeros de la oficina.

Leonardo la alcanzó cuando ya estaba pidiendo un Uber para irse a casa

—Ana, necesitamos hablar… las cosas no son lo que parecen…

Ana no supo qué fue lo que la enfureció más, si la supuesta urgencia en el tono de voz de Leonardo como si de verdad hubiera algo que aclarar, el que pensara que era una tonta al decirle la trillada frase de que las cosas no eran lo que parecían cuando todo había sido evidente, o el que tratara de tomarla de la mano, con esa mano con la que seguramente había estado acariciando a su acérrima enemiga.

—¿Las cosas no son lo que parecen?, ¿crees que soy idiota?, ¿no te estabas besando con Fabiola?

—No, yo no me estaba besando con Fabiola —le dijo con energía y los ojos de Ana se llenaron de furia y lágrimas que empezaron a caer sin control y que ella se limpió de un manotazo—. Era ella la que me estaba besando a mí, que no es lo mismo… Ana escúchame por favor.

Leonardo sintió el momento en el que ella se había cerrado a escuchar cualquier explicación que él le pudiera dar, no podía creer que esto le estuviera pasando a él, ¿cómo no se había imaginado que el que esa mujer se le hubiera acercado cuando esperaba a que Ana saliera del baño era una mala señal?

No podía dejar que las cosas se quedaran así, necesitaba explicarle a Ana lo que había pasado, no podía permitir que ella pensara que la había traicionado.

—Te juro que no fui yo el que la besó, por favor, Ana, vamos a algún lugar y deja que te explique las cosas, sabes que yo no sería capaz de traicionarte de esta manera, y menos con una de tus compañeras de trabajo… te juro que esto fue una trampa de esa mujer…

Ana sentía que se ahogaba al tratar de contener las lágrimas; le dolía el corazón, los pulmones… le dolía todo el cuerpo y de todas maneras estaba fallando estrepitosamente.

Leonardo vio el dolor en sus ojos y se sintió peor, si eso podía ser posible. La abrazó con fuerza para tratar de contenerla a pesar de que ella buscaba zafarse de cualquier manera, hasta le dio un golpe en la mandíbula sin querer y fue ese el momento en que ella dejó de resistirse, Ana no quería lastimarlo a pesar de todo el daño que él le había ocasionado.

Ana no podía más, necesitaba desahogarse, llorar, correr, no sabía qué era lo que tenía que hacer para que dejara de doler… sólo sabía que él la estaba abrazando y que no debía sentirse bien de estar entre sus brazos, pero no podía evitarlo.

—Vamos a hablarlo, por favor…

El ruego en la voz de Leonardo la tranquilizó un poco, él no tenía ninguna necesidad de explicarse y a pesar de eso estaba ahí con ella, tratando de que lo escuchara y sin soltarla, por lo que decidió tratar de calmarse. Respiró profundo varias veces y él la soltó cuando se dio cuenta de que no iba a salir corriendo.

Se limpió las pocas lágrimas que aún le quedaban en las mejillas en lo que él pedía el coche, pudo ver que también él estaba tenso.

Su cerebro le decía que no quería irse a ningún lado con él, su estómago le decía que no quería ninguna explicación en la que le dijera que ellos no eran nada y que Fabiola le gustaba, y su corazón le pedía que le explicara lo que había pasado, que le dijera cualquier cosa válida que lo justificara todo.

****

Llegaron a una cafetería modesta, pero cercana y que estaba abierta las veinticuatro horas. Cuando entraron sólo había un par de mesas ocupadas y Leonardo se dirigió a la más lejana buscando algo de privacidad.

La mesera se acercó a tomarles la orden, un café para ella y un refresco para él y los dejó tranquilos, se notaba la tensión en el ambiente, por lo que los dejó estar.

—Por favor escucha todo lo que te tengo que decir antes de que me juzgues, te voy a contar cómo se dieron las cosas en realidad. Sé que estás muy enojada y me siento fatal por ello, pero te aseguro que no te traicioné y en ningún momento quise hacerte sentir mal.

Ana había logrado contenerse y estaba más abierta a escuchar a Leonardo, por lo que asintió y después de respirar profundo con los ojos cerrados se dispuso a escucharlo.

—Cuando te levantaste al baño me quedé en la mesa hablando con tus compañeros. Un rato después Valeria se sentó junto a mí y me empezó a preguntar sobre nuestra relación, ya sabes, que si de verdad estábamos enamorados, que si de verdad esto era algo duradero o más bien era pasajero… en fin, no me gustó la manera en la que me hacía las preguntas, no la sentí sincera, así que traté de evitarla. Estela me ayudó al sentarse en el que era tu lugar y nos pusimos a platicar un poco sobre tu ascenso y lo que pensaba al respecto.

La mesera dejó las bebidas sobre la mesa y eso le dio un respiro a Leonardo antes de que continuara con la historia.

—Cuando Estela se levantó, Fabiola ocupó su lugar. No me esperaba nada bueno de ella, me había dado cuenta de cómo te miraba y de lo mal que le cayó la noticia de tu nuevo puesto. Me preguntó cosas personales sin importancia, pero el tono que usó y la manera en que empezó a tratar de tocarme con cualquier excusa me dio muy mala espina, así que corté la plática y le dije que ya habías tardado mucho y que tal vez necesitabas algo, por lo que mejor iba a ir a buscarte.

Ana se imaginó perfectamente la escena, no era la primera vez que escuchaba que esa mujer trataba de insinuársele a alguno de los novios, esposos o acompañantes de alguna de las compañeras del despacho en su propia cara, así que la explicación de Leonardo hasta el momento le estaba haciendo sentido.

—Me recargué en la pared frente a la puerta del baño para esperarte mientras revisaba unos mensajes que tenía en el móvil para hacer tiempo. Un rato después vi que Fabiola seguía en la mesa y pensé en no perderla de vista… pero seguramente me distraje y llegó el momento en que ya no la vi en la mesa. Y lo que siguió, hasta el momento se me hace muy confuso, de repente la tenía encima de mí besándome y tocándome. No reaccioné de inmediato por la sorpresa, pero en cuanto me di cuenta de lo que estaba pasando la separé de mí y fue cuando me encontré con tu mirada.

Ya no le dijo que lo que vio en sus ojos cuando logró separase de esa mujer lo conmovió y lo aterró al mismo tiempo, nunca hubiera querido hacerle daño, y ese dolor que pudo adivinar en su mirada se había convertido en su dolor, sobre todo porque sintió que podía perderla.

Ana se removió incómoda en su asiento, no sabía si creer la explicación de Leonardo, pero en el fondo sabía perfectamente que Fabiola era capaz de hacer eso y más con tal de lastimarla y él no le había dado ninguna señal de que fuera alguien traicionero.

—Logré hacer a esa mujer a un lado y cuando vi que ya no estabas cerca de nosotros ni de la mesa me quise morir. Salí corriendo detrás de ti para poder explicarte lo que había pasado… yo nunca te haría algo como eso. Por favor dime que me crees…

La explicación de Leonardo había logrado tranquilizarla, pero el dolor que había sentido al verlo cuando Fabiola lo besaba se había enquistado en el alma.

—Te creo, pero quiero que sepas que estoy consciente de que tú no me debes nada, y soy yo la que no debió reaccionar de la manera en la que lo hice… tú eres libre de estar con quien tú quieras sin darme explicaciones.

Ana se dio cuenta muy tarde de que había metido la pata, Leonardo estaba furioso y no

podía hablar del coraje. Se dio cuenta de que si no se levantó y la dejó ahí fue porque era de noche y era demasiado caballeroso para dejarla ahí sola.

—Por favor no me lo tomes a mal —trató de corregirse Ana, odiaba esa manía que tenía de hablar de más cuando estaba nerviosa—, lo que quiero decir es que no somos novios de verdad y yo debería de entender si a ti te gustara alguien…

Mejor se quedó callada, además de enojado, ahora Leonardo se veía indignado.

—¿De verdad crees que yo sería capaz de tratar de ligarme a alguien estando contigo?, y, sobre todo, ¿crees que sería capaz de tratar de ligarme a alguna de tus amigas, o tus enemigas en el caso de Fabiola?

La pregunta la hizo en voz baja, pero Ana se imaginó que si hubiera podido le habría gritado, y sabía que tendría razón de hacerlo.

—No… sé que no lo harías, y siento mucho haberlo siquiera sugerido…

—No debiste ni de haberlo pensado —seguía muy herido por que ella hubiera podido pensar que sería capaz de traicionarla de esa manera, pero logró moderarse y no gritar que era lo que en verdad quería hacer—. Yo no hago ese tipo de cosas ni contigo ni con nadie, y tal vez no me conozcas lo suficiente, pero ese tipo de mujeres tan vanas, frías y crueles como Fabiola o Valeria no me gustan nada.

—De verdad lo siento.

—Yo también…

Después de unos minutos Leonardo había logrado tranquilizarse, ya no quería seguir peleando con Ana, y menos después de que lo hubiera visto con Fabiola, así que decidió terminar la discusión con una oferta de paz.

—¿Amigos?

Ana se sintió mucho mejor al chocar sus nudillos con los de Leonardo, pero seguía sin poder quitarse de la mente la imagen de él y Fabiola besándose.

CAPÍTULO XVII

—¿De verdad Fabiola se le fue encima para besarlo? —Sara nada más no lograba digerir que esa mujer hubiera sido capaz de hacer lo que su amiga le estaba contando.

—Como lo oyes, primero se le insinuó y cuando no logró nada montó todo el numerito para que yo pensara que Leonardo me estaba engañando con ella.

La noche anterior no le había podido contar nada a Sara cuando llegó a casa porque ya estaba dormida.

Ella no había logrado conciliar el sueño hasta que ya casi amanecía, estuvo dándole vueltas y vueltas a lo que había pasado, así que se le pegaron las sábanas esa mañana y al levantarse Sara ya no estaba en el departamento.

Sabía que encontraría a su amiga en la cafetería de Marcelo, era adicta a su delicioso café y seguramente no habría podido evitar caer en la tentación de ir a desayunar ahí un sábado por la mañana a pesar de su indignación con el dueño de la cafetería, así que se arregló rápido y la alcanzó para desayunar y poder contarle lo que había pasado la noche anterior en el bar.

—Me queda claro que esa mujer no tiene ni la más mínima vergüenza.

—De verdad no sabes lo que sentí cuando salí del baño y los vi besándose…

—¿Te pusiste celosa?

Ana no sabía qué responder y sólo pudo mirar a Sara a los ojos con tristeza.

—¡Lo sabía! —Sara hasta rebotó en su asiento de la emoción—, te enamoraste de Leonardo… qué maravilla.

—No sé por qué esa idea te parecería una maravilla, y no, no me enamoré de Leonardo… es solo que… yo no…

Ana otra vez no sabía qué decir… no podía mentirle a su mejor amiga, y sobre todo ya no podía mentirse a sí misma… Sí, se había puesto celosa porque estaba enamorada de Leonardo.

—No tienes que decirme nada si no quieres —Sara le acarició la espalda a su amiga.

—No es eso… es que, Sara… —cerró los ojos y levantó la cabeza hacia el techo haciendo un gesto como si le doliera lo que iba a decirle a su amiga— tengo que aceptar que sí sentí unos celos voraces y que estoy enamorada de Leonardo... y nada, que ya lo dije…

—Esa es una buena noticia Ana, yo siempre he pensado que ustedes podrían hacer una muy linda pareja, no tiene por qué ser algo negativo.

—¿Es que no entiendes?, esto es solo un negocio, yo le pago a Leonardo para que finja que es mi novio y que me quiere, pero esa no es la realidad… y voy yo y me enamoro de él… ¿y si no siente lo mismo que yo?

—Qué te parece si lo hablas con él y le preguntas, así te das cuenta de si la cosa es mutua o no y no te dejas llevar por la incertidumbre.

—¿Cómo crees que voy a preguntarle si siente lo mismo que yo?, me moriría de la

vergüenza Sara, sabes que yo no soy así.

—Lo sé muy bien… pero esa es la única manera en la que vas a tener una confirmación de su parte, yo ya te dije que para mí el sentimiento sí es mutuo.

Ana ya no respondió, no quería seguir hablando del tema.

Un miedo irracional a sentirse rechazada se había apoderado de su cuerpo y de su mente.

¿Debería de terminar con el trato con Leonardo?, no le gustaba sentirse tan vulnerable y estaba segura de que no sería capaz de lidiar con un rechazo de su parte, tal vez lo mejor sería hacerse a un lado antes de que eso pasara.

Se sentía tan confundida, tampoco quería hacerse a un lado, quería estar en una relación real con él… ya no sabía qué era lo mejor para los dos.

Marcelo las interrumpió en ese momento y Ana lo agradeció, quería dejar de pensar en su situación con Leonardo por lo menos un rato porque no estaba llegando a ningún lado.

La que no estuvo tan contenta de verlo fue Sara, que no pudo evitar poner los ojos en blanco al ver que se acercaba a la mesa.

—Les traje más café y panqué de chocolate que acaba de salir del horno.

Ambas se lo agradecieron, estaba bien que Sara estuviera molesta con él, pero no iba a despreciar una rebanada de ese delicioso panqué que siempre estaba delicioso, ni tampoco era una malagradecida.

—¿No se han arreglado las cosas con Marcelo? —le preguntó Ana cuando él regresó detrás de la barra a atender a un grupo de clientes que acababa de llegar a la cafetería.

Sara suspiró, en el fondo se sentía agradecida con él por preocuparse por su seguridad, era por eso por lo que no había dejado de ir a la cafetería casi todos los días, pero no estaba dispuesta a dejar que criticara sus decisiones.

A pesar de lo que la mayoría pensaba, ella era una mujer que podía hacerse cargo de ella misma y cuidarse con sus propios medios, no necesitaba que todos trataran de protegerla.

—No, las cosas no se han arreglado… y casi no nos hablamos ahora. Creo que es lo mejor para los dos y él lo ha entendido; ya no me ha dicho nada sobre Roberto y eso ha hecho que no quiera ahorcarlo.

—Yo creo que solo se preocupa por ti y por tu seguridad, no deberías enojarte tanto con él por eso… ya te dije que yo más bien se lo agradezco.

—Lo sé —Sara suspiró ruidosamente—. Y no te creas que soy tan malagradecida, pero estoy cansada de que todo el mundo crea que me puede decir qué es lo que tengo que hacer con mi vida amorosa…

—Tampoco exageres Sara… ¿quién además de Marcelo te ha dicho algo últimamente? Yo ya lo di por perdido desde hace años y dejé de tratar de que abandones las citas en línea… ya no se lo tomes a mal, él solo te dio su punto de vista.

—Tienes razón… sobre todo en que seguramente quiere lo mejor para mí y eso no debería de enojarme, a fin de cuentas, yo puedo hacer lo que yo quiera y no lo que él piense que es correcto para mí.

Después de decir eso Sara se sintió mucho mejor que los últimos días, no le gustaba estar peleada con Marcelo, sobre todo porque pasaba mucho de su tiempo libre en la cafetería y era desgastante estar enojada con él.

—Me da gusto que ahora lo veas así. Por cierto, este panqué de chocolate está tan rico que quiero otra rebanada antes de que me cuentes cómo van las cosas con Roberto.

Sara no pudo ocultar su sonrisa.

****

Cuando Leonardo entró en la cafetería esa tarde no había mesas disponibles, lo que le dio el pretexto perfecto para sentarse en la barra, cerca de Marcelo.

Su amigo le dejó una taza de café humeante y una rebanada de panqué de chocolate sobre la barra y le prometió que estaría con él en cuanto terminara de preparar un pedido para llevar de los grandes.

A Leonardo le daba mucho gusto darse cuenta de que la cafetería iba como viento en popa, muy pronto sería necesario que Marcelo buscara un local más grande para poder satisfacer la demanda, sobre todo, si seguía horneando delicias como ese panqué de chocolate, que estaba delicioso.

Leonardo logró contarle a su amigo lo que había pasado en el bar la noche anterior a pesar de las pausas que tuvieron que hacer para que Marcelo pudiera atender a los clientes, momentos que Leonardo aprovechaba para comerse la segunda rebanada de panqué.

—Y luego dicen que solo los hombres podemos ser crueles… seguramente quienes lo dicen no se han enfrentado a una mujer celosa y envidiosa…

Marcelo no era un experto en mujeres, pero la naturaleza ruin de muchas personas no le era ajena, por lo que no se sorprendió demasiado de lo que Leonardo le contó sobre Fabiola.

—Si no hay que tenerles miedo, por lo menos hay que tenerles respeto… de verdad que no entiendo por qué lo hizo, son compañeras de oficina, se tienen que ver todos los días…

Marcelo sonrió, pensaba que Leonardo era muy cándido a pesar de todo lo que había vivido y le gustaba pensar bien de las personas que tenía a su alrededor, esperaba que nunca tuviera que toparse con la crueldad del mundo, que incluía a conocidos, a supuestos amigos e incluso a algunos familiares.

Después de su accidente había tenido varias experiencias que le habían llevado a conocer la verdadera naturaleza de muchas de las personas que tenía a su alrededor, en el momento en el que en lugar de invitarlos a comidas, fiestas y reuniones necesitó de su ayuda para que lo llevaran a sus terapias o al doctor, la mayoría le dieron la espalda y no le volvieron a hablar.

—¿Y dices que Ana no se lo tomó nada bien?

—Estaba furiosa, y con toda razón; te digo que la mujer se me abalanzó para besarme y manosearme justo cuando ella salía del baño. Seguramente estaba esperando a que eso pasara para írseme encima.

»Me costó reaccionar por la sorpresa y cuando me separé de ella fue cuando vi a Ana… nunca podré olvidar la mirada dolida que descubrí en sus ojos y que trató de cubrir después con un gesto de indignación…

—¿Y qué fue lo que la hizo enfurecer?

Leonardo miró a su amigo como si tuviera tres cabezas, ¿Cómo que qué era lo que la había hecho enfurecer?, ¿es que no le estaba poniendo atención?

—No me lo tomes a mal —continuó Marcelo al sentir la mirada acusatoria de su amigo—. Lo que me gustaría saber es qué fue exactamente lo que la hizo enojar, si fue el que sintió que la habías puesto en evidencia con sus compañeros de la oficina o si se enojó porque siente algo por ti y se puso celosa de que estuvieras besando a otra mujer.

Leonardo se quedó pensando seriamente en lo que le había planteado su amigo mientras Marcelo daba otra ronda para rellenar las tazas de café de los comensales.

Por supuesto que le hubiera gustado que Ana estuviera celosa porque sentía algo por él y no porque se sintiera evidenciada con sus compañeros, pero ¿podía eso ser posible?, ¿podía ser que Ana sintiera algo por él?

Marcelo regresó detrás de la barra unos minutos después y Leonardo decidió que lo mejor sería cambiar de tema, ya no quería pensar en lo desagradable que había sido lo que había pasado con esa mujer.

Recordó que cuando sintió los labios de Fabiola sobre los suyos se sorprendió porque nunca hubiera imaginado que ella lo besaría a traición, pero cuando sus manos empezaron a acariciarle los brazos y la espalda, un escalofrío de rechazo se había apoderado de su cuerpo.

Quería olvidar la sensación de malestar que se había apoderado de él al recordarlo, por lo que le pidió a Marcelo su tercera rebanada de panqué de chocolate.

—Ahora cuéntame, tú por qué estás tan sonriente…

A Leonardo no se le había escapado el que Marcelo llevaba varios días cabizbajo y muy pensativo, pero desde que había llegado a la cafetería esa tarde había notado que estaba más sonriente que de costumbre y no pudo contener su curiosidad.

—Sara volvió a hablarme.

No pudo contener una enorme sonrisa; desde que había tenido aquel desacuerdo con Sara ella casi no le hablaba, nada más allá de ordenar su pedido en la cafetería, y él se había sentido miserable.

—Creo que se lo debo a Ana —continuó Marcelo sin dejar de sonreír—. Llegó a alcanzarla para desayunar esta mañana, y después de que platicaran un buen rato fue Ana la me invitó a que las acompañara en la mesa, y ya sabes, aprovechando que la cafetería estaba tranquila y que Iván podía encargarse de todo...

—Aceptaste la invitación…

Marcelo asintió en respuesta y volvió a sonreír.

—Al principio pensé en no hacerlo si te soy sincero, no sabía si Sara estaba de acuerdo en que me sentara con ellas o no, y no quería molestarla y empeorar las cosas entre nosotros… pero cuando me iba a disculpar con Ana fue Sara la que me dijo que me animara y que si algún cliente

necesitaba algo seguramente Iván podía atenderlo mientras yo platicaba con ellas un rato… la cosa es que todo empezó a fluir como si nada hubiera pasado.

—Me imagino que el tal Roberto no salió a la plática…

—No, no hablamos de él.

El entrecejo de Marcelo se arrugó perceptiblemente, nadie le quitaba de la mente que ese tipo podía hacerle daño a Sara, pero esa mañana había decidido por fin dejar el tema por la paz.

—Pero me imagino que tu opinión sobre él no ha cambiado.

—En lo más mínimo… no quiero que le haga daño a Sara.

—¿Qué piensas hacer para evitarlo? Porque me imagino que no te vas a quedar de brazos cruzados…

—Pues no, la verdad es que no me puedo quedar de brazos cruzados. Pero tampoco puedo intervenir como a mí me gustaría o Sara va a dejar de hablarme de manera definitiva. No me va a quedar más que vigilarlo cuando estén aquí y esperar que muestre sus cartas cuando yo esté presente, creo que no sabe que Sara y yo somos amigos.

—¿Y si eso no pasa?

—No quiero ni pensarlo —le dijo Marcelo restregándose el cuello con nerviosismo—, no me gustaría que fuera a algún lado sola con él… no confío en sus intenciones.

—Vas a tener que confiar en ella, no va a quedar de otra si quieres conservar su amistad; no le gusta nada que traten de controlarla y estoy seguro de que no tomaría a bien que trataras de intervenir otra vez.

Marcelo rugió molesto, no le gustaba pensar que eso pudiera llegar a pasar.

—Voy a tratar de hablar con ella —continuó Leonardo—. Puede ser que no lo tome tan bien, pero trataré de ser sutil y de pedirle que siga encontrándose con él aquí, por lo menos hasta que cumpla con las cinco citas que se había planteado… y voy a tratar de coincidir con ellos en la próxima cita para conocerlo, creo que ya es momento que Roberto sepa que hay alguien detrás de Sara además de ti.

—Eso sería buenísimo, así podríamos asegurarnos los dos de que esté bien y con suerte él muestra sus cartas antes de que se cumpla la dichosa quinta cita.

El entusiasmo era evidente en la cara de Marcelo, la propuesta de Leonardo lo ayudaría a sentirse hasta cierto punto más tranquilo.

—No te prometo nada, pero voy a intentarlo.

Un grupo de nuevos clientes distrajo a Marcelo de la plática con Leonardo, si las cosas seguían así tendría que contratar pronto a otro ayudante además de Iván para poder atender la cafetería.

Cuando Marcelo pudo regresar después de un rato cambió drásticamente el tema.

—Ya no me contaste qué pasó con el concurso de fotografía en Querétaro.

Marcelo había insistido en ayudar a Leonardo a escoger las fotografías que iba a presentar en el concurso cuando le confesó que lo habían invitado a participar.

Sabía que su amigo no se lo hubiera contado porque era muy hermético con todo lo que

tuviera que ver con su pasión por la fotografía, pero cuando le contó lo que había pasado con Ana al regresar de Cuernavaca estaba tan enojado que se le salió sin que se diera cuenta.

Leonardo se estrujó las manos con nerviosismo, no le había dicho nada a nadie sobre el resultado porque aún le costaba trabajo creer que fuera real… el único que sabía que había participado en el concurso era Marcelo, por lo que pensó que no estaría mal compartirlo con él, sabía que sería discreto.

—Estoy entre los ganadores, van a exponer dos de mis fotografías en la galería a partir del sábado de la próxima semana.

Marcelo esbozó una gran sonrisa y le palmeó el hombro, estaba muy contento por su amigo; él sabía que era muy talentoso, pero también sabía que a Leonardo le costaba trabajo creérselo, aunque no entendía por qué, él no había sido ni el primero ni el último en elogiar sus fotografías.

—¡Qué bien!, hay que avisarles a las chicas para que vayamos todos juntos a la inauguración…

Marcelo dejó de hablar cuando vio el semblante de Leonardo, no parecía muy contento ante la idea de que Ana, Sara y él lo acompañaran.

—No le he dicho a nadie nada sobre los resultados… ni siquiera les dije nada sobre haber entrado al concurso —le dijo tímidamente Leonardo—. Esta es la primera vez que van a exponer alguna de mis fotografías y no me gustaría que todos estuvieran ahí y que mi participación resulte ser un fracaso.

Se mordió el lado interno de la mejilla, no sabía cómo explicarle a Marcelo que prefería pasar por todo eso él solo, sobre todo el día de la apertura de la exposición… ya si las cosas resultaban bien podría invitar a sus amigos a visitar la galería después.

—Entiendo, entiendo —Marcelo que quedó pensativo unos segundos—. ¿Qué te parece si no le decimos a nadie y yo te acompaño a la apertura?

—Pero…

—Pero nada —lo interrumpió con un suave golpe en la barra—. Conmigo no tienes que fingir nada porque ya estoy enterado y si resultas ser un fracaso también me voy a enterar porque te voy a llevar a tomar unas copas para festejarlo o para olvidarlo.

El brillo divertido en los ojos de Marcelo hizo que Leonardo se riera. Era un hecho, este hombre se había convertido en muy poco tiempo en su mejor amigo.

—Está bien. Tendríamos que estar en la galería a las tres de la tarde, Aurora Rangel, la dueña y prima de mi amigo Carlos es muy especial y no nos perdonaría que lleguemos tarde.

—No te preocupes, no llegaremos tarde. Yo me encargo de eso.

CAPÍTULO XVIII

—¿Ya estás listo para irnos? —le preguntó Marcelo a Leonardo a las doce en punto.

Sabía que era temprano para irse a Querétaro, pero no quería que por algún contratiempo se les hiciera tarde. Se suponía que estaban a dos horas y media de la galería, pero quería evitar que se quedaran atorados en el tráfico, o que tuvieran algún retraso si se encontraban con un accidente en la carretera.

—Casi, solo necesito cinco minutos más para terminar de hacer la maleta y estoy listo.

Se iban a quedar a pasar la noche en un hotel cercano a la galería; habían pensado que podían regresar esa misma noche cuando terminara la inauguración, pero Marcelo había insistido en que no sabían cómo se darían las cosas y lo mejor era que estuvieran disponibles también el domingo para lo que se necesitara.

—Mientras terminas voy a la gasolinera, olvidé llenar el tanque anoche. Te veo en la puerta del edificio en diez minutos.

Leonardo no sabía cómo agradecerle a su amigo todo lo que estaba haciendo por él, además de acompañarlo y de guardarle el secreto, lo iba a llevar en su coche hasta Querétaro para que no tuviera que manejar estando tan nervioso.

Terminó de acomodar sus cosas en la maleta y antes de salir del departamento revisó su móvil y se dio cuenta de que se había quedado en silencio desde la tarde anterior que había estado trabajando en el cuarto oscuro. Tenía siete llamadas perdidas de Ana, cosa que lo sorprendió bastante…

A pesar de que estaba corto de tiempo, decidió mandarle un mensaje para saber si lo que le quería decirle era importante.

Leonardo: Hola Ana.

Ana: Hola Leonardo.

Ana: Te he estado marcando varias veces y no contestabas.

Leonardo: Puse el móvil en silencio desde ayer y se me olvidó reactivar el sonido.

Leonardo: ¿Estás bien?

Pasaron cinco minutos y Ana no respondía.

Empezó a sentirse un poco intranquilo, ¿estaría bien? Nunca le había marcado siete veces seguidas, debía de ser importante.

Decidió insistir.

Leonardo: Ana ¿estás bien?

Ana: Más o menos.

Leonardo: ¿Qué pasó?

Volvieron a pasar otros cinco minutos y Ana no respondía. Se puso más nervioso aun, ¿qué querría decir con que estaba más o menos?

Salió del departamento y tocó la puerta de sus vecinas, seguramente Ana estaba en casa y podía contestarle a sus preguntas en persona y sin tener que esperar tanta por una respuesta, pero nadie le abrió.

Leonardo: Ana, ¿qué pasa?

Ana: Necesito que vengas.

Leonardo: ¿Dónde estás?

Le llamó al móvil para poder hablar con ella y verificar por su voz que estaba bien, pero ella no contestó.

Bajó a la calle para esperar a Marcelo, no podía irse a Querétaro sin saber si Ana estaba bien; este comportamiento no era normal en ella, seguramente le había pasado algo.

Su amigo lo esperaba frente al edificio y se bajó del coche al ver la cara de intranquilidad de Leonardo.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, tenía siete llamadas perdidas de Ana de esta mañana, así que le mandé un mensaje para saber si estaba bien y me contestó que está más o menos, que necesita que vaya a algún lado. Chequé en su departamento, pero no hay nadie. De eso han pasado casi diez minutos y ni me contesta ni me toma la llamada.

A Marcelo también se le hizo extraño lo que había pasado y empezó a preocuparse por Ana y por Sara, que al parecer tampoco estaba en el departamento, ¿estarían juntas?

—Voy a llamarla yo, a ver si me contesta.

Marcelo tampoco tuvo suerte, Leonardo iba a marcarle a Sara cuando entró un nuevo mensaje de Ana.

Ana: Me urge que vengas.

Leonardo: ¿Dónde estás?

Le enseñó los mensajes a Marcelo y le pidió que guardara el coche, iría a buscar a Ana antes de que salieran para Querétaro.

—Pero podríamos llegar tarde a la galería y me dijiste que la tal Aurora era capaz de descolgar tus fotografías de la exposición si llegabas tarde… —Marcelo también estaba preocupado por Ana, pero no quería que Leonardo llegara tarde a la inauguración.

—Lo siento Marcelo, pero necesito asegurarme de que está bien.

—Lo entiendo, ¿qué te parece si te llevas mi coche a Querétaro y yo me encargo de resolver lo que se necesite resolver aquí?, después te alcanzo en camión… anda dile a Ana que yo voy a ir por ella…

—Lo siento, pero no puedo… no estaría tranquilo si no sé qué es lo que pasa o sin que la ayude como lo necesita. Aún hay tiempo, teníamos un poco más de una hora de margen, seguro que sí llegamos.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Llegó un nuevo mensaje.

Ana: Estoy en casa de Estela, ¿puedes venir?

Leonardo: Voy para allá.

Sin mediar palabra Marcelo lo invitó a subirse al coche, no iba a dejar que su amigo fuera solo a enfrentar lo que fuera que tuviera que enfrentar para ayudar a Ana.

—¿Estás seguro?, ¿no prefieres que vaya a ayudar a Ana y después pase por ti?

—Vamos, puedes necesitar una mano extra.

—Gracias Hermano.

****

Leonardo estaba desesperado; ese día el tráfico estaba de locos y para colmo Ana no le había dicho nada más después de su último mensaje… la incertidumbre lo iba a matar, y no ayudaba que su imaginación estaba desbordada y había estado pensando en todas las cosas malas que podrían haberle pasado.

Más de una hora después se estacionó frente a la casa de Estela, recordaba muy bien el lugar a pesar de que solo había estado ahí una vez. Le pidió a Marcelo que lo esperara en el coche tras prometerle que si necesitaba ayuda se lo haría saber.

Llamó a la puerta y fue Ana la que le abrió. La revisó a conciencia buscando rastros de que algo le hubiera pasado, pero para su tranquilidad no encontró nada; por lo menos físicamente estaba intacta.

—Vine lo antes posible, ¿qué pasó?, ¿estás bien?, ¿te hicieron algo?

La fría sonrisa en los labios de Ana como respuesta a sus preguntas lo sacó de balance y no supo qué pensar, estaba preparado para lo peor y ella simplemente estaba ahí parada en la puerta sonriéndole tan tranquila.

—No pasa nada, Estela nos invitó a todos los abogados senior a un desayuno en su casa y por eso estoy aquí.

Leonardo tenía un montón de preguntas en la mente, pero decidió no hacerlas y esperar a que ella le explicara por qué le había dicho que lo necesitaba con tanta urgencia en un desayuno que seguramente ya había terminado y al que evidentemente él no había sido invitado.

—Pensé que ya que lo del nuevo puesto es un hecho y que estoy segura de que Estela ya no me insistiría en que salga con su hijo, podríamos aprovechar este momento para fingir nuestra ruptura.

Leonardo la miraba como si le hubiera crecido un cuerno en la frente, cosa que la sacó de balance, creía que él estaría encantado ante la oportunidad de terminar con la farsa.

—Podríamos aprovechar que todos están aquí —continuó Ana en un susurro— y fingir que tenemos un desencuentro y así terminamos con nuestra relación de manera definitiva, ¿qué te parece?

Leonardo no sabía qué era lo que más le molestaba, si la sonrisa inocente con la que lo

miraba después de decirle lo que quería de él o el que le hubiera hecho creer que estaba en peligro mortal y necesitaba que fuera urgentemente a rescatarla.

—¿De verdad es para esto para lo que me pediste con tanta urgencia que viniera?

Ana perdió toda la seguridad, era evidente que Leonardo estaba furioso, pero no entendía por qué. El acuerdo era que en cierto momento iban a fingir que su relación se terminaba y ella creía que ese era la oportunidad perfecta para hacerlo.

—Sí, podríamos aprovechar la oportunidad de que todos mis pares y mis jefes están aquí para fingir que terminamos por algo que hayas hecho y así nos quitamos de problemas.

El pecho de Leonardo se ensanchó con todo el aire que pudo meter a sus pulmones antes de explotar. Estaba más enojado de lo que nunca había estado en toda su vida.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —contrario a lo que él pensaba no gritó ni golpeó las paredes, cosa que le parecía muy atractiva en ese momento—, hiciste que creyera que algo muy malo te había pasado y que necesitabas que te rescatara… y ahí vengo yo casi matándome para asegurarme de que estés bien… y ahora resulta que estabas festejando tu ascenso con tus amigos en un desayuno y que lo único que quieres es que te ayude a que todos piensen que hice algo malo y que nuestra relación se acabó…

Ana se sentía desconcertada, ¿de verdad había creído que estaba en peligro?, pensó por un momento que él estaba exagerando.

—¿Por qué te pones así?, ¿hay algo que se me está escapando?

Ahora sí que Leonardo no pudo contenerse.

—¡¿Qué por qué me pongo así?! ¡¿Qué por qué demonios me pongo así?! —fue subiendo la voz hasta convertirse casi en un grito—. No puedo creer todo lo que sacrifiqué por esto, ¿y lo único que querías era que viniera a ayudarte con una estupidez?

—Pero este tiempo también te lo voy a pagar, no veo que estés sacrificando nada.

Leonardo se llevó el pulgar y el dedo anular al puente de la nariz y empezó a reírse, pero no era una risa de contento sino algo más tétrico, parecía la risa de uno de los asesinos seriales de las películas de terror de Hollywood.

Logró controlarse para no gritarle lo que pensaba de ella en ese momento, y sólo se despidió con un:

—Ahora veo que esto no ha sido más que una transacción comercial para ti, y no puedo creer que haya pensado que las cosas podían ser diferentes contigo… si lo hubiera sabido yo no, yo no... ¿Sabes qué?, no va a ser necesario que finjamos nada, a partir de este momento no quiero volver a verte nunca más, ¿fui lo suficientemente claro?

Se dio la media vuelta sin esperar ninguna respuesta de ella y se metió al coche para regresar a su casa. A esa hora y con el tráfico de la ciudad no había manera de que llegaran a Querétaro a tiempo.

Había sido un estúpido por dejar la oportunidad de exhibir sus fotografías en la galería por esto… creía que no se lo merecía, creía que se había portado bien con ella, que había tratado de ayudarla… incluso había creído que se había enamorado de ella… pero al parecer eso no importaba, nada importaba ya.

Marcelo al verle la cara no dijo nada y prendió el coche para irse.

Cuando Ana regresó a la mesa donde se había servido el desayuno y donde estaban todos en la sobremesa seguía sin entender lo que había pasado, ¿a qué se habría referido Leonardo con que no podía creer lo que había sacrificado para ir a rescatarla a casa de Estela? No entendía por qué él había reaccionado de esa manera, ella lo único que quería era quitarle el yugo de la mentira de que eran novios, había sido difícil para ella mentirle a su jefa y a sus compañeros, pero sabía que para él había sido horrible mentirle a su grupo de amigos de la universidad…

Para qué se decía mentiras a sí misma, la verdad era que desde la noche en que lo había visto besándose con Fabiola no podía dejar de darle vueltas en la mente las imágenes dolorosas de aquel momento… hasta había soñado casi todos los días que los encontraba en diferentes escenarios y en algunas ocasiones ya no era Fabiola sino otra mujer la que estaba con él.

Todo estaba siendo tan doloroso que tras meditarlo por varios días decidió que no quería sufrir más y que lo mejor sería alejarse de él para poder sobrevivir… y tendría que ser lo más pronto posible, antes de que se enamorara más de él.

Había sido por eso que se le ocurrió aprovechar el desayuno en casa de Estela… pero no había querido que las cosas se dieran de esta manera… su intención había sido que las cosas regresaran a como estaban antes de la locura de convertirse novios ficticios.

Pero todo había salido mal y ni siquiera entendía bien por qué.

CAPÍTULO XIX

Habían pasado dos semanas desde que Leonardo y ella ya no eran novios ficticios y no podía negar que lo extrañaba muchísimo.

Nunca se hubiera imaginado la decepción general que ocasionó la noticia de que Leonardo y ella habían terminado entre sus compañeros de trabajo, y ni qué decir de la cara de desilusión de Estela e incluso Pedro dijo que se había sorprendido. Al parecer todos tenían muy buena impresión de Leonardo y Estela se acercó a ella para susurrarle que de verdad esperaba que el rompimiento no fuera definitivo y que las cosas pudieran arreglarse porque él le caía muy bien, porque creía que era perfecto para ella y porque se veía que la hacía feliz.

Desde ese día no lo había vuelto a ver para nada, ni siquiera había ido a lavar su ropa a pesar de que aún no arreglaban la lavadora.

El por qué se había enojado de esa manera con ella seguía siendo una incógnita para Ana que no creía que la cosa hubiera sido para tanto.

Sara había tratado de ayudarla a indagar qué era lo que había pasado, pero no había conseguido nada con Leonardo ni con Marcelo, al que le hablaba poco otra vez por haber mirado con ojos de pistola a Roberto en su cuarta cita.

Todo sonaba tan complicado…

Decidió que, en lugar de seguir dándole vueltas al mismo tema encerrada en su departamento, alcanzaría a Sara para comer juntas en la cafetería de Marcelo.

¿Y se encontraba a Leonardo?

Decidió que tampoco quería seguir preocupándose por ello… esta vez soltaría por fin su necesidad de controlarlo todo y dejaría que pasara lo que tuviera que pasar.

****

—Te tardaste en decidirte a venir —fue la frase que utilizó Sara para saludarla, Ana se había negado a ir con ella, pero sabía que solo era cuestión de tiempo para que el hambre le ganara la batalla.

—Ya sabes, debía de auto torturarme antes de aceptar que tengo mucha hambre.

—Estaba a punto de ordenar, así que llegas en el momento perfecto.

Marcelo se acercó a saludar a Ana y a tomar su orden. Había estado serio con ella desde que terminara su relación con Leonardo, pero ella no se sentía con la confianza suficiente para pedirle que le explicara por qué.

Ambas ordenaron pasta y ensalada mientras siguieron platicando; cuando estaban listas para pedir el postre a Sara le entró un mensaje de Roberto.

Roberto: Hola Hermosa. Te extraño y me gustaría que nos viéramos hoy.

Roberto: ¿Qué te parece?

Sara se puso un poco nerviosa, esa sería la quinta cita con Roberto.

A partir de la siguiente no volverían a citarse en la cafetería de Marcelo… y no sabía si era sugestión por todo lo que él le había dicho acerca de Roberto lo que la hacía sentirse insegura y nerviosa… maldito fuera Marcelo que con su insistencia la estaba llevando a boicotear su relación con el hombre que parecía que estaba hecho para ella… ¿por qué tenía que depender tanto de él?, ¿por qué ahora sentía que no estaría segura en ningún otro lugar que no fuera esa cafetería?, seguro que porque él no estaría cerca...

—¿Por qué te quedaste tan callada? —le preguntó Ana al darse cuenta de que observaba el móvil mientras se mordía el interior de la mejilla.

—Es Roberto, me mandó un mensaje para decirme que me extraña y quiere que nos veamos hoy.

—¿Y…?, ¿las cosas no están bien entre ustedes?

—No, no es eso, es solo que no puedo dejar de pensar en que ésta es nuestra quinta cita y la siguiente ya no tendría por qué ser aquí… creo que Marcelo me lavó el cerebro y temo que llegue el momento de ir a otro lado.

Interiormente maldijo el haber dejado que las palabras de Marcelo la afectaran de esa manera.

Roberto: ¿Está todo bien?

Sara: Sí, perdona, estaba hablando con Ana y por eso no te había respondido nada.

Roberto: ¿Sabes que hoy sería nuestra quinta cita?

Roberto: Me gustaría invitarte a cenar a otro lugar, me recomendaron un restaurante muy romántico que me gustaría explorar contigo.

Roberto: Ya estoy un poco harto de esa dichosa cafetería que tanto te gusta.

—¿Vas a cenar con él entonces? —Ana se puso un poco triste, la verdad era que quería pasar todo el fin de semana con su amiga para dejar de pensar en Leonardo, pero no podía hacerle eso a Sara, así que fingió que estaba entusiasmada.

—Quiere invitarme a algún lugar romántico y que no nos veamos aquí…

Sara se sentía un poco contrariada, a pesar de que se había prometido que las primaras cinco citas con cualquier prospecto serían en la cafetería de Marcelo, también le llamaba la atención ir a cenar a un restaurante romántico y entendía el que Roberto ya se hubiera cansado de ir a la cafetería, creía que ella también estaba cansada de estar todo el tiempo en ese lugar… pero se lo había prometido a sí misma.

—Te veo un poco indecisa…

—Recuerda que me prometí que hasta después de la quinta cita aceptaría ver a alguno de los prospectos en otro lugar pasara lo que pasara… y esta sería la quinta cita con Roberto, se supone que deberíamos cenar aquí y él lo sabe.

Ana no sabía qué decirle, si ella estuviera en el lugar de su amiga le diría a Roberto que dejaran el restaurante romántico para la siguiente cita… pero siempre la habían acusado de ser

muy cuadrada y de solo hacer aquello que los demás pensarían que era lo correcto, y no quería arrastrar a su amiga a eso… debía dejarla decidir por sí misma.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —ambas amigas se quedaron en silencio un momento hasta que a Ana se le ocurrió una idea— ¿Qué tal si primero se toman un café aquí como quinta cita y después van a otro lado ya siendo la sexta?

—Esa es una maravillosa idea —parecía que a Sara le habían inyectado una generosa dosis de energía líquida, la idea de Ana era la solución perfecta para cumplir con su promesa de las cinco citas y para poder al mismo tiempo ir a cenar a ese restaurante romántico que se le antojaba tanto.

Roberto: Ya sé que tenías esa promesa de no ir a ningún otro lugar hasta la sexta cita, pero ¿no podrías hacer una excepción?

Sara: No es necesario, Ana me dio una idea.

Sara: ¿Qué tal si nos tomamos un café aquí como quinta cita y después nos vamos al restaurante?

Sara: Así yo no falto a mi promesa y vamos a cenar, ¿qué te parece?

—Ya se lo propuse… me encanta que se haya acordado de que para mí lo de las primeras cinco citas es importante, los hombres por lo general no nos ponen tanta atención… creo que es una muestra de que sí le intereso de verdad.

En ese momento decidió que no le haría caso a la voz de Marcelo que parecía haberse apoderado de su mente. Ya estaba bien de tantas inseguridades, Roberto con esto le había demostrado que lo que para ella era importante también era importante para él… sería muy desconsiderado dudar de él.

A Ana le dio mucho gusto ver a Sara tan entusiasmada, pero no pudo evitar que un punto le hiciera ruido y quiso aclarar con su amiga.

—¿Roberto sabía sobre lo de tu promesa de verse aquí en las primeras cinco citas?

—Por supuesto, se lo conté en nuestra segunda cita cuando me insistió muchísimo para que fuéramos con sus amigos a un bar que está de moda. Me dio mucha pena negarme a acompañarlo ese día, pero él entendió que quería cumplir con mi promesa.

Ana no sabía por qué eso le seguía haciendo un poco de ruido… tal vez hubiera preferido que no le hubiera comentado nada del tema a Roberto. Se dijo que seguramente su intranquilidad tenía mucho que ver con esa necesidad de control que ella tenía sobre todas las cosas y decidió que, si para Sara todo estaba bien, ella debía confiar en su amiga, no tenía por qué dudar.

Roberto: Me parece bien.

Roberto: ¿Nos vemos en la cafetería a las siete?

Ana: A las siete está perfecto.

—Solo prométeme que vas a cuidarte mucho, ¿quieres?

Ana acompañó su solicitud con una tierna caricia en el hombro de su amiga, estaba contenta de que las cosas le estuvieran saliendo tan bien.

—Ya sabes que siempre me cuido, no tienes que preocuparte por mi… y ahora me voy para

que me dé tiempo de arreglarme, me voy a poner el vestido nuevo que compré la semana pasada y que no he estrenado, estoy segura de que a Roberto le va a encantar…

—Me voy contigo.

CAPÍTULO XX

A las siete en punto Sara entró en la cafetería de Marcelo, y cuando él la vio no pudo evitar admirarla de arriba abajo. Estaba hermosa con ese vestido rojo que nunca le había visto antes, era como la aparición de una diosa y de su boca sin darse cuenta solo salió un sincero gruñido de aprobación.

—Gracias por la evaluación —le dijo Sara sonrojada y cohibida, Marcelo nunca la había visto de esa manera y eso la había hecho sentir más hermosa que nunca.

Marcelo se sonrojó hasta el cuero cabelludo al darse cuenta de que no había logrado contenerse como hacía siempre, no quería que ella pensara que era uno de esos sujetos que iban por ahí desvistiendo mujeres con la mirada… pero necesitaba decirle lo que pensaba.

—Hoy te ves hermosa Sara.

—¿Sólo hoy?

Sara divertida no pudo evitar lanzarle la pregunta a Marcelo y él por poco y se atraganta.

—Por supuesto que no solo hoy… es solo… es solo que hoy te ves especialmente hermosa…

Marcelo se rascaba la cabeza, nervioso y sin dejar de balbucear… estaba tan sonrojado que Sara se apiadó de él.

—No tienes que explicar nada, estaba bromeando, entendí el punto y te lo agradezco.

La sonrisa de Sara lo tranquilizó, aunque su corazón seguía latiendo muy de prisa y el sonrojo no había desaparecido del todo.

Sara se sentó en la barra como siempre que iba sola y él se pasó del otro lado para poder prepararle un café como a ella le gustaba. Aprovechó para llevarle un hojaldre de manzana para que lo probara y le diera su opinión.

—Esto está buenísimo Marcelo, definitivamente tienes que incluirlo en el menú, seguro que se vende como pan caliente.

Marcelo sólo sonrió; desde el día que la conoció la opinión de Sara se había vuelto muy importante para él, así que, si a ella le había gustado el hojaldre lo integraría en el menú sin darle más vueltas al asunto.

—Y ahora platícame, ¿a qué se debe que te hayas puesto tan guapa? —la curiosidad lo estaba matando, ella se había esmerado más de lo acostumbrado en arreglarse.

—Voy a ir a un restaurante elegante a cenar con Roberto.

Ver la cara de contrariedad de Marcelo hizo que a Sara le doliera un poco el estómago.

Marcelo trató de contenerse para no decir lo que en verdad estaba pensando. No le había gustado nada saber que iba a salir con ese idiota, y sobre todo que parecía que iban a ir a cenar a otro lado… ya se lo había dicho muchísimas veces a sí mismo, aunque le costaba trabajo aceptarlo… él no era nadie en la vida de Sara para poder aprobar o desaprobar con quién decidía

salir o no salir ni a dónde iba.

Debía demostrarle que confiaba en ella y en sus decisiones, a pesar de que no estuviera de acuerdo; eso era lo que hacían los amigos… solo esperaba no explotar o ella se volvería a enojar con él por decirle exactamente lo que estaba pensando.

Se disculpó con el pretexto de que iba al almacén a traer un nuevo paquete de café.

Sara no quiso hacerle ver que había suficientes paquetes de café en la repisa de detrás de la barra para terminar la semana —había pasado mucho tiempo en la cafetería y sabía cuándo era necesario ir por más café—, pero decidió dejarlo correr, era preferible que se fuera si iba a decirle algo desagradable sobre Roberto porque esta vez no se lo iba a permitir.

Cuando Marcelo regresó más calmado se acercó a ella; había pensado en algo cuando se sentó sobre los bultos de café en el almacén buscando respirar profundo para no gritar o golpear las paredes.

—¿No es esta tu quinta cita con Roberto?

Sara lo miró intensamente a los ojos, ya sabía por dónde iba la cosa.

—Sí.

—¿Y no se suponía que las primeras cinco citas iban a ser aquí en la cafetería?

El cabello de Marcelo estaba totalmente despeinado después de todas las veces que se había pasado las manos por él, Sara sabía que eso era algo que hacía cuando se sentía intranquilo.

Le urgía que llegara Roberto y se fueran, no quería seguir viendo a Marcelo así de intranquilo, y mucho menos si ella era la causa.

—Bueno… —cuando notó la inseguridad en su voz se envaró, no le gustó sentir que debía de darle explicaciones, si ella había decidido cambiar las cosas era algo que a él no debía de importarle, ¿o sí? Respiró profundo y decidió contarle su plan con mayor seguridad en la voz— nos vamos a tomar un café aquí y esa va a ser la quinta cita. Ya después nos vamos a ir a cenar y esa técnicamente va a ser nuestra sexta cita.

Él solo asintió sintiéndose derrotado, parecía que no había nada que pudiera hacer o decirle para que no se fuera con él. Y no pudo decir nada más porque en ese momento Roberto entró en la cafetería y Sara sonrió evitando remarcarle a su cita que había llegado casi media hora tarde; no sabía por qué, pero no quería que Marcelo se enterara de eso.

—¡Guau!, estás hermosa —le dijo Roberto mientras la hacía girar en su propio eje mientras él le sostenía la mano en alto.

—Muchas gracias —respondió Sara con coquetería, al sentir la manera en la que Roberto la miraba se había olvidado de su malestar por su impuntualidad y hasta el mal sabor de boca que le había dejado su plática con Marcelo. Cuando compró ese vestido supo que le iba a encantar.

Se sentaron en una de las mesas de la terraza y Marcelo les llevó lo que habían ordenado sin emitir palabra alguna, pero la mirada y el ceño fruncido lo delataban, aunque no quisiera.

Platicaron un buen rato antes de que Roberto quisiera dar por finalizada la quinta cita para pasar a la sexta.

—¿Qué te parece si pedimos la cuenta y nos vamos al bar?

—¿Bar?, ¿cuál bar?, ¿no se supone que vamos a ir a un restaurante romántico a cenar?

Sara estaba un poco desconcertada por esto que parecía un cambio de plan de última hora y del que Roberto no le había dicho nada.

—Ah, sí, íbamos a ir a cenar… pero me hablaron mis amigos para invitarnos a festejar el cumpleaños de Alfonso… es mi mejor amigo de toda la vida y no podemos faltar… te había hablado de Alfonso, ¿no?

—No, nunca me habías hablado de él.

—Pues él es mi mejor amigo desde que estaba en tercero de primaria y había olvidado que nos invitó a festejar su cumpleaños hoy en un bar nuevo… todos mis amigos se mueren de ganas de conocerte en persona, les he hablado muchísimo sobre ti y esta sería una excelente oportunidad para que los conozcas a todos.

—Pero…

—¿De verdad prefieres ir a cenar que conocer a todos mis amigos?, este es un paso importante en nuestra relación… lo de la cena lo podemos hacer cualquier otro día, el cumpleaños de Alfonso sólo es un día al año…

Marcelo de verdad no había querido escuchar a escondidas la conversación, pero había llevado la orden de una de las mesas cercanas y había decidido quedarse por ahí para enterarse de todo lo que estaba pasando cuando vio el gesto de desconcierto en la cara de Sara… no le gustó escuchar que Roberto le estaba cambiando los planes a última hora.

—Está bien, vamos a festejar a Alfredo al bar.

Sara no sonaba totalmente convencida, y en verdad no lo estaba, esto del cambio de planes no terminaba de gustarle… pero Roberto tenía razón, podían ir a cenar cualquier otro día y esta sería una muy buena oportunidad para conocer a sus amigos.

¿Debía emocionarse porque él le hubiera dicho que este era un paso importante en su relación? Seguramente sí, y ella tendría que organizar algo para presentarle también a sus amigos, hasta el momento solo conocía a Marcelo.

Roberto pidió la cuenta y se disculpó para ir al baño, momento que el dueño de la cafetería aprovecho para acercarse a Sara.

—¿De verdad vas a ir a un bar con ese sujeto?

Sara sintió cómo la furia se apoderaba de su pecho con el comentario de Marcelo, ¿iba a volver a empezar con sus acusaciones hacia Roberto sin conocerlo?, definitivamente no se lo iba a permitir, no otra vez.

—Quedamos en que íbamos a dejar esto por la paz Marcelo… —lo fulminó con la mirada sin importarle que él se diera cuenta de que estaba furiosa.

—Lo siento Sara, pero eso no va a pasar; por lo menos no hoy. No me gusta que te haya cambiado el plan a última hora cuando se supone que estabas tan emocionada por la cena romántica… nada de todo lo que está pasando me gusta… preferiría que no fueras con él.

—¿Y quién te crees que eres para decirme qué es lo que debo o no debo de hacer?

Sara por primera vez le había alzado la voz a Marcelo, la indignación y el enojo estaban

hablando por ella.

—No soy nadie para decirte lo que debes o no debes hacer, lo sé… pero por lo menos mándame tu ubicación en tiempo real para saber en todo momento dónde estás, y sobre todo para saber que estás bien.

La mirada de Sara le dijo a Marcelo que eso no iba a pasar antes de que Roberto se acercara a la mesa.

Derrotado chasqueó la lengua, no quería que Sara se fuera con ese sujeto, un foco rojo se había encendido en su pecho y nada de lo que se habían hablado lograba apagarlo.

—¿Lista?, ¿ya pagamos la cuenta? —le preguntó Roberto con una sonrisa en los labios a Sara sin dejar de ver retadoramente a Marcelo a los ojos.

—Ya está pagada.

Fue Marcelo el que le respondió mientras trataba de contenerse, pero no podía negarlo, había fallado estruendosamente.

—No —respondió Sara también con tono retador y mirando a Marcelo intensamente a los ojos, no iba a dejar que fuera él quien pagara la cuenta de su cita con Roberto. Aunque a Marcelo le extrañó que no fuera el mismo Roberto quien la pagara la cuenta, no dijo nada al respecto—, aún no he pagado, voy a la barra y pago directamente en la caja.

Les agradeció a todos los dioses que Iván estuviera detrás de la barra para recibirle el pago, no quería volver a estar cerca de Marcelo. Esta vez se había excedido y estaba decidida a no volver a permitírselo, nunca más dejaría que alguien que no confiaba en ella se metiera en su cabeza.

Se buscaría un nuevo lugar para ir a tomar café para no tener que regresar a la cafetería de Marcelo nunca más.

Roberto la alcanzó en la barra y no volvió a soltarle la cintura hasta que se subieron al coche que estaba estacionado afuera de la cafetería, parecía que quería gritarle con ese gesto a Marcelo que Sara era de su propiedad y él sólo apretó los dientes mientras se acercaba a la puerta y los miraba intensamente mientras se subían al coche, estaba claramente disgustado.

Antes de que sonara el ruido del motor tras el arranque del coche de Roberto, Marcelo le lanzó su delantal a Iván y le pidió que se hiciera cargo de todo.

Después de eso salió de ahí como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO XXI

Leonardo se había vuelto a encerrar en su cuarto oscuro para pensar mientras revelaba las últimas fotografías que le habían pedido, la mayoría eran del niño llorando frente a los puestos del mercado. Parecía que la afinidad que sentía Ana con esa fotografía era compartida con el público en general, era la fotografía que más le habían comprado en la Galería de Aurora Rangel.

La otra fotografía que había expuesto era personalmente su favorita, también la tenía colgada en su departamento y su mamá le había dicho que cada vez que la veía se ponía feliz… se trataba de la fotografía de una señora muy mayor cargando una canasta de flores con una gran sonrisa, que se extendía a sus ojos y al resto del cuerpo.

Ambas fotografías habían llamado la atención de la prensa especializada y gracias a eso se habían publicado muy buenas reseñas de ellas y en una de las revistas más importantes del nicho publicaron la breve historia de Leonardo destacándolo como el fotógrafo amateur que parecía ser la gran revelación del mundo del arte de ese año, lo que llamó la atención de varios coleccionistas que le compraron una o ambas fotografías.

Leonardo aún no podía creer todo lo que se había desatado después de esa publicación, por muy pequeño que era el tiraje de la revista, había causado bastante revuelo en la pequeña comunidad de amantes del arte y ya lo estaban invitando a exponer en otras galerías.

Y pensar que cuando había dejado a Ana frente a la casa de Estela había pensado que ya ni siquiera valía la pena ir a Querétaro, Aurora los había amenazado a todos con que descolgarían las fotografías de los que no llegaran a tiempo y había dado por hecho que eso era lo que iba a pasar. Pero gracias a la insistencia de Marcelo decidieron tomar carretera, aunque fueran a llegar dos horas tarde.

Cuando Aurora lo vio entrar a la galería se puso furiosa, pero escuchó lo que Leonardo tenía que decir para justificar su tardanza y resultó que en el fondo no era tan mala persona y le encantaban las historias románticas.

Era la primera vez que purgaba todo lo que tenía dentro del corazón al contarle la historia completa de lo que había pasado entre él y Ana desde el principio, incluida su relación ficticia.

Aurora al final se apiadó de él y lo dejó exponer, resultando ser todo un éxito. De hecho, con las ganancias por las ventas de las fotografías ya había liquidado todas sus deudas y le había depositado a Ana todo el dinero que le había pagado por fingir ser su novio.

Marcelo no había entendido al principio por qué le había regresado el dinero a Ana si habían hecho una negociación ventajosa para los dos, pero Leonardo le explicó que después de todo lo que había pasado entre ellos sentía que ese dinero era algo que no quería tener, quería olvidarse de que alguna vez ella le había pagado por fingir que la quería.

Sabía que llegaría un momento en el que terminaría perdonándola por lo que había pasado afuera de casa de Estela, pero ese momento no había llegado aún… cada vez que recordaba la cara de Ana diciéndole que era el momento perfecto para que terminaran con su relación se le revolvía el estómago y volvía a enojarse, sobre todo porque sentía que ella se había portado de manera muy egoísta con él y estaba seguro de que no se lo merecía. Pero por otro lado también

se decía que ella no sabía lo de la exposición en Querétaro y seguramente las cosas hubieran sido diferentes si lo hubiera sabido... Tal vez si le daba un poco más de tiempo al tiempo lograría volver a verla sin sentir el enojo apoderarse de su cuerpo de esa manera.

Tratando de ser sincero consigo mismo, se había dicho varias veces que lo que en verdad le había molestado era que ella hubiera decidido terminar con su relación sin siquiera haberlo hablado con él antes, como si no importara lo que él pensaba o sentía… se había dado cuenta de que él había sido el único que se había enamorado perdidamente y para ella él no había sido nada más que un novio de alquiler… eso era lo que en verdad le dolía.

Y ni siquiera podía acusarla de no haberse enamorado de él ya que el amor no era algo que se pudiera forzar. La cosa había sido muy clara desde el inicio entre ellos, ella necesitaba un novio falso y él necesitaba dinero… y parecía que él había cumplido con el papel para el que lo había contratado a la perfección, tanto que había llegado el momento de terminar con el acuerdo y al final de todo él se había enamorado como un idiota sin que le correspondieran… ¿por qué le estaba costando tanto trabajo aceptar que eso era lo que había pasado?

Tampoco podía olvidar que había sido ella la que lo había animado a que mandara sus fotografías al concurso.

Antes de que Ana le hubiera dicho que era muy talentoso pensaba que no llegaría a ningún lado en el mundo de la fotografía artística, y cuando Carlos había mencionado lo del concurso en la galería de su prima el día de la comida en Cuernavaca, había sido ella la que lo había convencido de participar porque estaba segura de que era lo suficientemente talentoso para ganar… sabía que él no hubiera mandado sus fotos si no hubiera sido por ella… y había tenido razón, había ganado y sentía que indirectamente le debía todo a Ana.

Qué confusión.

El sonido del timbre de su móvil a lo lejos lo sacó de su ensimismamiento, seguro lo había dejado en su habitación sin haberlo silenciado. Prefirió no responder para poder terminar lo que estaba haciendo.

¿Quién le estaría llamando a medianoche en un sábado?

Con cuidado vertió el líquido revelador en la bandeja mientras volvía a escuchar el timbre del móvil a lo lejos. Se dijo que debía de haber puesto música para no distraerse con sonidos externos o con aquel diálogo interno que lo tenía tan confundido.

En cuanto colgara esa última fotografía se reportaría con quien fuera que le hubiera llamado.

Cuando escuchó el timbre del móvil por tercera vez ya no lo dudó, dejó las cosas como estaban y salió del cuarto oscuro tras limpiarse bien las manos para poder contestar esa llamada, por la insistencia pensó que podía tratarse de una emergencia.

No llegó a tiempo para contestar, pero tuvo un mal presentimiento al ver en la pantalla que se trataba de Marcelo. De inmediato le devolvió la llamada.

—¡Leonardo, tienes que venir de inmediato!, ¡de inmediato!

La urgencia en la voz de Marcelo lo intranquilizó, nunca lo había escuchado hablar de ese modo.

—Cálmate Marcelo, ¿qué pasa?, ¿estás bien?, ¿dónde estás?

—Es Sara —la voz se le quebró en ese momento—, ese infeliz la drogó y tuvo una mala reacción…

—Pero ¿cómo?

—Se puede morir Leonardo… se puede morir…

—Voy para allá, ¿dónde estás?

Marcelo le dio el nombre del hospital al que habían llevado a Sara y sin pensarlo ni un segundo más colgó la llamada, buscó las llaves del coche y salió como rayo para alcanzar a su amigo y poder estar cerca de Sara.

****

Cuando Leonardo entró a la sala de espera del área de urgencias del hospital vio a Marcelo dando vueltas a grandes zancadas de un lado a otro de la pequeña zona, tenía la playera cubierta de sangre.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado y señalando las manchas de sangre.

—No, no estoy bien, ¿cómo podría estar bien si Sara está ahí dentro y nadie me ha podido decir cómo está? —Marcelo se fijó en las manchas que estaba observando Leonardo, no se había dado cuenta de que la sangre de aquél desgraciado le había salpicado la ropa—. Pero yo estoy bien, esta sangre no es mía, es del imbécil de Roberto.

Un doctor salió de las puertas dobles por donde había desaparecido Sara hacía muchas horas ya… o al menos eso había sentido Marcelo.

—¿Familiares de la señorita Sara Landeros?

Los dos se acercaron de inmediato y al doctor también le llamaron la atención las manchas de sangre en la ropa de Marcelo.

—¿Está bien? —le preguntó el doctor más por protocolo que por preocupación ya que a simple vista no parecía que estuviera lastimado, aunque se había dado cuenta de que cojeaba de manera visible.

—Perfectamente doctor, y ahora dígame, ¿cómo está Sara?

—Es usted su esposo, ¿correcto?

Ante la estupefacción de Leonardo, Marcelo asintió y le dirigió una mirada a su amigo con la que le dio a entender que le explicaría luego… no le había quedado otra alternativa que mentirle a los paramédicos que le dijeron que sólo un familiar podía ir en la ambulancia con Sara, así que sin siquiera pensarlo les dijo que él era su esposo.

—La señorita Landeros sufrió una sobredosis de GHB, el nombre completo de la sustancia es gama-hidroxibuitrato, que es un depresor del sistema nervioso central. Es lo que comúnmente se conoce como éxtasis líquido —les explicó el doctor al darse cuenta de que no habían reconocido el nombre de la sustancia.

»Lo más importante es que ya logramos controlar su respiración y por el momento se

encuentra fuera de peligro, aunque su estado es delicado. Tuvimos que intubarla, pero en unas horas le quitaremos el respirador si vemos que logra respirar por sí sola. También le hicimos un lavado de estómago y le estamos administrando líquidos intravenosos para ayudar a acelerar la eliminación de la sustancia de su cuerpo.

—Pero ella no toma ningún tipo de drogas, es más, casi ni toma alcohol, si así fuera yo lo sabría, es mi mejor amiga desde hace muchos años.

Leonardo sintió la necesidad de aclararle esto al doctor, se le hacía completamente descabellada la idea de que Sara hubiera tomado algún tipo de droga.

Marcelo estaba lívido, sobre todo cuando oyó al doctor hablar sobre la respiración de Sara. Asintió dándole la razón a su amigo, también estaba seguro de que Sara no había tomado éxtasis por voluntad propia.

—Algunas personas la utilizan para aprovecharse sexualmente de su víctima poniendo la sustancia en alguna bebida —siguió explicándoles el doctor, ahora con el ceño fruncido.

»Regularmente utilizan esta droga porque en dosis bajas la persona puede sentirse como ebria, menos inhibida de lo normal y más sensual… pero si no se tiene cuidado le pueden dar una dosis más alta de la que necesita de acuerdo a su peso y talla, sin contar con que hay personas que son más sensibles a los componentes de la droga, en ambos casos es cuando se puede presentar una sobre dosis. Parece que las dos cosas sucedieron en el caso de su esposa, ¿cree que se trata de un caso de estos?

El doctor miraba atentamente a Marcelo a los ojos tratando de descifrar si había sido él quien le había suministrado la droga a la chica de forma recreacional, pero ante la preocupación y honestidad que pudo leer claramente en sus ojos supo que no había sido él.

—Estoy seguro de que ese infeliz lo hizo.

Los ojos de Marcelo evidenciaban la furia que sentía y la lucha que estaba teniendo internamente por contenerla. Con esto el doctor supo a ciencia cierta que había un culpable y que el esposo de la chica sabía de quién se trataba.

—Necesitaremos que llene un reporte para la policía entonces y ya su esposa podrá declarar cuando esté consciente.

Leonardo también estaba furioso; por lo que les había dicho el doctor pudo imaginarse lo que había pasado con Sara y ese infeliz… solo esperaba que se pudriera en la cárcel.

Se sentó a esperar que Marcelo regresara de levantar el primer reporte junto con el doctor, cuando Sara despertara tendría que ratificarlo y declarar su versión de los hechos, y entonces ya podrían proceder con todas las de la ley contra el tipejo ese… cómo le gustaría poder hacerlo pedazos con sus propias manos.

Cuando Marcelo por fin regresó ya eran casi las dos y media de la mañana; ambos sabían que ninguno de los dos se iba a despegar de esa sala de espera hasta que supieran que Sara estaba totalmente fuera de peligro.

—¿Le avisaste a Ana? —le preguntó Leonardo a su amigo.

—No, no pensé en avisarle a nadie más que a ti.

Aunque las cosas estuvieran mal entre Ana y él y no tuviera ganas de hablar con ella,

entendía que era la mejor amiga de Sara y que debía de estar enterada de lo que había pasado.

Se imaginó la angustia que ella sentiría al levantarse al día siguiente y no encontrar a Sara por ningún lado… necesitaban avisarle pasara lo que pasara.

—No te preocupes, yo le hablo. Y después de eso quiero que me cuentes con lujo de detalle todo lo que sepas sobre lo que pasó.

****

Después de que hablara con Ana y de que lograrla tranquilizarla un poco antes de que se lanzara al hospital a pesar de la hora, le pidió a Marcelo que le contara todo lo que él sabía que había pasado con Sara y ese desgraciado.

Marcelo empezó a contarle todo desde el momento en que ella había llegado a la cafetería; no excluyó el que Sara se había enojado con él por tratar de intervenir en su cita otra vez, necesitaba que su amigo lo supiera absolutamente todo.

En los pocos segundos en los que Roberto había ayudado a Sara a subirse al coche, Marcelo había tomado la decisión de seguirlos sin que ellos se dieran cuenta.

Se subió al coche y aunque le costó trabajo localizarlos logró ponerse detrás de ellos a unas cinco cuadras de la cafetería. Los siguió hasta un bar muy lujoso y que al parecer estaba de moda, podía decirlo por la larga fila de personas que vestidas muy elegantes estaban alineadas junto a la puerta deseosas de entrar a pasar un buen rato.

Roberto se acercó al hombre que estaba detrás de la cadena y que parecía ser quien decidía quién entraba al lugar y quién no y le dijo algo al oído que Marcelo no logró escuchar a pesar de haberse acercado lo suficiente sin dejar que lo vieran.

Lo que fuera que Roberto le hubiera dicho al hombre funcionó para que los dejaran entrar antes que a todos los que estaban en la fila, incluido él mismo.

Se dio cuenta de que si se formaba tardaría horas en poder entrar por lo que ayudado por su bastón, que por suerte estaba dentro del coche, fingió cojear mucho más de lo que lo hacía realmente y se acercó al hombre de la puerta, que por los gritos de las personas de la fila supo que se llamaba Simón, y quien un tanto disgustado por su vestimenta informal lo dejó pasar a regañadientes cuando Marcelo le mintió diciéndole que era un veterano de guerra lastimado y que nunca lo habían discriminado en ningún bar, por muy lleno que estuviese… ya tendría que comentarlo con sus superiores…

Una vez dentro del bar buscó a Sara por todo el lugar sin encontrarla, no ayudaba nada la poca iluminación ni la cantidad absurda de personas que se arremolinaban tanto en la pista de baile como cerca de la barra.

Después de varios minutos tampoco había logrado ver a Roberto y eso lo alertó, ¿dónde se habrían metido?

Ya tenía un poco más de media hora en el bar y no sabía aun dónde estaba Sara, cuando estaba a punto de llamarle a Leonardo para que fuera a ayudarlo descubrió la entrada a una zona que estaba un poco menos iluminada. Se imaginó que sería la zona VIP porque parado junto a

una cadena que separaba el bar de esa zona estaba parado muy atento un guardia de seguridad.

Seguramente ese malnacido la había llevado ahí, no había otra explicación para su desaparición.

Se acercó sin saber a ciencia cierta lo que le diría al guardia para convencerlo de que lo dejara pasar; recordó los momentos de su vida en los que se había movido por ese tipo de lugares cada fin de semana y reconoció que sería difícil que lo dejaran pasar sin una razón de peso.

Estaba pensando en confesarle la verdad al guardia para que lo ayudara cuando Roberto y otros tres tipos que parecían ser sus amigos trataron con urgencia de salir de la zona.

Sara no estaba con ellos.

A Marcelo le dio un vuelco el corazón, algo no estaba bien.

En el momento en el que Roberto pasó junto a él lo tomó firmemente del cuello. Los ojos de miedo con los que Roberto lo miró le dijeron que algo malo le había pasado a Sara y que ese cobarde y sus amigos la habían abandonado a su suerte en algún lugar de la zona VIP.

Marcelo vio todo rojo y empezó a golpearlo en la cara, seguramente la sangre en su ropa provenía de la nariz rota del sujeto.

El guardia de seguridad trató de detenerlo pensando que era un agresor, el muy cobarde ni se había defendido de sus golpes.

Para ese momento los amigos de Roberto no estaban por ningún lado y Marcelo no lo soltó, aunque dejó de pegarle para explicarle con pocas palabras y a gritos al guardia de seguridad lo que estaba pasando.

Otros tres guardias aparecieron en la zona y mientras dos de ellos lograban reducir a un Roberto que al entender la gravedad de lo que había hecho luchaba por escapar, otros dos lo acompañaron a buscar a Sara.

Supo que el que custodiaba el acceso la zona VIP se apellidaba González cuando llamó por el radio a su jefe y le explicó que tal vez necesitarían una ambulancia. Cuando Marcelo lo miró con aprensión, González le dijo que solo se trataba del protocolo de seguridad del lugar, pero él no lo creyó y desesperado empezó a gritar el nombre de Sara, pero no obtuvo respuesta.

Se quiso morir cuando la encontró inconsciente sobre un sillón en una de las salas privadas; estaba blanca como el papel y parecía que luchaba por respirar.

Decidió no tocarla para no hacerle más daño y solo pudo gritarle a González que volviera a pedir una ambulancia, un médico o lo que fuera.

Tras lo que para Marcelo parecieron horas, pero que González le juró que solo habían sido tres minutos llegaron dos paramédicos con una camilla.

Se apartó de inmediato para que pudieran revisar a Sara y rápidamente le pusieron una máscara en nariz y boca para ayudarla a respirar con una bomba manual.

La subieron a la camilla y desesperado los siguió hasta que la metieron en la ambulancia para ir al hospital. Fue en ese momento que tuvo que mentir y decir que era su esposo para poder ir con ella.

—Me imagino lo desesperado que debes haber estado —Leonardo miraba a su amigo con

ojos de admiración por su astucia y su valentía—, me hubiera gustado estar ahí contigo para ayudarte en lo que se hubiera podido… sobre todo para que los otros tres infelices que iban con Roberto no hubieran podido escapar.

—No sabes el miedo que sentí cuando vi a esa rata y a sus amigos tratar de salir huyendo de la zona VIP sin ella. Estoy seguro de que los van a encontrar, además de que van a interrogar a ese cobarde en el bar hay cámaras de seguridad por todos lados, no creo que tarden en dar con ellos y no voy a parar hasta asegurarme de que los cuatro están en la cárcel.

Ya no pudieron seguir hablando porque Ana había llegado y ambos se levantaron para recibirla. Estaba muy pálida, con los ojos llorosos y temblaba visiblemente.

—Ana —Marcelo fue el primero en acercarse a ella y por como la vio creyó que iba a desmayarse en cualquier momento, por lo que la ayudó a sentarse—. Sara está fuera de peligro y aunque está delicada está estable.

—Sí, Leonardo me lo dijo cuando me llamó para avisarme, pero no voy a poder calmarme hasta que la vea y sepa que respira sola. ¿Qué fue lo que pasó?, ¿ya les dijeron cuándo podremos verla?

Marcelo volvió a sentarse en las incómodas sillas de la sala de espera junto a Ana mientras Leonardo iba a buscar algo de tomar para los tres, sabía que tendría que responder detalladamente a todas sus preguntas.

Marcelo volvió a contar la historia de lo que había pasado.

Lo único que no compartió ni con Leonardo ni con Ana fue lo que Sara le había dicho antes de que llegaran los paramédicos. Era algo que tenía guardado en su corazón y que no estaba listo para compartir con nadie… además de que no cambiaba en nada la situación o las circunstancias porque era algo íntimo entre ellos dos.

Recordó vívidamente el momento; cuando esperaban la llegada de los paramédicos Sara había abierto los ojos por un máximo de diez segundos y lo había mirado con ternura y una lágrima recorriendo su mejilla, tras lo que simplemente le dijo: “Dime por qué no me puedo encontrar a un hombre como tú”.

Marcelo le enmarcó la cara suavemente con las palmas de sus manos teniendo mucho cuidado para no lastimarla y la miró con los ojos vidriosos de la emoción y después de eso ella se desmayó.

Cerró los ojos y recargó la cabeza en la pared. No sabía qué hacer con todos los sentimientos que tenía dentro. Esa noche había pasado por la frustración, el terror, la furia, las ganas de matar… hasta que escuchó esas palabras, momento en el que se le había derretido el corazón.

Aún no podía creer que ella le hubiera dicho eso… ¿le habría querido dar a entender lo que él con toda su alma se hubiera muerto por escuchar de sus labios en otras circunstancias? ¿Sería posible que él le gustara a pesar de su cojera y ese mal carácter que se le había formado después del accidente? ¿De verdad podría ser eso posible?

—Sólo encontré este café de maquinita y que me temo que no va a estar muy bueno.

Leonardo le pasó a cada uno un vaso de cartón con el oloroso líquido. Esperaba que les hubiera dado tiempo de hablar sobre lo que había pasado, la verdad era que no tenía ganas de

volver a escucharlo o saldría de ahí para buscar a Roberto y sus amigos para hacerlos pedazos con sus propias manos.

—Gracias Leo —le respondió Marcelo con la mirada nublada tras volver a la realidad y le dio una palmada en el hombro.

Ana solo le sonrió en respuesta, sus ojos estaban tan tristes que a Leonardo le dio un vuelco el corazón.

Sabía lo que ella estaría sufriendo y sentía la necesidad de abrazarla y susurrarle al oído que todo iba a estar bien mientras le acariciaba el cabello… pero no podía dejarse llevar por esa necesidad, eso no quitaba el que seguía enojado por lo que había pasado entre ellos y que no tenía ganas de hablarle… y ni siquiera creía que ella necesitara que la reconfortara.

Por suerte ella sabiamente se había sentado del otro lado de Marcelo y no se acercó a él en ningún momento.

Ana se sentía como en una nube de desconcierto; no podía creer lo que le había pasado a su mejor amiga; quería matar al tal Roberto y sólo quería saber que ella iba a estar bien, necesitaba saber que Sara iba a estar bien.

Se sentía culpable por haberla animado a salir con él a pesar de las reticencias de Marcelo… debieron hacerle caso… pero ya no era momento para recriminárselo, su amiga estaba viva y eso era lo único que debía de importarle en ese momento.

Sentir a Leonardo tan cerca pero tan lejos de ella la había hecho añorar su contacto cálido, su voz reconfortándola cuando él intuía que la necesitaba y sus sonrisas tan francas y expresivas. ¿Llegaría el momento en el que ambos podrían estar en el mismo lugar sin que las cosas se sintieran tan extrañas?

Quería dejar de pensar en eso y enfocarse en su amiga.

Tras la pregunta de Ana sobre lo que iba a pasar con los cuatro desgraciados que se habían atrevido a lastimar a Sara, Marcelo supo que si él los encontraba antes que la policía les partiría hasta el alma por haberse atrevido a tocar al amor de su vida… pero como respuesta a las preguntas de Ana le dijo que solo esperaba que los encontraran y que los castigaran con todo el peso de la ley, que fue lo que le dijeron los policías que pasaría.

—Señor Acosta —Marcelo levantó la cabeza para ver quién lo llamaba y al darse cuenta de que era una enfermera se levantó de inmediato y se acercó a ella, detrás de él se levantaron tanto Leonardo como Ana—, acabamos de retirarle el respirador a su esposa y ya puede pasar a verla; pero solo puede pasar usted y estar con ella por cinco minutos.

Ana volteó a ver a Marcelo intrigada, ¿cómo que ya podía pasar a ver a su esposa?

—Yo te lo explico —se ofreció un poco renuente Leonardo mientras Marcelo seguía a la enfermera; buscaría ser lo más breve posible para limitar el intercambio de palabras con Ana.

CAPÍTULO XXII

Se le encogió el corazón cuando la vio tan indefensa acostada en esa cama de hospital.

Estaba muy pálida y unos círculos oscuros rodeaban sus ojos que en ese momento estaban cerrados y que él sabía que daría cualquier cosa por ver que los abriera y que lo miraran con la picardía de siempre.

Se acercó tratando de no hacer ruido para no despertarla y al llegar junto a ella le acarició suavemente el cabello con toda la ternura de la que era capaz.

Sara abrió los ojos al sentir que alguien estaba a su lado, sabía que era Marcelo, lo reconocería en cualquier lado por su aroma.

—Lo siento, no quise despertarte —le dijo él en un susurro, como si hablar más alto pudiera hacerle daño. Si por él fuera se habría acostado junto a ella y la habría abrazado hasta sentirla al completo.

—No te preocupes, no estaba dormida —la voz ronca y el esfuerzo que se notaba que estaba haciendo para hablar evidenciaba que el respirador le había lastimado la garganta.

Una lágrima se escapó por la mejilla de Sara al ver los ojos de preocupación y la ternura con la que Marcelo la había tomado de la mano, y tras esa le siguieron muchas más.

—¿Te duele algo?, ¿puedo hacer algo para ayudarte? —Marcelo se estaba desesperando al ver las lágrimas brotar tan profusamente de los ojos de Sara, como no le decía nada lo estaba asustando y no tenía idea de cómo ayudarla.

—No, gracias. Me duele un poco la garganta al hablar, pero no es por eso por lo que lloro, no te preocupes… es que…

Después de jalar la única silla que encontró en la habitación para poder sentarse junto a la cabecera de la cama empezó a acariciarle el cabello con ternura otra vez, no podía y no quería dejar de tocarla.

—No tienes que hablar si no quieres, y menos si te duele la garganta.

—Lo siento… —a Sara se le quebró la voz— de verdad lo siento mucho, debí de haberte hecho caso… tú no… y yo…

No pudo seguir hablando, los sollozos se escuchaban hasta en la estación de enfermeras.

Una de ellas se asomó para ver si había algún problema con Sara y encontró a su paciente recostada en la cama abrazada por su esposo, por lo que se quedó tranquila y regresó a su puesto para seguir trabajando.

—Ya no llores… —trataba de reconfortarla Marcelo— lo único que importa ahora es que estás bien Sarita, ¿ese indeseable o alguno de sus amigos te hizo daño?

—No lo creo, yo solo de repente me sentí un poco mal y no pensé que fuera algo importante. Antes de eso le había dicho a Roberto que no quería estar ahí, que me sentía incómoda yo sola con cuatro hombres en una salita privada, sobre todo porque no conocía a sus amigos y me estaban mirando de una manera que me hizo sentir algo incómoda.

Sara volvió a hacer una pausa y Marcelo esperó pacientemente a que continuara mientras seguía acariciándole el cabello.

—Me dijo que las otras chicas no tardaban en llegar, que nos tomáramos algo en lo que las esperábamos y que si cuando nos termináramos la copa ellas no habían llegado nos íbamos a otro lado él y yo.

—Pero no lo cumplió…

—No, no lo cumplió… no dio tiempo. De repente me empecé a sentir muy mal y no podía respirar. No recuerdo muy bien qué fue lo que pasó después, solo empecé a escuchar que se estaban peleando, se acusaban los unos a los otros de algo mientras yo le decía a Roberto que no podía respirar, que consiguiera ayuda.

Cerró los ojos y otra lágrima cayó por su mejilla, qué cerca había sentido que había estado de la muerte, y todo por no haberle hecho caso a Marcelo.

—Los tres salieron de la salita al mismo tiempo —continuó Sara sin abrir los ojos después de otra pausa, le estaba costando mucho trabajo contarle lo que había pasado, se sentía muy avergonzada y culpable con él—. Yo pensé que habían ido por ayuda… y de repente te vi ahí y todo se volvió oscuro.

Marcelo otra vez tenía ganas de matar a aquel cabrón, así que después de drogarla para tratar de violarla entre los cuatro, la habían abandonado a su suerte cuando se dieron cuenta de que no podía respirar… se podía haber muerto, carajo…

De verdad que solo esperaba poder tenerlos delante de él en algún momento para despellejarlos vivos.

—Gracias —Sara otra vez lo miraba intensamente a los ojos, otra lágrima descendió por su mejilla. Se acercó la mano de Marcelo a los labios y le dio un beso en la palma—, muchas gracias… de no ser por ti me habría muerto.

—No digas eso…

Marcelo sintió que se le debilitaban las piernas por haber escuchado la manera tan lastimera en la que Sara le estaba dando las gracias por haberla ayudado y por ese beso en la mano que hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—Es la verdad… me advertiste sobre Roberto y yo no quise escucharte. Te dije cosas horribles y a pesar de todo tú… ni siquiera sé cómo llegaste ahí para rescatarme y salvarme la vida.

Marcelo le hizo un muy breve resumen de todo lo que había pasado.

Se había tratado de mantener objetivo para relatarle solo los hechos dejando fuera del relato todo lo que tenía que ver con lo que había sentido desde el momento en el que había visto entrar a Roberto en su cafetería hasta que llegaron al hospital.

—¿Y por qué las enfermeras piensan que eres mi esposo?

Marcelo se puso más rojo de lo que nunca había estado en toda su vida, bajó la mirada a su regazo y sonrió con pena.

—Verás…

Otra de las enfermeras interrumpió la escena para decirle que era momento de abandonar el área; en lugar de cinco minutos le habían dado casi veinte, por lo que no pudo quejarse y se dispuso a irse, no sin antes darle un beso en la frente a Sara.

La enfermera se dio cuenta de que él no quería dejar sola a su esposa y trató de tranquilizarlo cuando le dijo que ya iban a subirla a una habitación, que le daría el número cuando lo supiera para que pudiera estar con ella todo el tiempo.

La declaración se la tomaría a la mañana siguiente la policía y después de eso iba a poder recibir visitas, y si todo seguía tan bien seguramente el doctor la daría de alta a medio día.

****

Cuando Marcelo entró a ver a Sara, Leonardo y Ana se quedaron en la sala de espera un poco más tranquilos al saber que ya le habían quitado el respirador a su amiga y que por lo menos alguno de ellos había podido entrar a ver cómo estaba.

Él le contó lo que sabía sobre el asunto de la ambulancia y el por qué Marcelo había tenido que mentir y decir que era su esposo. Después de eso se quedaron en silencio un buen rato.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Leonardo a Ana para tratar de romper la incomodidad del momento; lo importante para los dos en ese instante era la salud de Sara y no los problemas que había entre ellos, pero la tensión del ambiente era demasiada para él y prefería salir de la sala de espera con cualquier pretexto para poder respirar tranquilamente.

—No, muchas gracias… ¿Quieres que vaya yo a buscarte algo para comer?, creo que vi una tienda de conveniencia en la esquina.

Ana buscaba corresponder a la fría amabilidad que Leonardo le había proferido desde que llegó al hospital.

Le había quedado claro que él no quería volver a verla, pero ero sería imposible cuando ambos compartían a su mejor amiga, así que pensó que una política de amabilidad y no agresión sería lo más indicado para ellos.

—No, gracias, tampoco tengo nada de hambre… y ese café no estuvo tan malo como había pensado, ya con eso estoy bien… ¿tú quieres otro café?

—No, muchas gracias, también con el que nos trajiste hace rato estoy bien.

El derroche de amabilidad estaba volviendo a poner el ambiente un poco raro, así que los dos mejor se quedaron callados para esperar a que Marcelo regresara.

Leonardo pensaba que Ana se veía preciosa, a pesar de que había llegado en ropa deportiva con una cola de caballo mal hecha y nada de maquillaje. No pudo evitar pensarlo, aunque le hubiera gustado no hacerlo.

Cuando le había llamado para informarle lo que había pasado con Sara la había despertado y seguramente se había puesto lo primero que encontró para llegar lo antes posible al hospital. No podía más que reconocer que era una muy buena amiga, por lo menos para Sara.

Ana también estaba perdida en sus pensamientos. Ya que sabía que Sara estaba mejor, se

sentía nerviosa de estar en la misma habitación con Leonardo y no estar tratando de arreglar o por lo menos de aclarar las cosas entre ellos, pero sabía que ahora eso no era lo importante…

Cuando Marcelo regresó a la sala de espera la tensión entre Ana y Leonardo seguía siendo palpable, pero ya no era tan negativa ni tan intensa como antes.

—¿Cómo está? —le preguntó Ana, se había levantado como resorte cuando lo vio salir de esas puertas dobles que la separaban de su amiga.

—Está muy pálida y con grandes ojeras, le duele un poco la garganta por el respirador, pero por lo demás parece que ya está bien.

Tanto Ana como Leonardo se relajaron un poco ante las buenas noticias y volvieron a sentarse a esperar para poder verla con sus propios ojos.

—Me dijo la enfermera —continuó Marcelo— que ya la van a pasar a una habitación y solo yo puedo acompañarla de momento. Mañana en la mañana le van a tomar su declaración y parece que al medio día va a poder salir del hospital.

—Espero que agarren a ese malnacido y a todos sus amigos y los refundan en la cárcel.

El tono de Ana era lo más agresivo que alguno de los dos amigos le habían escuchado, pero reflejaba fielmente lo que todos sentían en ese momento.

—Seguramente eso es lo que va a pasar —Marcelo no sabía cómo, pero él se encargaría de que así fuera—. Yo ahora sólo espero que Sara tenga la fortaleza suficiente para declarar en su contra… —la vacilación en los ojos de Ana lo llevaron a aclararse—. No se preocupen, ya les dije que yo voy a estar ahí con ella cuando declare para infundirle el valor que necesite.

—Y entonces, ¿cuándo podremos verla? —preguntó Leonardo.

—Mañana en la mañana, después de la declaración —respondió Marcelo—. Yo creo que lo mejor va a ser que se vayan y que regresen ya de día, así pueden dormir un rato y yo les aviso cuando puedan verla.

—No, no hay manera de que me vaya de aquí sin que la haya visto antes.

De alguna manera tanto Leonardo como Marcelo imaginaban que eso era lo que iba a decir Ana, por lo que ninguno de los tres se quiso ir y se quedaron en silencio en la sala de espera hasta que fueron por Marcelo para que pudiera quedarse en la habitación con su esposa.

Cerca de que amaneciera Leonardo fue al baño y cuando regresó se quitó la chamarra para tapar a Ana que se había quedado dormida.

CAPÍTULO XXIII

—Hoy es sábado, ¿qué te parece si vamos por un café y a desayunar a la cafetería de Marcelo?, después podemos ir al salón de belleza a hacernos manicura y pedicura, ya hice cita para las dos.

Ana sabía que esta era la rutina de Sara para los sábados y buscaba que ella regresara a hacer sus cosas de manera normal. Habían pasado tres semanas desde lo ocurrido con Roberto y su amiga seguía sin querer salir a ningún lado.

—Si quieres ve tú, yo hoy no tengo ganas.

Después de responder, Sara volvió a recostar la cabeza sobre la almohada dándole la espalda a la puerta de su habitación. No tenía ganas de ir a ningún lado y por supuesto que no quería ver a Marcelo, le recordaría todo lo que había pasado y ella se moriría de vergüenza… no sabía si ella se podría perdonar algún día el que por su culpa él se hubiera arriesgado no solo a lo que Roberto y sus amigos hubieran podido hacerle, sino a que la policía lo detuviera por haber golpeado al indeseable aquél.

Para Ana estaba siendo muy difícil ver a su mejor amiga tan deprimida.

No es que le quitara importancia a lo que había pasado con Roberto, entendía que debía de haber sido bastante traumático para Sara el enterarse de que el chico con el que estaba saliendo y con quien había creado un montón de expectativas románticas hubiera resultado ser un depredador. Pero gracias a la intervención de Marcelo no había pasado nada que se pudiera lamentar, y ella pensaba que poco a poco las cosas deberían de ir mejorando, pero lo cierto es que pensaba que más bien estaban empeorando.

Ya no sabía qué hacer, lo había intentado todo a pesar de que ella tampoco estaba en su mejor momento.

Mientras habían estado en el hospital ella había pensado que Leonardo había guardado el hacha de guerra y había vuelto a hablar con ella de manera casi normal, por lo menos tan normal como había sido todo antes de que hubieran fingido ser novios, hasta la había tapado con su chamarra cuando se había quedado dormida en la incómoda silla de la sala de espera, pero al parecer sólo se había tratado de una tregua mientras su amiga estaba hospitalizada… a partir de que regresaron al departamento con una Sara convaleciente él casi no le había dirigido la palabra y ni siquiera volteaba a verla cuando iba de visita a ver cómo seguía su amiga.

Aún no entendía qué era lo que le había hecho para que se portara con ella de esa manera. Debía de haber algo que se le escapaba, pero a pesar de que había pensado en todas las posibles alternativas por las que él pudiera haberse enojado, ninguna se le había hecho lo suficientemente intensa para ese resultado.

Lo único que sabía con certeza era que lo extrañaba muchísimo y que cada vez que lo veía añoraba su contacto, su olor, sus conversaciones, sus chistes… en fin, lo extrañaba cada vez más y no sabía qué hacer con todo eso que sentía cuando lo tenía cerca.

—Sara, tienes que tratar de retomar tu vida, has estado encerrada en tu habitación desde que

regresamos del hospital y no creo que esto sea sano para ti.

Sara solo gruñó en respuesta.

—¿Qué te parece si buscamos a un profesional que pueda ayudarte? —Ana se sentó en la cama junto a Sara y empezó a acariciarle el cabello con ternura—. En estos casos lo mejor es ir a terapia para que te ayuden a sacar todo lo que tienes atorado y que puedas continuar con tu vida.

Sara resopló incrédula, estaba segura de que nada ni nadie podía ayudarla en realidad.

Desde que era pequeña se había hecho ilusiones de tener un esposo que la quisiera tanto como su papá quería a su mamá. Todo lo que hacía o decía desde entonces giraba en torno a formar una amorosa familia. Había decidido estudiar derecho para poder trabajar en el despacho de su papá y que así pudiera trabajar medio tiempo cuando ella y su flamante marido tuvieran hijos.

Había sido ella la que se había empecinado en conseguir un novio que cumpliera con todas las expectativas que se había formado en su mente… y cuando creía que había encontrado al indicado había resultado ser un desgraciado abusador… ahora que veía las cosas en retrospectiva se daba cuenta de que había sido muy estúpida y superficial al pensar que la única manera en la que sería feliz sería al lado de un hombre… No existían los príncipes azules, así que debía de dejar de buscar uno.

Tal vez Ana tenía razón y necesitaba ir a terapia para poder sobrevivir.

—Está bien… voy a pensar lo de la terapia… quiero cambiar tantas cosas…

Sara empezó a llorar otra vez, desde que había despertado en el hospital no había día que no llorara, y ese día no iba a ser la excepción.

Ana la abrazó y la dejó desahogarse mientras le susurraba que las cosas iban a estar bien, que todo iba a mejorar y que con el tiempo y la ayuda de la terapia iba a volver a ser ella misma.

—¿Qué te parece si te bañas y vamos a desayunar y al salón de belleza? —le insistió Ana —, por aquí es por donde puedes empezar a cambiar las cosas, estoy segura de que si te arreglas y sales de esta habitación te vas a sentir mucho mejor.

—Pero no quiero ir a la cafetería de Marcelo… no quiero verlo.

A Ana le extrañó muchísimo que Sara le dijera eso, ¿por qué no querría ver a Marcelo?, según ella las cosas entre ellos se habían estrechado muchísimo mientras Sara estuvo en el hospital, pero a partir de que llegaron al departamento la relación se había enfriado totalmente.

Ana estaba confundida y Sara se dio cuenta de que su amiga merecía una explicación.

—No quiero verlo porque todo lo que pasó fue por mi culpa… no debí llevarme a nadie entre las patas por haber vivido siempre en un mundo lleno de algodones… él me lo advirtió muchas veces y yo simplemente no lo quise escuchar, me enojé con él y lo traté mal… ¿cómo le pido perdón por ser tan inmadura e insensata?... ¿y si le hubiera pasado algo por mi culpa? No hubiera podido soportarlo.

Ana puso los ojos en blanco, habían hablado de esto hasta el cansancio y Sara no dejaba de sentirse culpable con Marcelo.

—Pero no pasó nada y él ha estado muy preocupado y al pendiente de ti…

—Me ha estado llamando y mandando mensajes… pero no le he contestado, estoy segura de que va a estar mejor lejos de mí.

—Sara…

—Ya lo decidí Ana, me voy a mantener lejos de él. No te lo había dicho antes porque ni siquiera yo me había dado cuenta, pero Marcelo me gusta desde que lo conocí, me gusta mucho más allá de lo que ningún hombre me había gustado antes… y yo no me había dado cuenta.

—Pero esa es una muy buena noticia, ya te había dicho que yo creía que tú también le gustabas a él… incluso creo que siente algo por ti…

—Creo que no lo entiendes —la interrumpió Sara con un poco de desesperación en la voz —, ahora que se dio cuenta de que soy una mujer tan inmadura e insensata estoy segura de que las cosas van a cambiar entre nosotros, y yo no lo culpo Ana, él no estaría seguro cerca de mí y mis estúpidas decisiones…

Antes de que Ana pudiera decirle lo que de verdad pensaba sobre su actitud y sobre su relación con Marcelo el timbre sonó junto con unos nudillos tocando a la puerta en una manera un tanto desesperada.

—¡Sara, abre la puerta!, ¡sé que estás ahí!

Esa era la voz de Marcelo.

Sara no sabía qué hacer, había pensado que él había entendido lo que quería decirle con su silencio, jamás pensó que se presentaría en el departamento para verla.

—¡Sara, Sara!, ¡o abres o tiro la puerta!

Ante la estupefacción de Sara, Ana se levantó de la cama para ir a abrir la puerta, no estaba segura de que ese hombre de verdad no fuera a tirar la puerta abajo. Él seguía tocando con mayor insistencia tanto el timbre como la puerta con los nudillos.

—Sara, ¡abre en este momento o despídete de la puerta!

—Voy para allá —gritó Ana con la intención de que Marcelo la escuchara, no quería que se lastimara echando la puerta abajo.

—No Ana, no le abras todavía.

Sara parecía espantada y Ana no sabía qué hacer, hasta que vio que su amiga brincaba de la cama y empezaba a vestirse rápidamente con lo primero que sacó del armario… esta era una muy buena señal.

—Te cierro la puerta para que termines de arreglarte, pero apúrate, no creo poder contenerlo mucho tiempo, parece desesperado.

No dejó que su amiga se echara para atrás, estaba segura de que le haría mucho bien hablar con Marcelo, aunque parecía que él estaba furioso y que lo que menos quería era hablar.

Al acercarse a la puerta escuchó que venía acompañado por Leonardo que lo estaba regañando por tocar la puerta de manera tan brusca y se sonrojó sin poder evitarlo… solo esperaba que las cosas salieran bien para todos.

Contó hasta treinta para darle tiempo a Sara de que terminara de vestirse y tras abrir la puerta, Marcelo pasó a su lado sin siquiera saludarla y muy decidido se dirigió a la puerta de la

habitación de Sara y la abrió sin llamar antes siquiera, no quería que se negara a recibirlo y si la puerta hubiera estado cerrada la hubiera tirado abajo sin importarle nada.

Se metió en la habitación y cerró firmemente la puerta tras él.

Ana seguía en la puerta de entrada con el pomo en la mano y sin poder creer lo que había pasado, nunca había visto a Marcelo tan enojado y decidido y en otras circunstancias hubiera ido a defender a su amiga del peligro, pero en este caso estaba segura de que esto era lo mejor que podía pasarle a Sara.

Leonardo se removió incómodo, casi desde que había entrado en la cafetería de Marcelo esa mañana había tratado de calmarlo para que no hiciera precisamente lo que acababa de hacer… Y ahora estaba ahí junto a Ana sin saber qué hacer o qué decirle.

—Lo siento Ana, te juro que traté de detenerlo, pero no quiso escucharme —Leonardo se pasó las manos por el cabello mientras miraba al suelo.

Marcelo estaba furioso porque Sara no le había respondido a ninguno de sus mensajes ni le tomaba ninguna de sus llamadas. Había tratado de justificar su actitud y entender que seguramente no la estaba pasando muy bien, pero esa mañana, al enterarse de que Leonardo la había visto casi todos los días y que a él si le contestaba sus mensajes se enfureció y no hubo quien impidiera que se lanzara a verla.

—No tienes nada de qué disculparte, es evidente que está furioso y que nada ni nadie lo habría podido detener.

Ana no pudo evitar sonreír, a pesar de todo lo que estaba pasando no podía negar que le daba mucho gusto verlo, tenerlo cerca otra vez y escuchar que era a ella a la que le hablaba y no solo a Sara.

—¿Crees que es seguro para ti que te quedes aquí con esos dos discutiendo? —le preguntó Leonardo al escuchar que alzaban la voz en la habitación de Sara.

—Seguro que sí, no veo por qué no…

Escucharon un golpe contundente en la puerta, unos gritos de Marcelo y después un largo y lastimero sollozo de Sara… sin poder evitarlo se miraron a los ojos por un momento.

—¿Y si vamos por un café?

La propuesta se le había escapado a Ana sin pensarlo siquiera al querer darles privacidad a aquellos dos para que pudieran explayarse con libertad. Sabía que Marcelo no le haría nada malo a Sara y que ella necesitaba algo poderoso que la ayudara a levantarse no solo de la cama, y estaba segura de que él sería más efectivo que cualquier terapia… por como estaban las cosas, si él no lo lograba no lo lograría nadie más.

—Vamos.

Caminaron hasta la cafetería de Marcelo; la tensión entre ellos era palpable, ninguno de los dos sabía qué decirle al otro, por lo que iban en silencio. Ambos se preguntaban seriamente si esta había sido una buena idea.

Después de pedirle a Fernanda, la nueva ayudante de Marcelo en la cafetería, los cafés y algo ligero para desayunar se sentaron a esperar en silencio a que les sirvieran. Después de unos cinco minutos Ana se dio cuenta de que ya no podía seguir así o iba a explotar, por lo que con

timidez y un poco de sonrojo en las mejillas empezó con la plática trivial para llenar el silencio y acabar con la tensión.

—¿Y cómo has estado?

—Bien, muy bien —la verdad era que Leonardo no tenía ganas de platicar con ella, la extrañaba demasiado como para poder tener una conversación sobre cualquier cosa y salir indemne, pero algo tenían que decirse mientras desayunaban, ¿o no? No debió de haber aceptado la propuesta de ir por un café con Ana —. ¿Tú qué tal?

—Yo… también bien, ya sabes, con mucho trabajo.

—Sí, yo también.

La situación se estaba volviendo intolerable y Leonardo estuvo a punto de levantarse e irse, pero llegó la comida y en ese momento sintió el hambre que las mariposas en el estómago habían disfrazado.

Se dijo que mientras estuvieran comiendo la cosa no estaría tan rara, podría contener sin mucho problema las ganas de volver a acariciar la tersa piel de Ana.

Le pidió a Fernanda que le subiera el volumen al partido de fútbol europeo que estaban pasando en la televisión, eso serviría para evitar el silencio incómodo mientras terminaban de desayunar y los pensamientos subidos de tono que Leonardo no había podido evitar, sin necesidad de volver a engancharse en aquella plática superficial.

CAPÍTULO XXIV

—Te juro que cuando lo vi entrando a mi habitación sin siquiera llamar a la puerta sentí mucho miedo. Estaba tan enojado que pensé que la cabeza le iba a explotar.

Ana se había animado a regresar al departamento cuando por la tarde recibió un mensaje de Sara diciéndole que estaba bien, que había arreglado las cosas con Marcelo y que necesitaba el teléfono de algún terapeuta.

No le pidió mayor explicación a su amiga, quería que le contara todo con lujo de detalle, así que pagó por la manicura y pedicura y regresó con libertad a su casa.

No había podido cancelar la cita que había hecho para Sara con suficiente anticipación y decidió aprovechar el momento de relajación para sacar todo el estrés que había acumulado durante el desayuno con Leonardo, que por suerte había terminado rápido y había sido más cordial de lo que ella hubiera podido imaginar.

—Me quedé petrificada frente a la cama sin poder hacer o decir nada —Sara sonaba bastante emocionada mientras le contaba todo—; que bueno, no creo que lo que pudiera haberle dicho o hecho lo hubiera detenido, si te soy sincera.

Ana sonrió al recordar a Marcelo entrando al departamento tan furioso y decidido como si se hubiera tratado de un toro entrando al ruedo.

—Por suerte alcancé a terminar de vestirme antes de que entrara a la habitación —siguió contándole Sara—, pero no me pude poner ni los zapatos, y seguramente tenía el pelo todo revuelto.

»La cosa es que empezó a regañarme por no responderle los mensajes o tomarle las llamadas, estaba tan enojado de que a Leonardo sí le hubiera respondido y a él no que empezó a gritar hasta que golpeó la puerta… fue ahí cuando no pude más y empecé a llorar.

—Fue exactamente ahí cuando Leonardo y yo decidimos ir a la cafetería de Marcelo a desayunar, para darles privacidad por supuesto.

—¿Te fuiste y me dejaste sola con ese energúmeno?, no lo puedo creer… ¿y te dices mi mejor amiga? —Sara quería parecer indignada, pero no pudo esconder su sonrisa.

—Por supuesto que te dejamos sola con él —Ana hizo énfasis en que no solo ella se había ido, sino también Leonardo—, ¿pensabas que nos íbamos a quedar a escucharlos?, con lo enojado que estaba Marcelo pudo salir de tu habitación y gritonearnos a nosotros también por andar de entrometidos…

Las dos se rieron y Sara le arrojó a la cara uno de los cojines de la sala que tanto les gustaban.

—Se portó súper tierno desde que empecé a llorar; me abrazó y dejó que me desahogara mientras me susurraba al oído que todo iba a estar bien, que él iba a estar ahí para protegerme —Sara suspiró al recordar el momento; él se había portado de lo más tierno y considerado con ella, a pesar de lo furioso que estaba cuando llegó—, que él haría cualquier cosa por mí y que la vida merecía ser vivida a pesar de que de vez en cuando nos topáramos con alguien como Roberto.

Ana se emocionó y quería hacerle un millón preguntas, pero se mordió los labios para dejarla que le siguiera contando la historia de lo que había pasado, sin apuros, sin intervenciones y esperaba que sin filtros.

—Le dije todo lo que me había rondado por la mente desde ese día —Sara tomó a Ana de la mano y la miró a los ojos pidiéndole disculpas con la mirada por no haber compartido con ella todo eso que había dado vueltas y vueltas de manera destructiva en su mente desde que había abierto los ojos en la cama del hospital. Su amiga simplemente le apretó la mano en respuesta invitándola a que le siguiera contando y a olvidarse de todo lo demás—. Le dije que me sentía muy culpable por lo que le pudo haber pasado por mi inmadurez y mis berrinches, que él me lo había advertido varias veces y yo por terca no había querido escucharlo, y que me daba muchísima vergüenza mirarlo a los ojos después de eso…

» Ya sé que me has dicho muchas veces que yo no soy la culpable sino Roberto, pero era lo que sentía en ese momento Ana, que todo había sido mi culpa. Sobre todo, porque también sentí que no debía de ir con él al bar y no le hice caso a mis instintos pensando en que no le iba a dar la razón a Marcelo.

Sara suspiró para tratar de evitar que las lágrimas se apoderaran de sus ojos otra vez. Unos segundos después siguió con su relato.

—Pero Marcelo volvió a regañarme, aunque esta vez ya no gritaba, solo trataba de explicarme… me repitió que el único culpable de todo lo que había pasado ese día había sido Roberto y que él hubiera vuelto a hacer todo lo que hizo sin pensarlo dos veces sólo para escuchar lo que le dije antes de que me desmayara cuando me encontró en esa sala VIP del bar…

—¿Qué le dijiste?

—No tengo ni la menor idea… no me acuerdo de nada y él no quiso decírmelo.

Ana sonrió, eso sonaba precisamente como algo que Marcelo haría, aunque le hubiera encantado saber de qué se trataba… tal vez algún día se lo confesara a Sara…

Volvió a ponerle atención a su amiga.

—Le dije que había aprendido mi lección, que nunca iba a volver a confiar en los hombres… y volvió a regañarme —Sara sonrió al recordar lo tierno que había sido Marcelo con ella, en ese punto la había tomado de ambas manos después de sentarse junto a ella en la cama y la había mirado intensamente a los ojos—. Me dijo que no debía desconfiar de todos los hombres, que a pesar de que había algunos que no eran dignos de confianza ni de llamarse hombres, había otros que estarían dispuestos a dar hasta su vida por mí.

Ana se emocionó muchísimo, si esto no probaba su teoría de que Marcelo estaba enamorado de Sara, nada lo haría.

—¿Y qué pasó?

—Pues lo que tenía que pasar por supuesto… lo besé.

Ana gritó de la emoción y aplaudió como una niña pequeña frente a un gran regalo de navidad.

—Fue un beso como de película —le siguió contando Sara emocionada, parecía que al contarlo lo estaba volviendo a vivir todo—. Empezó como un inocente choque de labios, esa

había sido mi intención, pero él me tomó de las mejillas y no me dejó echarme para atrás y volvió a besarme con mucho cuidado, como si me estuviera pidiendo permiso, y yo por supuesto que se lo di —Ana volvió a gritar entusiasmada—, me siguió dando unos besos muy castos, pero muy sensuales hasta que se apoderó de mis labios y de mi lengua…

Sara cerró los ojos y vio en su mente las imágenes del momento en el que Marcelo la había besado. Había podido sentir cómo él ponía toda su alma y su ser al completo al servicio de ese beso… era por mucho el mejor beso que le habían dado en toda su vida.

Volvió a suspirar antes de seguir hablando.

—Terminó confesándome que está seguro de que está enamorado de mí desde el día en que entré en su cafetería por primera vez, y que ya no estaba dispuesto a ocultarlo más… sin importarle que yo no le correspondiera…

El suspiro de Sara seguramente se había escuchado en todo el edificio. Mientras hablaba con Marcelo le había costado trabajo creer lo que él le estaba diciendo, ¿cómo era posible que estuviera enamorado de ella desde hacía tanto tiempo?

Sara sólo sabía que desde que había visto a Marcelo la primera vez le había llamado mucho la atención, pero cuando no le decía nada y hasta le daba consejos sobre los chicos con los que se citaba en la cafetería había pensado que él nunca estaría interesado en ella, y se había conformado con que fuera su amigo. Pero conforme lo fue conociendo poco a poco se le fue metiendo en el alma y el corazón sin que ella se diera cuenta.

Le siguió contando a Ana que tras confesarle a Marcelo que ella en esos días se había dado cuenta de que también estaba enamorada de él, hablaron de lo que Sara quería en realidad para su vida: iba a empezar por dejar esa obsesión de buscar un hombre para casarse con él y simplemente iba a disfrutar de su nueva relación con Marcelo —porque él le había pedido que fuera su novia y ella había aceptado gustosa—, también iba a seguir trabajando en el despacho de su papá en la Ciudad de México, pero le iba a dedicar tiempo al violín, que era algo que de verdad la apasionaba y lo extrañaba muchísimo.

—Nada como sentir que estás cerca de la muerte para reacomodar todas tus prioridades —le dijo Sara ya sin rastro de amargura en la voz.

—Me va a dar mucho gusto saber que eres feliz con Marcelo y con tus nuevas elecciones —Ana abrazó a su amiga con todo el cariño que sentía por ella—, y recuerda que estoy aquí siempre que lo necesites.

Sara se limpió una lágrima, se sentía muy conmovida y le daba gracias a la vida de tener una amiga como Ana, y por supuesto no podía olvidar a Leonardo.

—No creas que se me escapó eso de que fuiste a desayunar con Leonardo, ahora eres tú la que me lo tiene que contar todo.

Ana suspiró, la verdad era que mientras Sara le había contado lo que había pasado con Marcelo, ella no había podido dejar de pensar en Leonardo. Le hubiera encantado que él sintiera por ella lo mismo que ella sentía por él, así como Marcelo y Sara, que su relación hubiera podido prosperar y que no hubieran terminado todo con un desayuno en el que no habían podido mantener una conversación y él había sentido la necesidad de ver un partido de fútbol para matar el silencio incómodo entre ellos.

—Lo extraño muchísimo Sara… y lo perdí. Me equivoqué y ni siquiera sé muy bien qué fue lo que le hice… —las lágrimas empezaron a apoderarse de ella y Sara la abrazó.

—Y si te sentías así, ¿por qué terminaste tu relación ficticia con él? Lo más sencillo hubiera sido que le confesaras que sentías algo y que le pidieras que su relación empezara a ser real.

—Me dolió muchísimo cuando lo vi besándose con Fabiola, nada más no puedo sacar de mi mente la imagen de la manera en la que ella lo acariciaba… fue ahí cuando de verdad me di cuenta de que estaba enamorada de él y me dio muchísimo miedo todo lo que sentí... tenía ganas de matarlos a los dos y después me quería morir yo, me estaban matando los celos.

»Nunca algo me había dolido tanto en la vida. Pensé que lo mejor que podía hacer para que esto no se me saliera de las manos era poner tierra de por medio, pensé que no podría soportar que él me rechazara o que tuviera otra novia más adelante, que lo mejor que podía hacer era cortar todo de raíz y que las cosas regresaran a cómo eran antes, cuando no nos tolerábamos.

—Pero él te explicó que no había nada con Fabiola, que había sido ella la que por lastimarte lo había atacado a traición… es más, hasta se acostaron en Cuernavaca y me dijiste que se había portado de lo más lindo contigo… ¿por qué no hablaste con él antes de mandarlo a volar?

—Soy una tonta Sara, me dejé llevar por los celos y el miedo al rechazo… Me fui enamorando de él cada día, con cada detalle… llegó el momento en el que me sentía tan atraída a él como una abeja a la miel... tanto que dejó de importarme lo que pensara Estela, mi familia o los compañeros de la oficina… lo único que me importaba era que estaba total y completamente enamorada de él.

Sara sonrió ante la declaración de su amiga.

—Y empezó a darme miedo que él no sintiera lo mismo que yo —continuó Ana—, que lo de Fabiola se repitiera con alguien más, pero que esta vez fuera alguien que de verdad le gustara… pensé que no podría soportarlo.

Ana cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla, no podía dejar de temblar, cómo le gustaría poder regresar el tiempo y haber hecho las cosas de otra manera.

—Pero todo eso pasó hace semanas… ¿por qué no me dijiste nada?

—No sabía que decirte, estaba tan confundida… pensaba que había hecho lo correcto para protegerme, pero no he podido dejar de pensar en él todo el tiempo… lo extraño muchísimo y me dolió que no pudiéramos ni sostener una conversación cordial cuando fuimos a desayunar hoy. Ya es tarde… lo perdí Sara, lo perdí para siempre…

—¿Qué me dirías si te dijera que Leonardo me dijo por qué está tan enojado contigo?

Ana abrió los ojos a su máxima expresión con total sorpresa, ¿Sara sabía por qué Leonardo estaba tan enojado con ella?, ¿y no se lo había dicho?

—Antes de que me reclames por qué no te había dicho nada debo decirte que él me lo confesó cuando estaba en el hospital, no pudo negarse a satisfacer mi curiosidad… pero me hizo jurarle que nunca te diría nada.

Sara estaba segura de que, si las cosas se arreglaban entre sus dos mejores amigos, Leonardo no le echaría en cara el que hubiera roto su promesa.

CAPÍTULO XXV

Todo estaba listo para abrir la galería al público.

Leonardo estaba muy nervioso, nunca hubiera imaginado que tendría la oportunidad de exponer sus fotografías en una de las galerías más importantes de la Ciudad de México, y lo mejor de todo era que Theodore Alexander había sido el que después de las reseñas y de lo bien que se habían vendido sus fotografías en la galería de Querétaro le había pedido que le enseñara más de su trabajo y lo había invitado a exponer junto a él veinte de sus mejores fotografías.

—Ya empezó a llegar la gente —le avisó Marcelo emocionado; estaba nervioso porque la galería lo había contratado como encargado del cáterin, una línea de negocio que no había contemplado antes, pero que después de una intensa investigación se había dado cuenta de que podía ser muy lucrativa.

Leonardo empezó a sentir mariposas en el estómago.

Sara y Marcelo le habían ayudado a escoger las fotografías que estaban ya montadas en la exposición y se dijo que había superado esa etapa de total inseguridad en la que no confiaba en sí mismo ni en su talento.

Se dijo que era increíble que hubiera sido Ana la que lo hubiera ayudado a que eso pasara y era precisamente eso lo que lo había llevado hasta ahí, hasta aceptar la invitación de Theodore sin siquiera pensarlo, y ahora ella no estaba ahí para compartir el momento con él.

—Voy para allá.

Respiró profundo, se acomodó la corbata mientras pensaba que no debía haberse puesto ese traje, era de lo más incómodo y creía que no combinaba con su estilo habitual; pero Sara se había empeñado en que era un evento demasiado importante en su vida como para que pasara desapercibido.

Empezó a pasearse por la sala sorprendido por la cantidad de gente que estaba observando sus fotografías, había pensado que por lógica la mayoría de la afluencia de espectadores iba a estar del lado de las fotografías de Theodore, pero no estaba resultado así.

La gente sonreía al ver sus obras y se detenían a admirarlas y a comentarlas al detalle.

—Podríamos decir que tu exposición está resultando ser todo un éxito…

Sara lo abrazó para felicitarlo, había llegado junto con Marcelo para ayudarlo con el cáterin, pero también estaba decidida a ayudar a su mejor amigo en todo lo que necesitara.

—Contra todo pronóstico, así parece…

—No quiero que vuelvas a decir eso, el único que en algún momento pensó que esto no sería un éxito fuiste tú, y ya ves que estabas totalmente equivocado—Leonardo sonrió ante el regaño cariñoso de Sara.

—Gracias por creer en mí Sara, eres la mejor amiga que alguien pueda tener…

—Pues al parecer ya somos muchos los que creemos en ti… ahí vienen varias personas a conocerte.

Sara se hizo a un lado para que su amigo pudiera atender a todos los que se estaban acercando a él para hablarle sobre sus fotografías. Le preguntaron sobre su fuente de inspiración; sobre cómo, cuándo y dónde las había tomado; sobre la técnica de composición y del revelado… en fin, se sentía bastante abrumado con tantas preguntas, pero encantado de que la gente mostrara tanto interés en él.

Casi hacia la hora del cierre Sara volvió a acercarse a él. El encargado de la galería le había pedido que le avisara a su jefe —al parecer creía que era la asistente personal de Leonardo y eso le dio mucha risa— que ya se habían vendido diez ejemplares de sus fotografías y que catalogaba la exposición como todo un éxito, además le mandó decir que estaría encantado de volver a trabajar con él más adelante en su propia exposición personal.

Sara por supuesto no perdió el tiempo y fue a platicárselo a su amigo cuanto antes.

—¿Es usted Leonardo Alvarado? —le preguntó un hombre de mediana edad interrumpiendo su conversación con Sara.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Manuel Vargas y vengo de la revista WWP Photo Magazine en español; me parece que sus fotografías son muy buenas y me gustaría que me concediera una entrevista, ¿le parece bien el lunes a las diez de la mañana?

Tras recibir la tarjeta de presentación de manos de Manuel Vargas, Leonardo no podía creer lo que estaba pasando, esa era una de las revistas más importantes de fotografía artística en Latinoamérica, ¿y querían entrevistarlo a él?, ¿estaría alucinando?

Parecía que no, el hombre se veía muy profesional y le había pedido al fotógrafo que lo acompañaba que lo capturara todo con su cámara.

Sara le apretó la mano logrando sacarlo de su estupor. Con una gran sonrisa, y tras presentarse como la asistente personal de Leonardo Alvarado le quitó la tarjeta de presentación de las manos a su amigo, aceptó la entrevista a su nombre y se llevó al reportero para tomar todos los datos para que pudiera llegar el lunes sin pormenores a la cita.

Marcelo le sonrió a Sara desde el bar que había montado en una de las esquinas de la galería, estaba contento por cómo le estaban saliendo las cosas a Leonardo, pero lo que lo tenía feliz era aquella mujercita que había resultado ser lo mejor que le había pasado en toda su vida y que le había iluminado la noche nada más con voltear a verlo y sonreírle mientas tomaba los datos que le daba aquel hombre que parecía ser un reportero.

****

La galería estaba por cerrar, ya se había ido casi toda la gente y Leonardo aún no podía creer todo lo que había pasado durante las pasadas cinco horas.

Había sido un sueño convertido en realidad y no pudo evitar pensar que le hubiera encantado que su mamá estuviera ahí para verlo y vivirlo junto a él; estaba seguro de que estaría muy orgullosa, siempre le había dicho que era todo un artista y que algún día la gente apreciaría lo talentoso que era.

También había estado pensado en Ana.

Tenía casi un mes sin verla y cuando hizo la lista de invitados sintió que no era muy buena idea incluirla después de todo lo que había pasado entre ellos, no había querido que se sintiera obligada a asistir; pero ahora que estaba por terminarse el evento se había dado cuenta de que ese había sido un gran error de su parte. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, Ana había sido parte de una de las mejores experiencias de su vida y nunca iba a poder olvidarla… ojalá la hubiera invitado.

Algo dentro de su mente le recordó la noche mágica que pasaron juntos en Cuernavaca; las caricias, los suspiros, la reacción de sus cuerpos… eso ella no podía haberlo fingido, no era tan buena actriz.

El encargado de la galería lo sacó de su ensoñación cuando se acercó a él sonriendo con la mano estirada para estrechársela efusivamente.

—Ya casi se fueron todos, Theodore te mandó decir que esperaba poder repetir la experiencia y exponer contigo en otra ocasión, esta vez en su país.

—Me encantaría.

El brillo en los ojos del fotógrafo y su entusiasmo hicieron que el encargado de la galería sonriera. Le encantaba ver esa mirada en los nuevos artistas, sobre todo cuando eran tan talentosos como Leonardo. Estaba seguro de que llegaría muy lejos… por lo pronto con Theodore llegaría a Estados Unidos.

—Bueno, ya casi es hora de irnos, ¿podrías hacer un último recorrido por la sala para responder las preguntas de los asistentes que quedan?, hay que avisarles a todos que cerramos en veinte minutos.

—Claro, yo me encargo.

****

Ana no podía dejar de mirar la fotografía principal de la exposición de Leonardo, era un retrato de ella en el jardín de la casa de Carlos en Cuernavaca.

Se había sorprendido mucho al verla, no solo porque él hubiera escogido una fotografía precisamente de ella como pieza principal, sino porque al verla pudo notar en su expresión que en ese momento se sentía totalmente feliz.

A pesar de los interrogatorios de los amigos de Leonardo y de los comentarios graciosos acerca de sus experiencias en la universidad, se había sentido completamente feliz simplemente porque estaba con él.

Una lágrima rodó por su mejilla, no quería seguir pensando que lo había perdido para siempre.

Cuando Sara le contó que él había sacrificado la exposición de sus fotografías en la galería de Querétaro para ir a ayudarla con cualquiera que fuera su problema aquel día y ella le había salido con que sencillamente era la oportunidad perfecta para que fingieran la ruptura de su relación, se había sentido totalmente avergonzada y había entendido perfectamente por qué él no

quería volver a verla.

No podía dejar de mirar la fotografía, no sabía cuánto tiempo había pasado ahí observándola, recordando todos aquellos momentos que había vivido con Leonardo y todo lo que había logrado aprender tanto de él como de ella misma en los últimos meses.

Algo dentro de ella le decía que ya no había nada más que hacer, que a pesar de todo lo que había cambiado en su vida y todo lo que se esforzara en un futuro para ser mejor no lograría recuperarlo.

Había empezado por confesarle a Estela toda la verdad sobre su relación con Leonardo. Al principio se enojó mucho con ella y casi la despidió, cosa que Ana ya se esperaba, pero no le habían importado las consecuencias, quería hacer las cosas bien y ese era un buen comienzo, a pesar de que sabía que perdería la confianza de Estela tal vez para siempre.

Después de hacerla sufrir un poco, su jefa le dijo que no la había engañado en realidad, que se lo había imaginado cuando vio a Leonardo y que no entendía por qué lo había elegido a él para hacerse pasar por su novio, ya que contrastaba totalmente con las características que cualquiera de los compañeros de la oficina hubiera pensado que tendría cualquier hombre que le interesara... no había podido dejar de reírse cuando se la imaginó viendo llegar a Leonardo con sus jeans rotos, su arete y su tatuaje y que no era el tal Rodrigo Saldívar, el elegante y refinado novio ficticio que había contratado en la página de Internet.

También había ido a Jiquilpan el fin de semana anterior a ver a su familia y les dijo la verdad sobre Leonardo y todo lo que había hecho para que siguieran estando orgullosos de ella. Nunca imaginó la respuesta de sus papás y sus hermanas; le dijeron que ellos estaban orgullosos de ella sin importar nada más, que solo querían que fuera feliz y que lamentaban mucho que ella hubiera sentido esa necesidad de parecer perfecta y ser una persona que no era en realidad.

Cuando sus papás vieron la foto de Leonardo y ella en Cuernavaca que él había posteado en su muro de Facebook, sólo comentaron que se veía que la quería de verdad por cómo la miraba y a ella se le había soltado una lágrima de arrepentimiento y dolor.

A sus hermanas Leonardo les pareció muy guapo, perfecto para ella, y a nadie le importó que sus pantalones estuvieran rotos, que se asomara un tatuaje en su pecho o que usara arete… parecía que siempre se había preocupado de más por quedar bien con todos menos con ella misma y que los prejuicios que había tenido con el fotógrafo y con la gente en general habían sido solo un espejo de lo que había en su propia alma.

Cuando Leonardo vio la espalda de la mujer que miraba intensamente la fotografía que más le gustaba de toda la exposición, algo se le hizo demasiado conocido. Ella volteó a verlo al escuchar sus pasos y él se quedó de piedra cuando vio que era Ana…

Ana, que se veía tan hermosa como siempre…

Ana a la que le había hecho la grosería de no invitarla a la exposición… el corazón empezó a latirle desbocadamente y se le secó la garganta, ¿qué hacía ella ahí?

—Lo siento, pero en veinte minutos va a ser hora de cerrar —no se le ocurrió decirle otra cosa, ni siquiera pasó por su mente el saludarla, tanto así lo había afectado el verla.

Ana no supo qué decir, estaba igual o más afectada que Leonardo, parecía que el corazón se le iba a salir del pecho, le temblaban las manos y solo pudo volver a mirar su fotografía colgada

en el centro de la exposición.

—Capturaste perfectamente cómo me sentía en el momento que tomaste esta fotografía… y yo ni siquiera sabía que me sentía así —le dijo Ana en voz baja unos segundos después sin dejar de ver la fotografía, creyó que él no la había escuchado, pero no había sido así.

Leonardo se había acercado sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta y la observaba en silencio sin entender aún qué hacía ella ahí. Sara no le había dicho que pensara ir, ¿habría sido su amiga la que la invitó?

—Lamento mucho haber venido sin invitación —por fin Ana había volteado a verlo otra vez y había reunido el coraje suficiente para hablarle de frente sin echarse a llorar. Estaba tan guapo con ese traje… pero se había dado cuenta de que lo prefería con su estilo de siempre, con esos pantalones rotos de las rodillas, con sus playeras informales de colores vivos y con su cabello desordenado...

Él no supo qué contestarle y solo la miraba tratando de juntar las palabras en su mente para decir algo, pero no lo logró.

—¿Sabes? —siguió ella sin esperar su respuesta—, esta es la Ana que quiero ser…

Leonardo la miró confundido mientras ella volvía la mirada hacia la fotografía, ¿qué había visto ella que al parecer a él se le escapaba?

—Esta es la Ana que tú sacas a relucir cuando estoy contigo, con tus bromas y tu estilo de ver la vida… esta es la Ana que es feliz… cuando está cerca de ti.

Leonardo no podía creer lo que había escuchado, ¿le estaba diciendo que era feliz cuando estaba con él?, ¿esto era real o se lo estaba inventando?

Ana se acercó a él y con valentía lo tomó de la mano y lo miró intensamente cuando se dio cuenta de que no retiraba la mano ante su contacto, le diría lo que sentía y que fuera lo que Dios quisiera.

Leonardo contuvo la respiración y no pudo mover ni uno solo de sus músculos ante el toque de Ana y la expectación de lo que ella podría hacer a continuación.

—Sé que no debería de estar aquí, pero necesito pedirte perdón —se le quebró la voz, pero respiró profundo para no sucumbir al llanto, no podía desaprovechar la oportunidad que la vida y Leonardo le estaban dando para decir lo que necesitaba decirle.

»Me porté muy egoísta contigo cuando no lo merecías… No es que me quiera justificar, pero los celos que sentí al verte con Fabiola aquel día se enquistaron en mi corazón… y después me dije que lo que había entre nosotros era una mentira que yo inconscientemente había convertido en realidad… en mi verdad.

Una lágrima empezó a recorrer su mejilla y se la limpió de un manotazo con la mano que tenía libre, no soltaría la de Leonardo ni por todo el oro del mundo, si él no se soltaba primero.

—Me dio tanto miedo que me rechazaras que decidí que lo mejor era que termináramos con la relación, antes de que alguno de los dos saliera lastimado… ya sabes, mi ego me dijo que tal vez tú también sentías algo por mí, o era lo que yo quería aferrarme a creer.

»Lo demás ya lo sabes, te pedí que fueras a casa de Estela sin saber que debías estar en Querétaro… cuando me enteré hace poco de que eso era lo que habías sacrificado por ayudarme

me quise morir… te juro que si lo hubiera sabido nunca te hubiera pedido que fueras a casa de Estela.

Ana tuvo que hacer una pausa para recomponerse.

Leonardo se moría por intervenir y decirle que todos sus miedos eran infundados, pero entendió que ella necesitaba decirle todo lo que había preparado, así que siguió mirándola ahora con todo su amor a los ojos y la dejó continuar.

—Le dije la verdad a Estela. Estaba segura de que iba a despedirme, pero no me importó, necesitaba que las cosas se enderezaran de raíz si de verdad quería pedirte una oportunidad —Leonardo levantó una ceja, esto sí que lo había sorprendido. La dejó continuar, a pesar de que su necesidad por abrazarla y besarla crecía exponencialmente desde el momento en el que escuchó que quería pedirle una oportunidad—. También fui a ver a mi familia y les dije que ya no iba a cumplir con las expectativas de nadie y que iba a seguir a mi corazón… a pesar de saber que tú podrías decirme que no.

Después de esto Leonardo no pudo contenerse, se acercó a ella de una zancada, le enmarcó la cara con las palmas de sus manos y la besó.

Fue un beso tan dulce que Ana no pudo evitar empezar a llorar, ¿esto quería decir que la había perdonado?, ¿le estaba dando una oportunidad?

—Perdóname por haber estado tan ciega, por haber sido tan tonta…

Parecía que no podía parar de hablar, pero ahora ambos sonreían y el corazón de Ana estaba henchido de esperanza.

—¿Qué es lo que quieres de mí Ana? ¿por qué estás aquí?

Leonardo aprovechó la pausa que Ana había hecho para hacerle la pregunta que rondaban su mente desde que la había visto parada frente a su fotografía, esa que había sido la primera que él había escogido para la exposición por lo que significaba para él y que consideraba que era su obra maestra porque sentía que había logrado capturar la felicidad de Ana con la lente de su cámara.

—Además de pedirte perdón…

—Cosa que ya hiciste.

—También quiero que sepas que estoy profundamente enamorada de ti y me gustaría pedirte que me dieras una oportunidad y que seas mi novio de verdad.

Él sintió una oleada de ternura al ver el sonrojo en las mejillas de Ana, ¿quién le pedía a alguien que fuera su novio en estas épocas?, por supuesto que ella… y tal vez también Marcelo se lo hubiera pedido a Sara, o viceversa, por supuesto.

Leonardo en respuesta simplemente la abrazó y la besó con toda la pasión que sentía por ella, buscando transmitirle todo eso que había acumulado en su interior por meses y que al parecer no había podido demostrarle mientras estuvieron juntos.

Ana no dejaba de temblar ante su toque, cómo había anhelado la cercanía de sus cuerpos y su aroma.

—Te extrañé como un loco —le confesó después de terminar el beso y separarse solo un poco, no lograba dejar de tocarle la cara, el cuello, los brazos… pero no era suficiente, necesitaba

acariciar cada centímetro cuadrado de su piel. La mirada de Ana se iluminó al saber que él también la había extrañado y todo su cuerpo había reaccionado ante su toque, quería más de él, mucho más—. Por supuesto que quiero ser tu novio. Te amo Ana. Te amo tanto que pensé que me volvería loco si no te tenía conmigo… desde el momento en que entré aquel viernes a ese bar y me viste con esa mirada de horror soy todo tuyo…

Antes de que Ana pudiera reírse del comentario de Leonardo, su ahora novio de verdad se lanzó a asaltar sus labios besándola como si no hubiera un mañana como preámbulo de lo que sucedería más tarde en la intimidad de la habitación de Ana.

EPÍLOGO

Ocho meses después…

Ana, Leonardo y Marcelo se unieron a los aplausos del resto de los espectadores. Era el primer recital de violín de Sara y había tocado increíble.

—¡Felicidades, mi amor!

Marcelo la levantó del suelo para darle vueltas mientras la abrazaba después de estarla esperando en el vestíbulo del auditorio a que saliera junto con los demás músicos que habían tocado en el recital, estaba encantado de verla tan contenta. Le había llevado el ramo de flores más grande que había encontrado de camino al lugar y a ella le había encantado.

—Lo haces parecer como si fuera la gran cosa y sólo fue un recital.

—Es que es la gran cosa, no todos los días mi prometida toca tan bien el violín enfrente de tanta gente.

El brillo en los ojos de Marcelo cuando la miraba le decía cuánto la amaba sin siquiera pronunciar una palabra. Le había pedido que se casara con él tres semanas después de que empezaran a ser novios y ella le había pedido que no se apresuraran, que mejor esperaran a estar completamente seguros de que querían dar ese paso.

Pero cuando cumplieron cuatro meses juntos Marcelo volvió a preguntarle, esta vez hincando la rodilla buena en el piso y con un hermoso anillo con un solitario en la mano. Sara le dijo que sí de inmediato, y desde entonces él no cabía en sí mismo de felicidad.

Para Sara la decisión de casarse con Marcelo había sido la más sencilla de tomar de toda su vida.

Desde que se lo había pedido por primera vez había sabido que quería pasar el resto de su vida con él, pero decidió no hacer las cosas de manera apresurada por primera vez en su vida. Si iba a casarse sería porque amaba a su futuro marido, él la amaba de regreso y ambos querían compartir sus vidas juntos… no por dejarse llevar por la necesidad de formar una familia a cualquier costo.

Marcelo por fin le había contado la verdad sobre lo que ella le había dicho antes de desmayarse en la zona VIP de aquel bar del que ya no quería ni acordarse… le había dicho que eso le había dado esperanzas de que algo podía pasar entre ellos y que estaba contento porque las cosas hubieran podido ser muy diferentes si ella no le hubiera hecho esa simple pregunta: “Dime por qué no me puedo encontrar a un hombre como tú”.

Roberto y sus amigos habían sido sentenciados por lo que le habían hecho a Sara y pasarían una larga temporada tras las rejas, cosa que les había dado tanto a ella como a Marcelo la sensación de cierre que necesitaban para poder olvidarse para siempre de ese tema.

Ana y Leonardo también la felicitaron y la abrazaron como si hubiera tocado en el Carnegie Hall de Nueva York, y decidió que lo mejor era dejarse llevar por la emoción. ¿Quién era ella

para no dejarse apapachar por quienes la querían de verdad?

Había regresado a las clases de violín el lunes siguiente de aquel arranque de Marcelo, que no podía negar que se le había hecho de lo más fascinante y sexy que le hubiera pasado en toda su vida, y en unas semanas entraría a estudiar formalmente al Conservatorio.

Cuando les había confesado a sus papás que era a la música a lo que quería dedicarse, ellos la apoyaron, cosa que la sorprendió porque pensó que tratarían de disuadirla… pero al parecer habían estado encantados… sobre todo cuando supieron que quería seguir trabajando medio tiempo en el despacho. Sara pensaba que podría combinar ambas cosas, aunque tal vez le costara un poco de trabajo, pero no quería renunciar a ninguna de las cosas que la hacían feliz.

Marcelo también había estado encantado cuando se lo dijo, a él lo único que le preocupaba era que ella fuera feliz.

Y cómo no serlo, si además de dedicarse a lo que le gustaba lo tenía a él, que sería su futuro marido y el padre de sus hijos… y no era que se estuviera adelantando a los hechos, esa misma noche, cuando ambos estuvieran solos en su cama le confesaría que estaban esperando un bebé.

—¿Qué les parece si los invito a todos a cenar para festejar? —les propuso Leonardo emocionado después de abrazar y felicitar a Sara.

—Me encanta la idea —aceptó Sara a nombre de todos—, así festejamos que te nos vas a los Estados Unidos a exponer en Nueva York.

Theodore había cumplido con su amenaza de invitar a Leonardo a exponer junto a él en su país, de hecho, lo había incluido en varios de sus compromisos de ese año tomándolo bajo su ala protectora. Le había dicho que quería ayudarlo a que pudiera mostrarle su talento al mundo y a Leonardo no le había quedado más que aceptar su ayuda con humildad y agradecimiento.

Después de que se publicara aquella entrevista con la revista WWP Photo Magazine en español su fama había empezado a formarse en México y Latinoamérica y a crecer como la espuma. Había vendido muchas de sus fotografías y lo habían invitado a exponer en otras cuatro galerías del país.

—Y así también pasamos más tiempo juntas —le dijo Ana a Sara con cara de puchero y con un cierto tono de reclamo— desde que vives con Marcelo y no te veo todos los días te extraño horrores.

Macelo se había ido a vivir con Sara después de comprometerse, cuando Leonardo le había sugerido que empezara a buscar un nuevo lugar para vivir porque le iba a proponer a Ana que se fuera a vivir con él.

Marcelo lo entendió de inmediato y no se lo tomó a mal, al contrario, aprovechó la oportunidad para proponerle a Sara que vivieran juntos. Y contra todo pronóstico, desde ese momento era difícil no verlo con una sonrisa en los labios.

Ana se había sorprendido de la propuesta de Leonardo para que vivieran juntos, le pasó por la mente que tal vez se estaban adelantando y la premura podía ser peligrosa, pero decidió hacerle caso a su instinto y no dejar que sus miedos se apoderaran de ella de nuevo, así que aceptó sin dudar.

Nunca habría pensado que se le iba a hacer tan fácil dejar ese departamento que junto con su amiga se habían convertido en su hogar por tantos años, pero desde que estaba con Leonardo

se sentía completamente dichosa.

—Qué dramática te has vuelto Ana —Sara puso los ojos en blanco y terminó por reírse, siempre había sido ella y no Ana la melodramática—, pero si vivimos a una pared de distancia, lo haces ver como si te hubieras ido a vivir a Siberia y no a la puerta de al lado.

—A mí me vas a perdonar Leonardo —le dijo Marcelo bromeando— pero a pesar de que te hayas mudado al departamento de junto yo no te extraño para nada…

Leonardo solo negó con la cabeza mientras se reía con el comentario de Marcelo y solo pudo pensar que su amigo había cambiado mucho para mejorar desde que Sara y él eran novios.

****

Ya en el restaurante siguieron poniéndose al día; a pesar de ser vecinas y de pasar mucho tiempo juntas Ana y Sara siempre tenían mucho de qué hablar.

—Ya no me contaste nada sobre lo que pasó con Marco y Fabiola… no puedo creer que sean novios.

Sara se moría de ganas de que Ana le contara cómo iban las cosas con esa pareja, no podía dejar de pensar que ambos habían buscado hacerle daño a su amiga y sorpresivamente habían terminado juntos.

Marco por fin había decidido darle una oportunidad a Fabiola ante su insistencia y había empezado a salir con ella… pero no todo había salido como a ella le habría gustado.

—Ya no son novios… y ni yo me creo todo el drama que se armó cuando Fabiola lo sorprendió besándose con otra…

—Noooooo… ¿de verdad?

—Como lo oyes… y esa otra era nada más y nada menos que Valeria.

No habían durado ni tres semanas antes de que Fabiola lo encontrara besando a Valeria en la oficina de Estela, rompiéndole el corazón en mil pedazos. Lo que a Fabiola más le dolió no fue perder a Marco, que había resultado ser un patán totalmente diferente de como ella lo había idealizado, sino perder a su mejor amiga y cómplice después de esa traición.

—¡No lo puedo creer!, si eso no es karma no sé qué sea… ¿y qué piensa Estela de todo esto?

—Después de lo que pasó con nosotras —Ana se sonrojó profundamente solo de recordarlo — decidió no volver a meterse en la vida sentimental de su hijo, así que hasta el momento no ha comentado nada, pero sé que se le quitó un peso de encima cuando Fabiola mandó a volar a Marco porque ella no le cae nada bien.

Las cosas con Estela después de que le dijera la verdad habían sido raras los primeros días, pero todo había vuelto a la normalidad cuando tras la pregunta de su jefa sobre por qué le había mentido, ella le confesó que lo había hecho porque no podía y no quería decepcionarla diciéndole que Marco no le gustaba nada, sobre todo cuando Estela le había tocado el alma al decirle que quería que formara parte de su familia, así que había entrado en pánico y sin siquiera

pensar en las consecuencias le había mentido para no decepcionarla.

Después de eso Estela había vuelto a ser la de siempre, dándole una nueva lección a Ana: no debía ser perfecta, sólo debía ser sincera.

Marcelo levantó su copa para brindar y todos lo imitaron sonriendo. No cayó en la cuenta de que su prometida solo estaba tomando refresco.

—Bueno, pues brindemos por el éxito de Sara en su recital y por el éxito que esperamos de Leonardo en Nueva York —los invitó Marcelo entrechocando su copa con todos.

—Estoy segura de que la exposición va a ser un éxito y les vas a encantar —le susurró Ana a Leonardo al oído.

—Gracias por siempre creer en mí —le susurró Leonardo de regreso antes de darle un beso que empezó muy casto y pronto fue una declaración de intenciones de lo que les esperaba al llegar a casa.

****

—¿Desde cuándo te diste cuenta de que me amabas? —le preguntó juguetona Ana cuando se abrazaban desnudos después de que su piel hubiera hablado por ellos y de que él le hubiera puesto un hermoso anillo de compromiso en el dedo.

—No lo sé exactamente… yo de repente y sin darme cuenta solo dejé de fingir…

Nota de la Autora

Las calificaciones y comentarios me ayudan a crecer como escritora, por lo que mucho te agradeceré si me dejas los tuyos y te sientes libre de decirme lo que piensas para que pueda tomarlo en cuenta en mis siguientes novelas.

Mis títulos:

- Un Pequeño Malentendido
- Casi Desde Cero
- El Lirio Azul
- No te odio, solo te detesto
- Solo dejé de fingir

Sobre la Autora

Karla Valle vive en la Ciudad de México. Ávida lectora desde muy pequeña le gusta crear personajes y sus historias que ayuden a activar la imaginación y a experimentar emociones al momento de leerlas. En 2023 decidió hacerle caso a su hijo, su esposo y sus amigas y lanzarse a autopublicar su primera novela.

www.facebook.com/KarlaValleAutora

www.instagram.com/karlavalleautora

karla.valle.autora@gmail.com